

The image features two hands, one on the left and one on the right, positioned to form a heart shape. The hands are set against a background of a bright sunset or sunrise, with the sun low on the horizon, creating a warm, golden glow. The sky transitions from a pale blue at the top to a soft orange near the horizon. Overlaid on the heart shape is the Spanish text "Hasta que la Muerte nos Separe" written in a black, casual, handwritten script. The text is arranged in three lines: "Hasta" at the top, "que la Muerte" in the middle, and "nos Separe" at the bottom.

Hasta
que la Muerte
nos Separe

ÓMAR BENÍTEZ LOZANO

HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE

Una aventura en defensa de un amor

Ómar Benítez Lozano

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias u otros medios sin el previo permiso y por escrito de los titulares del Copyright.
Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-958-8516-37-0



Diseño y Diagramación: Gatos Gemelos Comunicación

*A Carlos y Graciela,
Alba y Francisco,
Myriam y Moisés,
Germán y Ángela...*

*Y a todos aquellos que han emprendido
o emprenderán
la aventura del matrimonio.*

CONTENIDO

UN BONSAÍ Y UN PERGAMINO

UNA VISITA BUSCADA

CONTINÚA LA TERTULIA

UNA PESADILLA Y UNA PELÍCULA

ALGO MÁS QUE INEXPERIENCIA

LAS PALABRAS Y LA VIDA

UNA PAUSA INFANTIL

EXPERIENCIA Y APRENDIZAJE

NO MÁS IMPROVISACIÓN

TENER PARA DAR

LOS HIJOS

AGRADECIMIENTOS

UN BONSAÍ Y UN PERGAMINO

El día de mi matrimonio, todo transcurrió con gran normalidad. Fue, podríamos decir, una boda típica. La iglesia estaba bellamente engalanada, al gusto de mi futura esposa y, por qué no admitirlo, al gusto de cualquiera que tuviera un poco de aprecio por lo bello. Alfombra roja, al mejor estilo de Hollywood; arreglos florales en los extremos de las bancas, en el altar y en varios sitios de la iglesia. Delante del altar, un poco más abajo, a distancia de un escalón, un par de sillas cubiertas con un forro blanco, salpicado de flores naturales, y con sus correspondientes reclinatorios. Y, por supuesto, un grupo musical elegantemente uniformado, con voces e instrumentos, en lugar discreto pero no difícil de divisar.

Durante la ceremonia, yo me encontraba muy nervioso. Aquella entrada solemne por la nave de una iglesia abarrotada de gente que me miraba —sin duda que mirarían más a mi prometida—; el lugar que ocupamos —delante del altar y como centro inevitable de todas las miradas—; llegado el momento, las palabras pronunciadas ante un micrófono, de tal manera que las escuchasen todos —Yo, César, te acepto a ti, Luisa...—.

Muchas cosas habían pasado en mi vida. Conservo muy grabados en mi memoria algunos momentos que dejaron una huella profunda: el día en que descubrí “mi primer gran amor”; mi graduación profesional; el día en que gané la medalla de oro en los juegos universitarios... Pero ninguno de esos hechos habría de tener tanta trascendencia en mi vida como el matrimonio. Ya no sería el mismo, ya no me pertenecería a mí. Ahora, todo lo mío sería compartido. Aunque no es costumbre que el esposo asuma el apellido de la esposa, en la práctica, uno pasa a ser, desde el momento de pronunciar el compromiso matrimonial, “de”: él de ella, y ella de él.

De la homilía del sacerdote recuerdo poco, pero se me quedaron grabadas unas palabras que me dijo, mirándome fijamente:

— César, amar es una decisión, no un sentimiento; amar es dedicación y entrega. El amor es un ejercicio de jardinería: ve arrancando lo que haga daño, prepara el terreno, siembra, sé paciente, riega y cuida. Procura estar preparado, porque habrá plagas y habrá sequías o excesos de lluvias. Pero, no por eso abandones tu jardín. Ama a Luisa: acéptala, valórala, respétala, dale afecto y ternura, admírala y compréndela.

Cuando pronuncié las palabras con las que uno se compromete de por vida —Yo, César, te acepto a ti, Luisa...—, ¡me temblaba la voz! No es que tuviera miedo al compromiso, y menos con ella. Era, más bien, ese no sé qué de definitivo, de cambio de vida, de novedad, casi de aventura. Y a la hora de ponerle a ella la argolla de matrimonio, afloró mi torpeza y nerviosismo: primero, dejé caer la valiosa y significativa prenda al piso; después, intenté ponérsela en el dedo equivocado...; me sudaban las manos, y no pude evitar que se notara un ligero temblor. Me sentí un poco humillado. ¡Yo, que estaba acostumbrado desde mi juventud a los riesgos, casi a la temeridad, en excursiones y todo tipo de planes con amigos! ¡Yo, que decía no tener miedo a nada!

Luisa, en cambio, se notaba muy serena, sonriente y con gran dominio de la situación. Al menos a mí así me pareció. De lo que nunca he tenido duda es de que ¡estaba bellísima! Aquel largo y sedoso vestido blanco, su cuidadísimo maquillaje y su peinado, pero, sobre todo, aquel rostro sereno y sonriente, que traslucía satisfacción y alegría. Una satisfacción y una alegría que tenían que ver conmigo.

No todo fue nerviosismo para mí. También tenía un gozo inmenso, por saber que ella, desde entonces, sería solo mía, y que contaría con su compañía y con su amor hasta que la muerte nos separase... ¡Ya era hora! Llegué a pensar que, con todo lo que supuso nuestro noviazgo, habiendo logrado saltar todos los obstáculos que se presentaron, ya me la merecía.

Porque dificultades no nos faltaron. Desde los celos de sus hermanos, pasando por la inicial desaprobación de su madre a nuestro noviazgo, hasta la casi violenta actitud de su padre para conmigo. Él era uno de esos que piensan que los hijos se tienen en propiedad. De ahí que viese con tan malos ojos a alguien que quisiese hacerse con aquello que consideraba tan propio.

Como si fuera poco, no faltaron las trabas a nuestra decisión de casarnos; no fueron pocos quienes nos aconsejaban una unión libre por un tiempo, para poner a prueba nuestro amor. No faltaron los consejos en torno a la idea de esperar a terminar unos estudios, a tener un mejor empleo, a disfrutar más la vida de solteros, porque después...

Aquellos argumentos me resultaban rastreros y egoístas. Me molestaban, además, por la cuenta que me traía.

—Ya me están haciendo dudar —llegó a decir en algún momento mi prometida.

—¡Somos nosotros los que nos vamos a casar, no ellos! —le protesté, visiblemente molesto—. Además, no serán ellos quienes nos ayuden a sacar adelante nuestro matrimonio ni nuestra familia. ¿Confías en mí, o no? —la cuestioné.

—Claro está que confío en ti, no te pongas así —dijo ella.

—Entonces, deja de atender a lo que digan los demás y sigamos adelante con nuestro proyecto —dije, ya con más calma y con actitud casi suplicante.

—¡Sí, vamos adelante! —exclamó ella por fin con decisión, y me abrazó.

No hay duda de que, de haber atendido a tantas voces “prudentes” y a tantas otras agoreras, aún estaría esperando unas circunstancias mejores, una mujer ideal, o no sé qué más.

Ante esta situación, recordé la película “Solo ante el peligro”, en la que se muestra a un sheriff dejado totalmente solo por la gente de su pueblo. Un criminal que había detenido tiempo atrás es puesto en libertad, y tiene intención de volver al pueblo para vengarse. La primera reacción del protagonista es pensar en la huida. Tiene esposa e hijos, y un buen porvenir. “¿Por qué he de jugarme la vida?” —se pregunta—. Su decisión final es quedarse, pero no por afán de gloria ni heroísmo, sino porque piensa, y así se lo explica a su mujer:

—Si huimos ahora, tendremos que estar huyendo toda la vida.

No le faltaba razón: aquel criminal, sin duda, le seguiría a todas partes. La esposa no entiende. Solo piensa en resolver el problema del momento. Él tiene razón, y actúa en consecuencia.

No hay duda de que la prudencia lleva, a veces, a optar por el camino que exige mayor valor, y no precisamente por la solución cómoda.

Prudencia es pensar, deliberar, buscar los medios que conduzcan al fin deseado; se precisa cierta reflexión y hacer las consultas oportunas. No faltan proverbios populares en este sentido: “Cuatro ojos ven más que dos”; “quien pronto se determina, pronto se arrepiente”; “rápido y bueno, raras veces”...

Sin embargo, la prudencia, además de deliberación, exige tomar decisiones. No es prudente el eterno vacilar, que todo lo deja en suspenso y sume al alma en la incertidumbre; tampoco es prudente esperar a tomar una decisión hasta que se den las condiciones ideales.

“Lo mejor es enemigo de lo bueno”, se ha dicho. Es verdad que decisiones de este estilo, aquellas que comprometen la vida, suponen un cierto riesgo. Pero, ¿acaso hay decisiones humanas que garanticen una seguridad absoluta, un total acierto? Yo ya había sopesado todos los riesgos, y nuestro tiempo de noviazgo había sido el suficiente para conocernos y saber a qué nos enfrentábamos.

¿Osado?, ¿audaz? Yo no era ni lo uno ni lo otro, pero sí tenía algo muy claro: estaba enamorado y me ilusionaba profundamente formar una familia.

Al salir de la iglesia, terminada la ceremonia de matrimonio, vino la acostumbrada calle de honor en medio de una lluvia de arroz. Un auto antiguo muy engalanado —también este al gusto de Luisa— nos esperaba para llevarnos al lugar donde tendría lugar la reunión con los invitados. Casi todos los preparativos para la boda corrieron a cargo de Luisa, y a su gusto. Terminé cediendo en todo, no sin un tira y afloja entre los dos.

—Hagamos algo muy sobrio y privado. No me gustan los montajes —decía yo.

—¿Qué dices?! —protestó ella—. Yo solo me voy a casar una vez en la vida, y pienso guardar un recuerdo imborrable. ¡Yo quiero una ceremonia a toda regla! Si hace falta, me gasto todos mis ahorros.

—No lo digo por eso —respondí—. Es que... Muy bien. Se hará como quieras.

Y entre las cosas que quiso fue el auto antiguo, de esos que yo siempre he admirado y hasta he deseado tener algún día. Un Ford T negro. De esos que aparecieron muy a comienzos del siglo XX, y que llegara a convertirse en estrella popular de las películas cómicas del cine mudo, al lado de Laurel y Hardy, y de Charles Chaplin. El mismo que fue declarado, por muchos, como el auto del siglo XX. ¡Una belleza de auto! Muy bien cuidado, por cierto. No sé cómo llegó a conseguirlo Luisa, pues, no es que abunden por ahí: aquel era uno de los apenas ocho mil que hay en todo el mundo.

Pero, una cosa es verlo pasar, admirarlo y hasta conducirlo, y otra muy diferente es ir en él, *disfrazado* de recién casado, y siendo el centro de atención de cualquier ciudadano de a pie. El auto cubrió el trayecto entre la iglesia y el sitio de reunión en medio de una pertinaz lluvia. También aquello fue, para algunos, señal de buen augurio y, para otros, de todo lo contrario.

No sé qué me incomodaba más, si la lluvia o las miradas curiosas de los transeúntes. Me consolaba, en cambio, por un lado, el saberme ya de la mano de ¡mi esposa!, y, por otro, la manifiesta alegría y satisfacción de ella. Pude leer en su mirada una especie de impulso a saludar, con ademán de reina, a conocidos y extraños. Su alegría me alegraba; y la admiración de otros por ella era para mí motivo de orgullo.

Ya en la reunión, vinieron las fotografías, el vals, los amigos, la familia, la cena, la música... Lo típico.

En medio de todo aquello, hubo un detalle que, aunque aparentemente nimio, me dejó una huella que solo con el tiempo dejaría ver su profundidad: fue el regalo de matrimonio que nos hizo Arturo Mejía, un gran amigo mío, antiguo compañero de trabajo. Su obsequio fueron dos

cosas, a cual más desacostumbradas y, por tanto, originales: un bonsái y un pergamino con el título “Decálogo del matrimonio perdurable”.

Luisa y yo no pudimos disimular suficientemente nuestra cara de extrañeza, de manera que él se sintió obligado a dar una explicación de su regalo:

—El pergamino —nos dijo— es para tenerlo muy al alcance de la vista; y el bonsái es un reto: mantenerlo vivo, mediante unas pocas gotas de agua al día. Además —agregó—, nunca se olviden de que “amor no es lo mismo que romance”.

—Muy bien, muchas gracias. Esperamos cumplir con el reto —dije yo, al tiempo que miraba a Luisa, buscando su aprobación.

Ella aprobó mis palabras con un gesto afirmativo, pero, en cuanto Arturo volvió la cara, me miró con una mezcla de desconcierto y risa, como queriendo decir:

—¿Qué le pasa? ¿Qué nos habrá querido decir?

Terminada la celebración, ya en casa, con calma, desempacando los regalos, nos volvimos a detener en el de Arturo. Él siempre fue, aparte de un excelente trabajador, un hombre profundo, de amplia cultura, de principios muy claros y bien arraigados, y un hombre de fe: de esas personas que infunden confianza y a quien uno no duda en acudir, ante las situaciones más dispares y hasta descabelladas, en busca de consejo. Defectos como superficialidad, frivolidad y ligereza era muy difícil de encontrar en él. Se había casado unos cinco años antes que nosotros y su matrimonio iba, a mi parecer, muy bien.

De esos tiempos en que coincidí con él, en mi antiguo trabajo, recuerdo que a todos nos llamaba la atención su empeño por defender el tiempo para su familia: por ningún motivo se permitía extender la jornada laboral. Solía decir:

—Si las horas previstas para realizar el trabajo, no nos alcanzan, es porque no trabajamos bien, o porque las labores están mal programadas o mal distribuidas. Sea una u otra la situación, hay que buscar soluciones, porque no hay derecho a que desatendamos a nuestra familia como consecuencia de ese desorden.

Se contaba que él había renunciado antes a otro empleo, porque, con la excusa de que hacía parte del *staff* de la empresa, no tenía horario. Esto, en la práctica, quería decir que terminaba diariamente su labor a avanzadas horas de la noche. Siempre surgían proyectos nuevos, asuntos pendientes, urgentes, que era imperioso resolver antes de irse a casa.

—Decidí renunciar —decía, aludiendo a unas palabras de Chesterton— porque es la familia el lugar donde nacen los niños y mueren los hombres,

donde la libertad y el amor florecen: no es en una oficina, ni en una tienda, ni en una fábrica.

Arturo era un gran admirador y profundo conocedor de este famoso escritor inglés. Y ese era, precisamente, uno de nuestros puntos de contacto, ya que también yo lo fui, desde mi juventud. Un profesor de literatura, en el colegio donde cursé el bachillerato, me ayudó con sus clases a conocerlo y admirarlo. Siempre he disfrutado leyendo sus obras y también las biografías de este pensador inglés. Su punto de partida era el asombro por la existencia, por un mundo que es esencialmente bueno y bello; de ahí que —consideraba él— hay que estar alegres y llenos de agradecimiento, aunque ni el mundo ni la existencia puedan llegar a ser plenamente comprendidas: son un misterio que tenemos que desentrañar. Seguramente por eso, a Chesterton le gustan tanto las novelas de detectives.

Volviendo a Arturo, he de decir que, dado el buen concepto en que siempre lo había tenido, me veía en la obligación de reflexionar sobre el contenido del mensaje que había querido transmitirnos con su regalo de matrimonio.

El pergamino —el “Decálogo del matrimonio perdurable”—, ya era, por su contenido, bastante elocuente. Se trataba de un compendio de reglas, normas, leyes, o como se las quiera llamar, que venían formuladas, en una caligrafía muy cuidada:

1. Sigán siendo novios.
2. No se casan solo porque se aman, sino para amarse.
3. Él (ella) no es el esposo (la esposa) que aspiras: es el punto de partida.
4. El matrimonio no es un ensayo sino un compromiso para toda la vida: hacer feliz al otro.
5. Es un proyecto común: nada repartido, todo compartido.
6. Los desacuerdos no se resuelven ya: hay que esperar a serenarse.
7. Respetar las diferencias. Lo que es importante para el otro, no debe ser indiferente para mí.
8. El niño (la niña) más pequeño (a) que tienes en tu casa es tu esposo (a).
9. Si Dios es protagonista, la permanencia y el acierto están garantizados.
10. Los hijos, antes que hijos de sus padres, son hijos de Dios.

Yo sí estaba decidido e ilusionado con la idea de que mi matrimonio fuese perdurable, y me daba cuenta de que mi esposa también: ¡nos queríamos tanto! Así que leímos detenidamente el contenido del pergamino y estuvimos de acuerdo en lo acertado de aquellas afirmaciones. Todo hay que decirlo: veíamos la necesidad de profundizar en algunas de ellas.

—Tendremos que invitar a Arturo un día para que nos explique — propuse.

Luisa estuvo de acuerdo y, por otra parte, decidió:

—Haré enmarcar el pergamino, y lo tendremos, como él nos dijo, al alcance de la vista. Ya se ve que no basta con leerlo una vez.

Nuestra *luna de miel* duró un buen tiempo. Al casarme con Luisa, fui un hombre francamente afortunado: ¡qué mujer la que me había tocado en suerte! Ella siempre fue, en su juventud, una niña muy casera y de sanas costumbres. Única mujer entre seis hermanos y, por tanto, polo de atención de ellos y, sobre todo, de sus padres; siempre rodeada de cariño y con todas sus necesidades básicas bien atendidas.

Luisa, además de acaparar la atención de sus padres, era factor de unidad. La relación entre sus padres —mis suegros— fue casi siempre difícil, fría, distante. A su lado, reinaba una tensión e incomodidad no siempre fácil de manejar. En muchas ocasiones, los vi hablarse indirectamente:

—Dile a tu mamá que... —decía su padre a Luisa, como enviando un mensaje ¡a alguien que estaba en frente de él!

—Dile a tu papá... —respondía ella.

En pocas cosas se ponían de acuerdo: una de ellas era la atención y el cariño por su hija. Ella se sabía granjear el cariño de cada uno de ellos — por aparte— con un modo de ser, para con su madre, muy servicial y dialogante; para con su padre, cariñoso y conciliador. Fue lo que pude notar en mis visitas.

Cuando hice la *petición de mano* formal, su padre me dijo:

—¿César, te das cuenta de que te llevas a mi tesoro? He aprendido a quererte y a confiar en ti, pero, si un día la haces sufrir... ¡no sé qué haré contigo!

Aquellas palabras las dijo medio en broma, medio en serio, acompañándose de una sonrisa, al mismo tiempo que de un gesto amenazador con sus manos. Yo quise tomármelas muy en serio: no quería ni pensar en la posibilidad de causarle sufrimiento a quien tanto amaba.

Pasé horas enteras y noches en vela, pensando en lo que haría para lucirme con Luisa cuando fuera mi esposa, para que se sintiera cada vez más a gusto conmigo, para que se sintiera querida y para que me quisiera cada vez más. Nuestro noviazgo fue breve, pero suficiente para conocernos bastante.

Aprovechábamos muy bien los ratos que pasábamos juntos. Había mucha variedad en nuestros planes, pues los dos teníamos mucha iniciativa. Y no siempre teníamos que salir ni realizar grandes gastos: también en casa nos lo pasábamos muy bien. En ocasiones, nos bastaba ponernos a armar un

rompecabezas, hacíamos *karaoke*, jugábamos algún juego de mesa, y hasta nos metíamos a la cocina a preparar algo novedoso, no sin la ayuda de su madre.

Yo procuraba estar atento a los detalles que le gustaban y los que le disgustaban. Tuve que ir aprendiendo a no dar nada por supuesto y a no proyectar mis gustos, pensando que deberían ser, muy probablemente, los mismos suyos.

En una ocasión, cuando nos disponíamos a entrar al cine, quise lucirme con ella y compré dos helados gigantes y, para mi gusto, deliciosos. Sin embargo, acerté a escoger justo el sabor que más le disgustaba a ella. De momento, no me lo hizo saber y, con gran esfuerzo de su parte, dio cuenta de su helado, pasando un mal rato durante la película.

Yo me proponía tener en cuenta sus gustos, también en nuestra vida de casados.

Ahora bien, una cosa es no querer hacer sufrir y otra, muy diferente, es hacer sufrir sin querer. Y creo que, con el paso del tiempo, esa vino a ser nuestra situación. Aquel tiempo de luna de miel, el entusiasmo de los comienzos, se fue pasando. Comencé a notar algo: una especie de rutina, de acostumbamiento, que me preocupó.

Esto ocurría cuando aún no llevábamos dos años de casados. Ya había nacido nuestro primer hijo, Sebastián. Aquello sí que fue un suceso inolvidable, difícil de describir. Llegado el momento del parto, yo experimenté una mezcla de angustia, expectativa, ilusión, que por poco me hizo volver al cigarrillo. No lo hice, pero, en cambio, iba acabando con mis uñas.

Aunque el médico me ofreció la posibilidad de estar en la sala de cirugía, no me sentí capaz. Esperé afuera. Pero cuando me avisaron que todo había ido de maravilla y que podía entrar a la habitación... ¡me faltaron alas! Sin embargo, al entrar, me contuve y lo hice casi caminando en puntillas, como temiendo despertar con mis ruidos a la madre y al hijo.

—Se parece mucho a ti —dijo Luisa en cuanto me sintió entrar.

Me detuve un momento para contemplar la escena... Se me escaparon unos lagrimones como puños. Me acerqué y... ¡vi a mi hijo! Lo tomé en mis brazos, lo estreché delicadamente contra mi pecho y, mientras tanto, miré a mi esposa...

—Gracias, amor. Te amo, te amo, te amo —le dije, en voz baja, pero con suficiente claridad como para que se enterara.

Hasta entonces, yo pensaba que ya amaba a Luisa lo suficiente. Pero no. Aquel día, la amé profundamente y con una admiración que rayaba en la idolatría. ¡Ser madre, transmitir vida! Y yo ¡ser padre! Nunca imaginé la alegría que se sentiría.

Desde el nacimiento de Sebastián, Luisa permanecía en casa, pues, de común acuerdo, vimos que era necesario dedicarse al niño, al menos por un tiempo; yo me encargaría del sustento de la familia.

Que mi esposa permaneciera en casa era para mí, secretamente, un motivo de tranquilidad también por otra razón. Aunque yo nunca fui celoso —eso creía yo—, no se me ocultaban los encantos de la mujer que Dios me había regalado por esposa: su sonrisa franca, su mirada profunda, su conversación agradable, su figura agraciada... ¡No quería ni pensar que alguien llegara a poner los ojos en ella! Así, pues, qué mejor que mantenerla un tanto alejada de esas otras miradas.

No me importaba que ello supusiera para mí, quizás, una mayor carga de trabajo. Sin embargo, ver por el sustento de mi familia no me resultaba difícil, ya que mi empleo como gerente, por más de cinco años, de una compañía de logística, me permitía devengar lo suficiente para vivir bien y no pasar por grandes necesidades.

Ansiaba llegar a casa para abrazar a Sebastián y disfrutar de su presencia. Casi no vivía para otra cosa.

Pero yo iba notando a Luisa un poco distante, menos cariñosa que antes, con respuestas monosilábicas, cosa poco común en una mujer tan locuaz como ella.

—¿Qué te pasa? —le pregunté un día.

—Nada. ¿Por qué? —me contestó con una actitud un poco hosca, y continuó con sus quehaceres.

—Te noto cansada, preocupada... No sé. Si hay algo, dímelo —le insistí.

—No. No hay nada. Quizás un poco cansada y ya, pero eso se me pasa durmiendo.

De momento, acepté su explicación, pero no quedé satisfecho del todo. Desde hacía días, venía notando un cambio en ella. Siempre tuve latente el temor de que se llegara a dar entre nosotros una situación como la de sus padres y, en cambio, albergaba la ilusión de un matrimonio como el de los míos. El ejemplo que vi, habitualmente, en ellos —en mis padres— creó en mí la idea de lo que debería ser un matrimonio ideal: su trato, su unidad, el vivir uno en función del otro...; y verlos envejecer tomados de la mano. Ellos eran para mí la viva estampa del verdadero amor de esposos.

Hacía unos días habíamos celebrado, con una cena en familia, sus *bodas de oro*. Fueron momentos felices, de esos en los que uno le da gracias a la vida por tantas bendiciones. En la sobremesa, Gabriela, una de mis cuñadas, preguntó a mis padres:

—¿Qué consejo nos darían a quienes aspiramos a cumplir tantos años de casados, tan compenetrados como ustedes lo están?

—Es cuestión de construir poco a poco, y cada día, los pilares que sostienen el matrimonio: el amor, la tolerancia y la comprensión — respondió mi madre.

—Mi padre, que era de pocas palabras, sólo dijo:

—Si quieres ser feliz, haz feliz a tu pareja. Si quieres que te quieran, quiere.

A la luz de ese modelo, yo no quería, ¡de ninguna manera!, que llegara a primar en mi hogar lo que veía, en cambio, en el de mis suegros. ¡¿Habría llegado ese momento?! No quería ni pensarlo. Yo me examinaba, buscando en mí algo que pudiera estar ocasionando esa situación, pero no encontraba motivos.

A mi esposa y a mí, nos seguía uniendo hablar de nuestro hijo: sus gracias, sus progresos. Todo hay que decirlo: era un niño que te ganaba, que te impulsaba a estar con él. ¿Quién no se enternece ante un pequeño que te sonríe, que te besa, que nunca es esquivo, y que, al mismo tiempo, se muestra tan débil, tan necesitado de atención?

Pero, aparte de Sebastián, entre Luisa y yo parecía no haber otros lazos fuertes que nos unieran seriamente. En cuanto surgía algo que le preocupara o le molestara a ella, se hacía inaccesible y se ponía insoportable. Se encerraba en su enfado, con el ceño fruncido y con brusquedad en los modales.

Comenzaban a pasar entre nosotros cosas tan tontas como el problema del dentífrico. Algo tan insignificante se convirtió en un origen de enfados. Sucedió que los dos usábamos el mismo tubo de crema dental, pero, mientras yo iba enrollando el tubo con cuidado, conforme se iba gastando, ella lo apretaba por cualquier parte, de cualquier manera, contrariando mi modo de proceder. Aquello ocasionó, al menos de mi parte, enfados y reclamos, a los que ella respondía:

—¡Y ¿cuál es el problema? ¿No se gasta igual?!

Es de risa, pero la única solución fue que cada uno tuviera su propio tubo, para apretarlo cada cual a su antojo.

Sentía que mi matrimonio no iba bien, pero no sabía explicar por qué; me sentía muy mal y no sabía cómo arreglarlo. Luisa no era feliz —se notaba—, y yo tampoco. ¿Por qué no me apetecía estar con ella, como cuando éramos novios? Aunque le seguía ayudando en algunas tareas, a veces de muy mala gana, llegué a tener la sensación de poco interés en los temas que a ella le preocupaban o interesaban.

UNA VISITA BUSCADA

Cuando dejas de percibir el encanto de un paisaje, cuando notas que el día se llena de monotonía, cuando nada te ilusiona, cuando te empieza a costar sonreír, algo va mal en tu vida. Si no se detecta el mal ni se aplica el remedio, hace su aparición la desesperanza; los días se van llenando de vacío.

Así me estaba sintiendo yo, cuando recibí una llamada de Arturo, aquel amigo que nos había regalado el bonsái y el pergamino. Llamó para felicitarme por mi cumpleaños. Esas cosas nunca se le pasaban a él. La amistad implica interés real por los asuntos del otro, comprensión, condescendencia, espíritu de colaboración, comunicación de bienes. Todo esto se encontraba en Arturo. Procuraba aprender los nombres de tus seres queridos, no olvidaba los asuntos que en algún momento captaban la atención del amigo. Cuando hay verdadera amistad, la ausencia o la distancia no solo no la interrumpen, sino que la purifican y ahondan. Y ese era el caso de mi amigo, porque, a pesar de no vernos con frecuencia, la fuerza de nuestra amistad no mermaba.

Esa llamada de Arturo fue providencial. Aunque yo no me lo había planteado, estaba necesitando hablar con él sobre mi situación matrimonial, que, sin ser grave —pensaba yo—, podría complicarse. Con él tenía mucha confianza, como lo he dicho, y sus consejos eran siempre oportunos.

Cuando hablamos por teléfono, me preguntó, entre otras cosas:

—Y bien, César, ¿cómo van las cosas en tu matrimonio?

—Bien —le contesté—, pero hay cosas...

Caí en cuenta de que en tanto tiempo, desde mi matrimonio, no había resuelto aquel asunto que Luisa y yo teníamos pendiente: que nos explicara su regalo de matrimonio. Así que la ocasión se presentó. Aunque no se lo había dicho a mi esposa, se me ocurrió invitarlo a almorzar en casa.

—Oye, Arturo, por qué no te vienes un día a comer con nosotros. Luisa y yo siempre hemos querido tener una conversación contigo: tenemos un par de preguntas que hacerte.

—¿Preguntas... sobre qué? —dijo con curiosidad.

—Sobre el regalo de matrimonio que nos hiciste —respondí sin dudar.

—¡Ah! Muy bien. Cuando quieras —respondió, con una clarísima buena disposición.

Para no dejar el asunto en el aire, concretamos un día —el sábado siguiente—, y nos despedimos. Solo una cosa me preocupaba: si Luisa estaría de ánimo para atender esa visita que a mí, en cambio, me hacía mucha ilusión.

—Acabo de invitar a Arturo Mejía a almorzar con nosotros —dije a mi esposa, sin rodeos, no más llegar a casa.

—¿Cuándo? —preguntó.

Yo esperaba de ella un gesto de contrariedad o que manifestara no recordar quién era el invitado. En cambio, recibió la propuesta con gran naturalidad y hasta con interés.

—El sábado —contesté—. La idea es hacer un asado. Pero no te preocupes que yo me encargo y, además, él es muy descomplicado —dije, como queriendo quitarle importancia al asunto y para restarle a ella carga de un compromiso que podría resultarle pesado.

—Será una buena oportunidad para que nos explique su regalo de matrimonio, ¿no crees? —respondió, sorprendiéndome, pues no pensé que tuviera tan presente ese asunto del que hacía tanto tiempo habíamos hablado.

—¡Exacto! Precisamente, pensando en eso, le hice la invitación —le aclaré—. Perdona que no te lo dijera antes.

—No, no. Me parece bien. Encárgate tú de lo de afuera —todo lo que es de asar—, que yo me encargo de lo de adentro. Porque no te olvides que se necesitan ensaladas, salsas y otros acompañamientos. Eso de que “yo me encargo” no es tan real —terminó diciendo, mientras me miraba de reojo y con una sonrisa burlesca.

—Tienes razón —no pude más que asentir.

Solo una cosa nos preocupaba a Luisa y a mí: el bonsái había muerto. Al comienzo, lo habíamos cuidado, como nos indicó Arturo; pero, poco a poco, nos fuimos desentendiendo de él: unas veces, por estar ausentes de la casa por varios días; otras, por no considerar su cuidado algo prioritario; otras, por notar que, aunque dejáramos de regarlo uno o dos días, no se marchitaba... Hasta que llegó el día en que ya no resistió más nuestros descuidos y se secó.

La cuestión era, entonces, ¿cómo explicárselo a Arturo?, ¿preguntaría por él?, ¿notaría su ausencia? En todo caso, sería imposible ocultar los hechos. Había que asumir lo que ocurriera.

—¡No mencionemos para nada el bonsái! —sugirió Luisa, intranquila—. Quizás ni pregunte.

Al día siguiente, mi amigo me llamó para cambiar los planes.

—César, no podrá ser el asado del sábado —me dijo lacónicamente—. Me surgió un almuerzo de trabajo impostergable. Pero, para no quedarte mal, te propongo ir ese mismo día en las horas de la tarde. Me invitas a un café, y ya está.

—Por supuesto —acepté—. Me asustaste: pensé que no vendrías. Pero espero que no estés con prisas.

—No. Nada de eso. Una tarde da para mucho —dijo—. Además, soy yo quien más interés tiene en estar allí.

Llegó el día. Arturo vino solo, sin su esposa, no sé si por encontrarse ella atendiendo algún compromiso, o por él haberlo considerado más oportuno, en vista de los temas que trataría con nosotros ese día.

Su presencia, llena de afabilidad, nos agradó mucho. Con él era siempre fácil el trato. Siempre fue un hombre sencillo, natural, cercano. Y esa vez no fue la excepción. Su saludo, mientras hacía un gesto de aspirar profundamente el aire, fue:

—¡Mmmm, qué delicia! ¡Huele a café!

—Por supuesto —respondí, mientras le daba un abrazo—. No se me ha olvidado que es tu debilidad.

—Me extraña que no se te haya olvidado. Nos vemos de año en año —dijo, acompañándose de un gesto que parecía de reclamo.

—Pero aunque no nos veamos, no te hemos olvidado —interrumpió Luisa, que bajaba por las escaleras, con el niño en brazos.

—¡Luisa!, veo que vienes bien acompañada —dijo Arturo—. Sebastián, ¿no es así?

—Sí. Este es nuestro Sebastián —respondió ella, y giró al niño, para pasárselo a él.

Arturo lo tomó en sus brazos y lo levantó en alto, como para observarlo bien, y luego le dio un beso. Pero tuvo que devolverlo a los brazos de su madre, pues, quizás por los movimientos un tanto bruscos de Arturo o por darse cuenta de que estaba en brazos de un extraño, Sebastián se disponía a llorar. Luisa lo recibió, me lo pasó y me dijo:

—Encárgate tú del niño mientras yo me encargo del café. Escuché que hay por ahí alguien ávido de una taza.

—Por supuesto que sí —respondió mi amigo—. Me vendrá muy bien.

Pasamos a la sala y tomamos asiento, mientras mi esposa se dirigía a la cocina a servir el café. Mientras tanto, noté que Arturo miraba para todos lados, como quien quiere fijarse, detalle a detalle, en todo lo que aparece a sus ojos, en un lugar al que entra por vez primera. Aquello me puso nervioso, no porque quisiera ocultarle nada, sino por el temor que teníamos a que preguntase por el bonsái.

—Muy bonita tu casa, César —me dijo—. Bellísimo este cuadro..., y aquel elefante... ¿es de la India?

—No. Es una buena imitación, nada más —respondí.

Continuaba haciendo comentarios elogiosos sobre muchos detalles de la casa, de su decoración. Y tenía razón, pues los dominios de Luisa eran el interior de la casa, y ella tuvo siempre muy buen gusto. Casi todo tenía un corte moderno. Muchas cosas eran obra suya, ya que dedicaba buena parte de su tiempo libre a manualidades: en su mayoría objetos para adornar la casa.

Vivíamos en un pequeño chalet de dos plantas, rodeado de jardín. Mis dominios eran el exterior del chalet. A mí me gustaban mucho las artesanías. Por eso, tenía todo el jardín repleto de muebles, adornos y todo tipo de artefactos típicos de la región. Aunque había una cierta armonía —gracias a las asesorías de mi esposa—, no competía, ni de lejos, con la decoración interior.

Lugar principal del jardín lo ocupaba la barbacoa. Esa era una de mis aficiones. De no haber sido por los cambios de planes de Arturo, me habría lucido con él, demostrando la única habilidad culinaria que llegué a tener.

Luisa venía ya con el café, cuando Arturo preguntó:

—Y... ¿el bonsái?

Mi esposa estuvo a punto de dejar caer la bandeja, y se ruborizó. Yo carraspeé un poco, dejando notar también mi desconcierto ante la pregunta. Arturo se dio perfecta cuenta de nuestra inquietud y rápidamente intervino:

—¡Hey, tranquilos!... Se secó, ¿no es verdad?

—Mmmm, sí —le respondí, agachando la cabeza con vergüenza.

—Ya me imaginaba que eso podía ocurrir. No se preocupen. Pero quiero que entiendan que ese era mi propósito. Era solo un arbolito, pero tenía su intencionalidad, su mensaje.

»Hay muchos bonsáis por ahí, pero cada uno es irremplazable: igual que los hijos, el cónyuge y la familia. Todos son regalos que Dios te da, pero tú tienes que aprender a cuidarlos y a prestarles atención, pues, al igual que el bonsái, los sentimientos también pueden morir.

»Supongo que se acostumbraron a ver el arbolito siempre allí, siempre verde y se cansaron de cuidarlo... ¡Cuiden a las personas que aman! Basta un poco cada día, pero sin detenerse, sin acostumbrarse.

Luisa y yo lo escuchamos en silencio. Ella permanecía de pie, inmóvil, con la bandeja en la mano. El tenso silencio se prolongó, de modo que fue él mismo quien tuvo que romper el hielo:

—¡Tranquilos! ¿Qué son esas caras?

Se puso de pie para ayudar a mi esposa:

—Déjame te ayudo con la bandeja, Luisa —dijo, mientras se la quitaba y la dejaba sobre la mesa, sin darle a ella tiempo a reaccionar.

Iba a comenzar, él mismo, a servir los cafés, pero, entonces, intervino mi esposa.

—¡No, no! ¿Qué haces? Déjame a mí.

Arturo continuó, entonces, su explicación:

—Era solo un bonsái. Además yo sabía que podía morir en cualquier momento...

—¡No seas canalla! —dije, aprovechando la confianza con que siempre lo he tratado, y queriendo manifestar mi indignación—. ¡Sabías que iba a morir y...!

—No, no. Yo no sabía que iba a morir —aclaró—, sino que podía morir. Dependía del cuidado con que hubieran seguido mis instrucciones. Pero lo importante no es el arbolito, sino que no esté reflejando la relación entre ustedes. Espero que no. Veo que no.

Luisa y yo nos cruzamos una mirada y, como si nos hubiésemos puesto de acuerdo, miramos hacia otro lado. No sé si él lo notó, pero no dijo nada. Eso iba mucho con su personalidad. No fue nunca de aquellos que se gozan haciendo quedar mal a los demás, de los que incomodan haciendo notar los desaciertos del otro. Hasta en el trabajo, en el trato con sus subalternos, fue siempre un hombre muy delicado. Incluso cuando corregía, lo hacía de tal manera que el corregido terminaba agradecido.

Queriendo dejar clara la lección, Arturo continuó:

—Nunca olviden que así como un bonsái necesita, para vivir, unas gotas de agua todos los días, el amor también necesita, para mantenerse vivo, pequeños detalles, pero todos los días. En la relación entre los cónyuges, no se puede conectar nunca el piloto automático, como en los aviones. Después del *sí quiero* no hay que quedarse con los brazos cruzados sino trabajar el *para siempre*. Si no, podría venir el aburrimiento, que tiene mucho que ver con la falta de ilusión y el olvido de los detalles, cuando se ha perdido la capacidad de asombro y la ilusión, por falta de práctica. En estos días, me decía un amigo: “Hasta hace un tiempo, yo llegaba a mi casa y mi esposa salía a recibirme, me traía las pantuflas, y el perrito ladraba de emoción. De un tiempo para acá, yo llego, el perro me trae las pantuflas y mi mujer me ladra”.

Reímos a gusto.

—Esas cosas pueden pasar, ¿no les parece? —continuó Arturo—. ¡Peligroso!, porque puede llegar un momento en que, sin palabras, se establece una especie de acuerdo para vivir *aburridamente juntos*. ¡Qué daño hace la monotonía!: la vida conyugal se vuelve insípida, insustancial, sosa. Y puede pasar, entonces, que alguno de los dos, o los dos, buscan

fuera la novedad, los estímulos que les devuelven las ilusiones y las ganas de vivir: una persona, el trabajo, nuevas amistades, nuevos o viejos pasatiempos individuales, aficiones o adicciones... Es como si se experimentase que la auténtica vida, al menos la más estimulante, estuviera afuera, fuera ajena a la pareja.

De nuevo reinó el silencio. Parecía como si necesitáramos reflexionar, para asimilar bien lo que él nos iba diciendo.

—¡Pero el pergamino sí está vivo! —dijo Luisa con entusiasmo.

Su intervención nos hizo reír, cosa que se agradeció, pues rompió esa especie de tensión en que nos encontrábamos. Ya ella nos había servido café, y lo disfrutamos mucho, no solo porque ayudó a la distensión, sino por el deleite con que veíamos a Arturo dar buena cuenta de su taza... de su primera taza, porque quiso repetir.

Durante un buen rato, estuvimos hablando de todo un poco —del trabajo suyo y mío, de nuestras familias, de recuerdos...—: una tertulia informal, de esas en las que los más variados temas se van dando cita y se van conectando unos con otros, sin más intención que hablar, departir, descansar.

De pronto, caí en cuenta de que no habíamos abordado aún el tema que a Luisa y a mí más nos interesaba tocar con Arturo: el *Decálogo del matrimonio perdurable*: aquel pergamino que —ya Luisa había aclarado— “no había muerto”.

—¡Oye, Arturo: el pergamino! —dije intempestivamente.

—¿Qué pasó con el pergamino? —respondió él, sorprendido por mi repentina intervención.

—Que no te puedes ir sin explicarnos su contenido —aclaré—. Hasta enmarcado lo tenemos, y lo repasamos de cuando en cuando. Sin embargo, algunas de esas reglas o normas no son tan claras.

—Bien. Pues, tráelo y lo repasamos —dijo él, condescendiente.

Luisa se me adelantó. No podía ser de otro modo, pues yo tenía a Sebastián en mis brazos. El niño estaba dormido, a pesar o gracias al arrullo de nuestra conversación.

—Aquí está —dijo ella, que tardó muy poco en traerlo: se notaba que tenía tanto interés como yo en la explicación de Arturo.

—Veamos, pues —dijo él, tomando el cuadro con el pergamino—. El primero: “Sigán siendo novios”.

»Las condiciones para que una persona se enamore de otra son la atracción y la admiración: la conquista. Eso se da en el noviazgo. Pues bien, ¡hay que seguirse conquistando cada día! A veces pasa que, después de casados, se abandonan los detalles que eran propios del noviazgo. ¡Y no debería pasar! ¿Cómo se entiende que cuando estamos tratando de

conquistar a la persona que amamos nos desvivimos en detalles, en darle gusto, en caerle simpáticos y, después, todo aquello desaparezca? Cuando hay amor de verdad, todo aquello que es manifestación de ese amor se debería multiplicar; eso sucede cuando se mantiene el compromiso de permanencia, que es lo propio del matrimonio.

—¡Eso, eso! ¡¿Estás oyendo?! —dijo Luisa, dirigiéndose a mí.

—Esto va para los dos —aclaró Arturo, dejando claro que no tomaba partido por ninguno.

—¡¿Has oído?! —le dije, entonces, a Luisa.

Hubo risas de todos. El niño se despertó por un momento. Lo arrullé un poco y siguió durmiendo.

—Calma, calma —dije—. No interrumpamos, porque, aparte de despertar al niño, no dejamos hablar a Arturo.

—En ocasiones, nos abruma las ocupaciones —continuó—y dejamos que nos absorban muchas cosas que consideramos importantes, esenciales, hasta llegar a descuidar las verdaderamente importantes.

»Cuenta una leyenda que una mujer pobre, con un niño en brazos, al pasar delante de una cueva, escuchó una voz que decía:

—Entra y toma lo que deseas, pero no te olvides de lo principal; cuando salgas, la entrada se cerrará para siempre.

La mujer entró a la cueva. Allí había un arca repleta de joyas y piedras preciosas. Ella, fascinada, puso al niño en el suelo y empezó a juntar, ansiosamente, todo lo que podía en su delantal. La voz habló nuevamente:

—¡Se te está acabando el tiempo!

La mujer, cargada de joyas, corrió hacia afuera, y la entrada se cerró. Recordó, entonces, que el niño había quedado dentro.

—¡Nooo! —exclamó Luisa, aterrorizada, llevándose las manos a la cabeza.

Yo, aunque no lo manifesté, también estaba impactado.

—¡Tranquilos, que solo es una leyenda! —intervino Arturo para calmarnos—. Pero sirve para considerar que lo mismo ocurre, a veces, con nosotros. Necesitaríamos una voz que nos advirtiese con frecuencia: “No te olvides de lo principal”. Y deberíamos recordar, entonces, el puesto que deben ocupar en nuestra vida la familia, el amor entre los esposos, los hijos. Pero el dinero, las cosas materiales, el bienestar, nos fascinan tanto que, a veces, lo principal se queda a un lado. Como dice un refrán: “Hay gente tan sumamente pobre, que únicamente tiene dinero”.

Me hizo pensar en esa precipitación que me era tan característica. ¡Cuánto me costaba detenerme a pensar las cosas! El acelere y un carácter bastante primario me llevaban a ir atropellando las cosas y, sin quererlo, también a las personas. Fueron muchas las ocasiones en que mi esposa tuvo

casi que gritarme: “¡espera un poco!, cálmate”. Hasta de meterme en líos con otras personas me había salvado. ¿Y con ella? Difícil saber cuántas veces la habría maltratado con mi modo de ser.

—Hay que esforzarse por mantener muy vivos, a costa del esfuerzo y empeño que hagan falta, esos detalles que, en la época del noviazgo, nos hicieron enamorarnos —continúo Arturo—. Aunque sean cosas pequeñas, son lo que las gotas de agua para el bonsái. Así, nada nos hará olvidarnos de lo principal. No dejemos que el corazón deje de palpar. Es que —no nos engañemos—, en las cosas grandes y notorias, todo el mundo se cuida, recurriendo incluso al disimulo; en cambio, en las pequeñas, la gente se muestra tal cual es. El abandono de las cosas pequeñas en el amor es la ruina, el desmoronamiento del edificio. Le escuché alguna vez a un siquiatra, Enrique Rojas, que el *amor inteligente* es como un fuego que hay que alimentarlo día a día, a base de ramitas pequeñas; es alquimia y magia, códigos secretos y complicidad, química y hechicería; es un trabajo; en él, lo cotidiano nunca es banal, ni insignificante, ni puede descuidarse.

»Y les aseguro que este hombre dice estas cosas con mucho fundamento, no solo por su experiencia como esposo y padre de varios hijos, sino porque es autor de muchos libros, y conferencista muy reconocido en temas de familia y de afectividad. Y el cuidado de las cosas pequeñas es quizás uno de los temas más tratados en sus libros y conferencias.

»Precisamente, hay una canción que se llama así: *Cosas pequeñas*. ¿La han escuchado?

Luisa y yo nos miramos con extrañeza, dejando claro que no la conocíamos.

—La interpreta el grupo español “A dos velas” —aclaró Arturo—. La canción dice, más o menos:

Cuanto más grandes las puertas,
más nos cuesta entrar por ellas;
cuanto más grandes los hombres,
más solitarios se quedan;
cuanto más grandes los pueblos,
menos se ven las iglesias
¡Yo quiero cosas pequeñas!:
cosas pequeñas que pasan,
cosas pequeñas que vuelan...

»El amor se estropea a fuerza de pequeños descuidos: por malentendidos diminutos, por perezas microscópicas que no se ha tenido el valor de descubrir y de decir al principio. Es como el cáncer: para recuperar la salud,

hay que atacarlo al principio. Estar en lo pequeño no es manía, ni perfeccionismo: es tener las pupilas dilatadas por el amor.

Mientras Arturo hablaba, yo iba experimentando un sentimiento extraño, mezcla de vergüenza y reproche: ¿qué fue de aquellas caminatas que me gustaba hacer con Luisa?, ¿qué fue de nuestras tardes de cine?, ¿de los conciertos?, ¿de los regalos sorpresa y sin motivo?... Y es que, he de reconocerlo, en el noviazgo, yo era muy detallista con Luisa —Sin duda que lo aprendí de mis padres—: llamadas frecuentes, mensajes encendidos de amor, condescendencia con sus gustos en casi todos los temas, y un sinnúmero de detalles de cariño.

—Es verdad..., es verdad —reconocía yo, mientras miraba a mi esposa, en quien me pareció notar la misma actitud de auto-reproche que yo tenía, al tiempo que su aprobación a las palabras de Arturo.

—Y conviene también seguir haciendo planes solos —continuó Arturo—: sin niños, sin nadie más. No será lo acostumbrado, pero tampoco hay que descartarlo. Poder hablar sin la distracción de los niños y el trabajo; abordar cosas que les interesan y motivan: sus sueños, aspiraciones, temores... Si hablan de sueños, pueden compartirlos, buscar objetivos comunes. Si hablan de problemas, lo hacen de forma constructiva y tranquila, proactiva, que es mejor que reaccionar por instinto y con prisas o agobios. Aunque es más recomendable que esos ratos sean agradables, que no se usen para hablar de problemas.

—Pero ya con hijos eso no es tan fácil —repuso Luisa.

—¿Por qué no? —intervine—. Si no es algo de todos los días. Se deja al niño con alguien, por un rato, y ya está.

Por su expresión dubitativa, no la vi tan convencida, pero no dijo más.

CONTINÚA LA TERTULIA

El rato que estábamos pasando con Arturo era mucho más que una visita cualquiera: era, por su contenido, una clase, colmada de lecciones sobre cómo ser buenos esposos; y, por la forma, una agradable tertulia, de esas que uno no quisiera dar por terminada. Nos estaba haciendo mucho bien, porque nos estaba haciendo reflexionar. Con razón se ha dicho que la gran enfermedad de la edad moderna es la falta de reflexión. Uno se sumerge en las cosas y actividades, se desborda continuamente hacia las cosas externas y, poco a poco, va dejando desaparecer los más nobles ideales. No hay duda de que en una actitud así, en un activismo así, uno no está en capacidad de mirar con la perspectiva adecuada.

—La segunda regla del *decálogo* —continuó Arturo—: “No se casan solo porque se aman, sino para amarse”.

»¡Que no es lo mismo! Porque nadie duda de que se amaban al casarse, pero ¿qué pasaría si un día, por las razones que sea, llegaran a pensar que se acabó el amor? Pasaría que se estarían equivocando, porque el amor, cuando es verdadero, no es circunstancial, no es de un momento, no depende de cómo vayan las cosas. El amor, por naturaleza, está llamado a crecer, a auto-alimentarse: el amor no es un sentimiento momentáneo, es un proceso que no se detiene. El amor es algo vivo que se *re-crea* cada día. Aunque a veces no se manifieste con la misma fuerza y evidencia que en otros momentos, ahí está, no ha desaparecido: está latente y hay que soplar para que se avive, como se hace con las cenizas de una fogata.

»¿Recuerdan que, junto con el bonsái y el pergamino, les hice una recomendación?

Luisa y yo nos miramos y, casi al mismo tiempo respondimos:

—¿Qué recomendación?

—Que nunca se olvidaran de que amor no es lo mismo que romance.

—¡Ah, sí! Es verdad. Ya lo había olvidado —respondí.

—El romance puede desvanecerse o hasta desaparecer por tiempos: no así el amor —sentenció—. El amor no es algo que viene dado, como el enamoramiento, que quizá le da origen, sino que es fruto de una virtud que se construye —o destruye— con actos sucesivos en el tiempo. Ese romanticismo dulzón que suele acompañar el tiempo del noviazgo y que

brilla en las bodas y en el inicio del matrimonio está cargado de sentimiento, por no decir de sentimentalismo. Por eso se le llama “luna de miel”. Sin embargo, aún no ha sido sometido a la forja de la convivencia, aún le falta ir acompañado más de la cabeza, que del corazón. De ahí que se casan *para* amarse: para darle, día por día, más fundamento a su amor, sin depender del romanticismo, que un día aparece y otro no.

»También hay que reconocer, y supongo que ustedes habrán tenido la experiencia, que, cuando el amor tiene fundamentos sólidos y cuando se cuidan los detalles de cariño, aparece, como consecuencia lógica, el romance. Aparece con diversas manifestaciones, pero no necesariamente con el protagonismo que tenía al comienzo. En todo caso, no debe llegar a ser un condicionante para el amor. No es malo el romance, pero, como base del matrimonio es muy débil.

»Estoy tratando de acordarme de otra canción, que explica la diferencia entre el amar y el querer, y que viene a ser, en la práctica, lo que estoy diciendo.

Arturo hizo silencio por un momento, agachó la cabeza y cerró los ojos, en un esfuerzo por refrescar la memoria. Nosotros no interrumpimos su silencio: esperábamos expectantes. Había captado de tal manera nuestra atención, nos sentíamos tan retratados en lo que nos estaba explicando, que no queríamos interrumpirlo.

—¡Ya la tengo! —dijo, con satisfacción—. Si no recuerdo mal, la canción dice así:

Casi todos sabemos querer,
pero pocos sabemos amar.
Y es que amar y querer no es igual:
amar es sufrir, querer es gozar.

El que ama pretende servir,
el que ama su vida la da;
y el que quiere pretende vivir
y nunca sufrir y nunca sufrir.

El que ama no puede pensar,
todo lo da, todo lo da.
El que quiere pretende olvidar
y nunca llorar y nunca llorar.

El querer pronto puede acabar;
el amor no conoce final.
Casi todos sabemos querer,
pero pocos sabemos amar.

—Quizás tenga alguna otra estrofa —aclaró—, pero aquí está lo fundamental. “El amar y el querer”, se llama; la canta Rudy Márquez.

Le celebramos con un aplauso, porque no se limitó a recitar la letra de la canción, sino que la cantó, muy entonado, por cierto. Alguna vez sí la habíamos escuchado, pero no le habíamos puesto la atención que se merece. ¡Es tan rico su contenido!

—Cada uno de ustedes debe procurar pensar —continuó— que le repite al otro: “me casé contigo para amarte” o “te amaré siempre”. Esa idea mira al futuro y refleja una profunda capacidad y voluntad de compromiso. Es un ejercicio continuo de esperanza y es, al mismo tiempo, el secreto del matrimonio logrado, si se mantiene como un norte firme del compromiso matrimonial.

»Cuando se casaron, dijeron: “sí, quiero”; estaban diciendo: “sí, lucharé por acrecer cada día más el amor que ya te tengo, te elegiré cada día como término de mi amor, apartaré cuantos obstáculos desvíen mi atención, me dedicaré a ti el resto de mi vida”.

»Todo matrimonio tiene que estar fundamentado sobre unos objetivos claros y realistas, en el orden familiar, espiritual, profesional, social, económico, etc.: no se puede ir camino de ninguna parte...

»Recuerdo una anécdota de unos esposos en Estados Unidos, que habían salido de viaje. Él iba conduciendo a toda velocidad por esas grandes autopistas. Habían hecho ya trescientos kilómetros; no dejaba de mirar de reojo el velocímetro. La esposa consultó la guía de carreteras y, de repente, exclamó:

—¡Estamos perdidos!

—¿Y qué? —replicó el marido—. ¡Llevamos una media de velocidad estupenda!

Esa situación tan absurda nos hizo reír.

—Así sucede cuando se va aparentemente a buen ritmo, pero camino de ninguna parte —concluyó Arturo—. Es el que llevan algunos en su intento de llenar su día y su vida de la simple sensación de ir bien, pero sin un rumbo fijo. Por eso, es muy conveniente conocer las expectativas que tiene cada uno. Y que entre los objetivos planteados no vaya a faltar aquel que está por encima de todos los demás: amarse, *sin conectar el piloto automático*.

»Hay que cuidarse también de todo aquello que degrade el amor; es decir, de toda influencia externa, que pueda ir introduciendo, como por ósmosis, una idea errada de lo que es el amor. Me refiero a amistades, lecturas, programas de televisión, conversaciones, ambientes, costumbres...

Si vemos la importancia de hacer que crezca continuamente el amor, es igualmente importante evitar todo aquello que frene ese crecimiento.

No pude evitar, mientras hablaba Arturo, evocar a mis padres y caer en cuenta del papel que jugaban en su matrimonio los detalles, el cariño, la atención sincera por los temas del otro... Además, nunca les escuché —a ninguno de los dos— referirse al otro con términos despectivos: nunca un comentario negativo con el cual el otro quedara mal ante sus hijos.

Ese amor y esa delicadeza se manifestaban hasta en detalles muy pequeños. Al elegir un vestido o el calzado, por ejemplo, mamá escogía aquellos colores y estilos que le gustaban a papá. Si había que ir al cine, él buscaba los temas y los artistas preferidos por ella, aunque a él le trajeran sin cuidado.

Todo aquello que nos parecía tan normal, tan corriente, como si fuesen simplemente modos de ser, no era otra cosa que el condimento habitual para su amor. Seguramente por eso se les veía tan a gusto a los dos, y tan hogareños. Y, por eso, al escuchar a mi amigo, pensaba que mis padres venían a ser como la expresión gráfica de lo que él nos venía diciendo.

Todo lo contrario sucedía con los padres de Luisa. ¡Cuánta sequedad, cuanto hielo en esa relación! Cuando llegaba la hora de comer, se ponían a la mesa, pero, aunque compartían unos alimentos, no había comunicación; era simplemente engullir comida, cada uno la suya. Para el padre de Luisa, lo más sagrado era la televisión: todo lo demás pasaba a un segundo o tercer plano, incluida su esposa.

—La tercera regla o norma del decálogo —continuó Arturo, mirando el pergamino—: “Él (ella) no es el esposo (la esposa) que aspiras: es el punto de partida”.

»¡Es importantísimo tenerlo en cuenta!, porque, si no, vienen los desengaños. El matrimonio es un trabajo de todos los días, un trabajo artesanal, de orfebrería, porque el marido tiene la tarea de hacer más mujer a la mujer, y la mujer tiene la tarea de hacer más hombre al marido.

»En el noviazgo y en los primeros momentos del matrimonio, hay como una apoteosis de la apariencia: es más lo que se enseña que lo que realmente hay dentro de cada uno. Y enamorarse suele ser idealizar al otro: no lo veo como es, sino que le pongo más cosas de las que tiene. Se va produciendo, así, un encantamiento. Pero después, pueden aparecer expresiones como: “no es como yo me lo imaginaba”, “no me esperaba que fuera así”, “no le conocía ese defecto”, “tanto que yo esperaba de él, de ella”... Y aparece, entonces, la “mística ojalatera”.

—¿La mística qué? —pregunté extrañado.

—Mística ojalatera. Es una expresión usada por San Josemaría Escrivá, aplicándola con frecuencia al matrimonio y a la familia, temas sobre los que

predicó muchísimo. Solía decir que el amor entre un hombre y una mujer es una realidad maravillosa, que él bendecía con las dos manos. Alguna vez alguien le preguntó:

—Y ¿por qué con las dos manos?

—Porque no tengo más —contestó, con gracia.

»Mística ojalatera es la actitud de quien acude al “ojalá” en los momentos de dificultad: ojalá no me hubiera casado con esta persona; ojalá no tuviera esta preocupación; ojalá mis hijos fueran distintos; ojalá viviera en otro lugar... Una persona que piensa así, ahogada por las añoranzas, descuida lo habitual, lo presente, lo real: no ha caído en cuenta de que el secreto de la felicidad está en lo cotidiano, no en ensueños. Hay que caer en cuenta de que la felicidad de los esposos está en la alegría de la llegada al hogar; en el trato cariñoso con los hijos; en el buen humor ante las dificultades, que hay que afrontar con deportividad.

»Hay que saber descubrir a esa mujer o a ese hombre que está al lado, en vez de buscarse uno nuevo. Hay que ser conscientes de que somos diferentes, pero complementarios. Además, todos tenemos defectos. Entonces, ¿por qué nos vamos a sentir desengañados cuando los descubrimos en el otro? Es lo que dice el dicho popular: “Cuando apuntas con un dedo, ten en cuenta que otros tres te señalan a ti”.

»A veces somos más condescendientes con nuestros defectos que con los de los demás: con nosotros mismos somos de un corazón maternal y blando; contemplamos nuestros defectos como pequeñeces, porque tenemos dentro una abuelita permisiva. Para con los demás, en cambio, tendemos a volvernos jueces implacables, que condenan casi sin escuchar al otro.

»Puestos a recriminaciones, se podría repetir la situación de una pareja en la que él decía a su esposa:

—¡Tú no sabes hacer pasteles como mi madre!

Y ella le contestaba:

—¡Y tú no sabes hacer dinero como mi padre!

Anécdotas como esta, con las que Arturo iba salpicando sus explicaciones, ayudaban no solo a mantener un ambiente distendido y agradable, sino también a asimilar mejor el contenido de lo que iba diciendo, con la ayuda de esos ejemplos tan gráficos. Ni siquiera nos habíamos dado cuenta de que estaba cayendo un torrencial aguacero.

»Cada falla, cada vacío que descubramos —continuó— se ha de convertir en una meta de ayuda, de ejemplo; en un ejercicio de paciencia y de comprensión, precisamente porque hay amor. Hay que amar al cónyuge con sus defectos, y ayudarlo a luchar para superarlos. Así, aquel al que aspirabas se va forjando con tu ayuda: es una meta, no una condición; es un punto de llegada, no de partida.

»Un día, un muchacho que estaba sentado en una banca de un parque, observó que un capullo se empezaba a abrir: una mariposa se esforzaba por salir. Parecía que ella sola no lo lograría. Entonces, el muchacho decidió ayudarla y, como pudo, cortó el resto del capullo. La mariposa, entonces, salió fácilmente, pero su cuerpo estaba atrofiado: era pequeña y tenía las alas aplastadas. El muchacho esperaba que, en cualquier momento, las alas se abrieran, y volara la mariposa. Pero no ocurrió: solo pudo arrastrarse. Nunca fue capaz de volar.

»Es que el esfuerzo necesario para que la mariposa pase a través de esa pequeña abertura, es lo que llega a fortalecer las alas, de manera que, cuando consigue salir, es capaz de volar. Es la lucha para enfrentar las dificultades lo que nos hace capaces de volar alto.

»En el matrimonio, las diferencias entre un hombre y una mujer llegan a parecer, a veces, insuperables, a no ser que haya un ambiente de ternura y de interés mutuo. El proceso de mejora supone, en unas ocasiones, pasar por encima de cosas que son poco importantes y fijarse más en las cualidades del otro que en sus defectos; otras veces, requerirá estar en los detalles para saber reconocer los esfuerzos del otro, evitando acostumbrarse a las cosas, como si fuera lo habitual, sin más.

»Dos anécdotas sirven, quizás, para ilustrar lo que trato de decir. La primera es para ti, Luisa, y la segunda, para César.

»Un hombre trabajaba en un puerto, cargando sacos de cemento. Un día, al final del duro día de trabajo, un compañero lo invitó a tomar una copa de vino —no fue más que eso: una copa—. Al llegar a casa, casi sin mediar saludo, su mujer le reclamó de mala manera:

—¡Hueles a vino!

—¿Y a cemento no huelo? —repuso él.

Hizo una pausa, mirando a mi esposa. Ella sonrió un poco e inclinó ligeramente la cabeza. Claramente se sintió aludida. Yo, sin decir nada, simplemente hice un gesto afirmativo con la cabeza, al tiempo que miraba de reojo a Luisa.

»La segunda anécdota —para ti, César— es de una mujer que un día esperó a su esposo con la mesa bien puesta —como de costumbre—, pero en los platos solo había servido una buena porción de heno.

—¿Pero, qué es esto?: ¿el almuerzo es heno?! —protestó sorprendido el esposo.

—No. No es heno —respondió ella—. En seguida te traigo la comida, pero déjame que te diga que, aunque trato de preparar siempre comidas exquisitas y voy variando de día en día para darte gusto, nunca se te ha ocurrido decir: “Gracias, está delicioso”, o algo por el estilo. Haz el favor de decirme algo, de vez en cuando. No soy de piedra.

Hizo otra pausa, mirándome a mí, y levantando las manos y entornándolas hacia atrás, como quien dice: “no quiero señalar culpables”. Y consiguió lo que pretendía, porque, entonces, fui yo quien me sentí aludido.

—Pienso que, en la vida de pareja —siguió explicando Arturo—, son muy convenientes tres enfermedades: miopía, sordera y amnesia: un poco de cada una.

—¿A qué te refieres? —pregunté con extrañeza.

—Un poco de miopía —comenzó a explicar—, para no hilar tan fino en todo lo que vemos, para no fijarnos hasta en la más pequeña mota de polvo y armar con ella una tormenta. De modo similar, un poco de sordera para pasar por alto algunas cosas que escuchamos y que podrían ser molestas o hirientes, pero que, sin embargo, vistas con objetividad, no tienen tanta envergadura. Y un poco de amnesia, para olvidar rápido las ofensas: para no estar llevando cuenta de todo, para no estar trayendo a colación, a la menor oportunidad, las cosas del pasado.

Después de una breve pausa, continuó:

—Ahora bien, no está de más preguntarse: ¿por qué hay que mantener el empeño, la lucha por el matrimonio, por el amor entre los esposos? Una pregunta similar le hizo, alguna vez, un periodista a George Mallory, el alpinista inglés que estaba empeñado en conquistar el Everest:

—¿Por qué le importa tanto subir ese monte?

—Porque está ahí —contestó.

»Y, de hecho, dio su vida por lograrlo. Pues bien, a mí me parece que tendríamos que dar una respuesta similar a nuestra pregunta; es decir, que tenemos también motivos poderosos para hacer de nuestra vida conyugal una continua lucha: el ser amado está ahí; mi *media naranja* está ahí, y a ella me debo, hasta llegar a la cima, hasta llegar al máximo de amor que yo esté en capacidad de dar.

»Al matrimonio se puede ir de dos modos: esperándolo todo o dándolo todo. En el primer modo, nos llenamos de expectativas y sueños fantásticos y, cuando palpamos la realidad, siempre la encontramos corta, escasa. En el segundo modo, cada pequeña alegría, cada detalle insignificante nos sorprenderá y nos proporcionará un poco más de felicidad.

»Ya sé que pueden estar pensando que, a veces, uno se siente al límite, que no puede más. Igual les pasa a los alpinistas; pero toman un respiro, recuperan fuerzas y continúan, porque dicen ellos: “mi puesto está en la cima”. Si no, uno se envejece antes de tiempo, porque la medida de juventud que uno tiene se manifiesta en su medida de lucha y esfuerzo. ¿No les parece?

La pregunta nos tomó por sorpresa, pues hasta entonces, lo escuchábamos casi sin parpadear, como quien siente que no debe intervenir para evitar perderse de algo, o hacer perder el hilo de la argumentación.

—Sí,... sí. ¡Por supuesto! —contesté yo, abruptamente, como quien sale de un letargo.

—Pero... bueno: ya está bien. Yo no vine a darles una clase. ¡Ni siquiera los he dejado hablar! —dijo Arturo, un poco avergonzado.

—Tú no viniste a eso, pero nosotros sí lo necesitábamos —intervino Luisa—. Y nos vendrá muy bien. Así que continúa. Te traeré otro café.

Pero mientras se disponía a hacerlo, él miró el reloj y se sorprendió de la hora. En verdad, se nos había pasado el tiempo volando, aunque a nosotros nos había parecido poco.

—¡Pero cómo no me fijé antes! —dijo nuestro invitado, poniéndose de pie, con cierto apuro—. Tengo una cita infaltable: los sábados, a estas horas, tenemos un plan familiar, que es casi sagrado.

—Y... ¿se puede saber cuál es ese plan tan sagrado? —pregunté yo, quizás con un poco de atrevimiento.

—Juegos de mesa —contestó.

—¡¿Juegos de mesa?! —pregunté, con una sonrisa y con cara de extrañeza.

—Sí, como lo oyes: juegos de mesa —respondió muy convencido—. O manualidades. Vamos variando de semana en semana: palitos chinos, trivial, *pictionary*, parchís, canicas, sopas de letras, armar rompecabezas, hacer cometas, construir castillos con palillos y cartas, hacer figuras con plastilina, un *collage* con recortes de revistas, meternos en la cocina a preparar postres o galletas,... ¡Las posibilidades son infinitas!

»Y siempre hay algún aliciente del que hacemos partícipes a los niños: un helado, un paseo, ir al cine. Esas son nuestras apuestas; pero, a decir verdad, apañamos las cosas para que los niños salgan siempre ganando. Por eso, se han ido vinculando al juego, aunque solo sea lanzando unos dados. ¡Si vieran los ratos tan agradables que pasamos en familia con esos juegos! Y ese tiempo dedicado a los niños, a pesar de tratarse de diversiones tan sencillas, son importantísimos para hacerse querer de ellos. Es que no basta con quererlos...: hay que hacerse querer.

Mi esposa y yo íbamos de sorpresa en sorpresa, de descubrimiento en descubrimiento. Y él explicó su plan con tal convicción y entusiasmo, que no nos atrevimos a detenerlo más. Eso sí, procuramos dejarle claro que aquella tarde había sido tan solo el comienzo: nos quedaban todavía siete de las reglas del *decálogo* por explicar. Él manifestó su disposición a volver en cuanto se lo dijésemos.

En cuanto salió, Luisa y yo nos miramos medio sorprendidos y ella intervino:

—¡Quién iba a pensar que un café diera para tanto!

Pero no hablamos más del asunto. Creo que, en parte, porque nos quedamos sin palabras y, en parte, porque más que hablar —¡Qué podíamos agregar nosotros a todo lo que escuchamos! —, debíamos asimilarlo y aplicarlo.

UNA PESADILLA Y UNA PELÍCULA

Aquella tarde con Arturo me hizo pensar que no hay que esperar el paso de los años para detenerse a reflexionar sobre una realidad tan rica como es el matrimonio. La raíz de muchos descalabros en las familias y entre los esposos, seguramente está en que se han puesto —nos hemos puesto— a recorrer un camino, sin saber hacia donde les llevaba. Si no, ¿cómo se entiende que personas que logran altos niveles de madurez en muchos aspectos de su vida, vean venir el derrumbe de su matrimonio y no sepan qué hacer?

Esa noche, viví una experiencia poco habitual en mí: tuve una pesadilla. Nunca he creído en la interpretación de los sueños, ni los he visto como revelaciones de cosas que están por suceder. Más bien, estoy convencido de que algunos de ellos revelan las preocupaciones que uno tiene, o los hechos que nos han impactado.

Soñé en un lugar sórdido, indeterminado, pero, en todo caso, desagradable; se libraba una especie de batalla campal, en la que parecía que, como se suele decir, *no iba a quedar títere con cabeza*. Yo corría con Luisa, buscando refugio; la sujetaba fuertemente, como temiendo que le pasara algo o que la pudiera perder de vista. De pronto, sentí que la arrebataron con violencia de mi lado; la busqué con afán, corría como loco, gritaba... No podía creer lo que estaba pasando. En medio de esa angustia, desperté gritando y con el corazón a mil. Quedé sentado en la cama, con una mirada de terror. Luisa despertó asustada.

—¿Qué pasa?! —gritó.

Yo respiraba muy agitado y sudaba como nunca. Después de un momento, recuperé la lucidez:

—Que tuve una pesadilla —le dije.

Ella encendió la luz, se dio cuenta de mi agitación y se sorprendió —ya he dicho que no era frecuente que me pasara algo así.

—Estás muy agitado —dijo—. Tranquilízate. Voy a traerte un vaso con agua.

No rehusé su ofrecimiento, por lo atontado que estaba y porque quizás sentí que, en efecto, lo necesitaba.

Mientras recuperaba la calma, tuve tiempo de dar muchas gracias a Dios de que solo fuera un sueño, y de reflexionar sobre qué sería de mí si una situación como esa fuese real. Pensé, y me quedó muy claro, que algo así nunca debería pasar, porque yo sin Luisa... ¡no podría vivir! Me quedó también muy claro que ya no me importaban los defectos de mi esposa, nuestros desacuerdos, ni nada, con tal de tenerla conmigo.

Después de la pausa y de dar buena cuenta del agua, conseguí serenarme. Cuando nos disponíamos de nuevo a dormir, le di un beso a mi esposa y le dije:

—Te quiero.

Ella me miró un poco sorprendida. No era de extrañar: ¡cuánto tiempo hacía que no se lo decía! También de ello caí en cuenta en ese momento. Si bien es cierto que no es lo mismo querer que amar, a veces basta un “te quiero” para endulzar la relación. ¡Y yo lo estaba olvidando!

¡Cómo me sirvió esa pesadilla! Cada vez que la recordaba me animaba a luchar por el amor de mi esposa y la estabilidad de nuestro matrimonio, de nuestra familia. Si tantos lo han logrado, yo ¿por qué no podría hacerlo? —pensaba, ilusionado—. Estaba convencido de que algo así no era una utopía ni una quimera. Me jugaba mucho en ello, convencido de que si mi amor estaba en orden, toda mi existencia lo estaría.

Justo por esos días, como si viniera a complementar la experiencia de la pesadilla, vi la película *Fireproof* (Prueba de fuego), cuyo argumento es, precisamente, un matrimonio con problemas, y que está al borde del divorcio. Los protagonistas son Caleb (Kirk Cameron) y Catherine (Erik Bethea). Él es un hombre joven, trabaja en una estación de bomberos; y ella, joven también, y guapa, es una ejecutiva de un hospital. Han llegado a una situación casi dramática, que va de la indiferencia a las ofensas y a los malos tratos. Cada uno de ellos está igualmente convencido de que es irrespetado por su cónyuge; de que el otro es la causa de los problemas: que es un desconsiderado, que solo piensa en sus cosas, que no se da cuenta de las necesidades del otro... De hecho, un poco de cada cosa hay en cada uno, pero ninguno quiere reconocerlo.

Les pasa lo que a muchos: encuentran fácil señalar culpables, pero no están dispuestos a mirarse a sí mismos para identificar sus fallos. La humildad, de hecho, es una de las virtudes más difícil de alcanzar. ¡Cómo nos cuesta agachar la cabeza! Con razón se ha dicho que humildad es andar en verdad. Y una de nuestras verdades es que somos falibles, que nos equivocamos y, al mismo tiempo, que nos cuesta reconocerlo.

Las tensiones entre los esposos de la película están al orden del día. Por un lado, ella se encuentra muy preocupada por el estado de salud de su madre, impedida, reducida a una silla de ruedas, a consecuencia de un derrame cerebral. Él, por su trabajo como bombero, está continuamente arriesgando su vida por salvar a otros. Lo hace con mucho gusto y con gran sentido de responsabilidad.

Cuando Caleb y Catherine llegan, aparentemente, al punto de no retorno, ella se desahoga con sus amigas y obtiene, como resultado, consejos que la animan al divorcio: justo lo que ella quería escuchar.

¡Cuánto puede llegar a influir en nuestra vida un mal consejo! ¡Qué importante, en situaciones así, el discernimiento y la asesoría adecuada! Obrar a la ligera, en asunto de tanta envergadura, puede llevarnos a la ruina. ¿Qué hemos de buscar cuando pedimos consejo?: ¿complicidad o ayuda real?

Por si fuera poco el consejo de sus amigas, un médico del hospital le está ganando el corazón a Catherine con toda clase de detalles, que la hacen sentirse realmente querida.

Caleb, por su parte, se desahoga con su padre y con su amigo Michael, bombero también. A diferencia de su esposa, él comienza a recibir, tanto de su padre como de su amigo, consejos para salvar su matrimonio. Muy valiosos resultan los de su amigo; él también había pasado por una situación de crisis en su matrimonio. Sin embargo, un papel destacadísimo ocupa la asesoría que le brinda su padre a Caleb. Aparte de escucharlo y darle algunos consejos, también fruto de su experiencia personal, le propone:

—Quiero que me hagas un favor: que detengas el proceso de divorcio durante cuarenta días. Voy a mandarte algo por correo: algo que tardarás cuarenta días en cumplir. Hazlo por mí. Te lo pido como padre.

Él acepta a regañadientes.

En un par de días, le hace llegar un cuaderno, escrito de su puño y letra, con el título “Reto de amor”. Se trata de unas instrucciones —una por día— de lo que debe hacer durante los cuarenta días, para reconquistar el amor de su mujer. *Para la muestra un botón*, he aquí algunas de ellas:

Día 1: “A pesar de que el amor es comunicación en sus numerosas formas, nuestras palabras, a menudo, reflejan lo que hay en nuestro corazón. Durante el resto del día no le digas nada negativo a tu mujer. Si surgiera la tentación, opta por no decir nada. Mejor no decir algo de lo que luego te arrepientas. Sé rápido en escuchar, lento en hablar y más lento en enfadarte”.

Día 2: “Es difícil demostrar amor cuando no te sientes con ánimos, pero el amor, en su verdadero significado, no se basa en los sentimientos, sino en la determinación de tener gestos considerados, incluso cuando no vayas a

recibir nada a cambio. Además de no decir nada negativo a tu mujer, hoy debes tener al menos un gesto cariñoso con ella”.

Día 3: “Cuando inviertes tiempo, dinero y energía en algo, se convierte en algo importante. Es difícil que te importe algo en lo que no estás invirtiendo nada. Además de ahorrarte los comentarios negativos, cómprale algo a tu mujer, que demuestre que hoy has pensado en ella”.

Y la lista de instrucciones sigue: llamarla por teléfono para saber cómo está, rezar por ella, escucharla, estudiarla...

A propósito de estudiarla, dice: “Cuando un hombre intenta ganarse el corazón de una mujer, la estudia, se aprende sus gustos, qué le disgusta, sus costumbres... Pero cuando la consigue y se casan, a menudo deja de aprender sobre ella. Si el aprendizaje, antes de casarse, se compara con el título de educación secundaria, debería seguir aprendiendo, hasta que se saque la licenciatura, luego el postgrado y, finalmente, el doctorado. Es un viaje que dura toda la vida, y que lo une cada vez más a ella”.

Caleb se va esforzando, aunque de muy mala gana, por vivir al pie de la letra todas las instrucciones —no contestar con brusquedad, lavar los platos, llevarle flores...—. Sin embargo, Catherine no cede en su actitud fría y desconfiada, azuzada por sus amigas, que le llevan a interpretar torcidamente todos esos detalles de su esposo.

Él ha estado a punto de darse por vencido:

—¡Ella es tozuda, me lo pone todo demasiado difícil...! ¡No pienso seguir esforzándome! —dice desesperado a Michael, su amigo.

Él lo sigue animando, al tiempo que le va recordando ideas claras sobre el matrimonio.

—¿Sabes qué significa ese anillo? —le pregunta, señalando la argolla de matrimonio.

—Que estoy casado —contesta Caleb, con actitud hosca.

—Sí. Y que has hecho un juramento de por vida. Lo triste es que, cuando la mayoría de la gente dice, en la ceremonia de matrimonio, “en lo bueno y en lo malo”, en realidad solo están pensando en “lo bueno”.

El padre de Caleb también va ayudando a que él no se desanime y a que avance hasta completar los cuarenta días del “reto de amor”. Al mismo tiempo, va consiguiendo que se acerque a Dios, pida perdón y descubra, así, el verdadero amor, que remplace el “amor egoísta” que hasta ahora ha tenido.

—Caleb, no puedes querer a tu esposa, porque no puedes darle lo que no tienes —le dice su padre—. Yo no pude amar sinceramente a tu madre hasta que entendí lo que era el amor en realidad. No se trata de recibir una recompensa a cambio. Yo tomé la decisión de amar a tu madre, se lo

merezca o no. Hijo, Dios te quiere aunque no te lo merezcas, aunque le hayas rechazado o le hayas escupido.

Especialmente eficaz resultó para Caleb la instrucción del día 23: “Cuidado con *los parásitos*. Un *parásito* es cualquier cosa que se adhiere a ti o a tu pareja, y le chupa la sangre a tu matrimonio. Normalmente son adicciones como el juego, las drogas o la pornografía. Prometen placer, pero se convierten en una enfermedad. Consumen tus pensamientos, tiempo y dinero; te roban la lealtad y el corazón de aquellos a los que amas. Los matrimonios raramente sobreviven si existen *parásitos*. Si amas a tu mujer, debes destruir cualquier adicción que haya en tu corazón. Si no, te destruirá él a ti”.

La película, como era de esperar, terminó bien.

* * *

Se dice que una de las razones por las cuales los griegos, en el mundo antiguo, amaban la tragedia, era porque les permitía contemplar otras vidas, el precio de las acciones morales y, al mismo tiempo, otras muertes. Por razones similares y teniendo en cuenta que todos, no solo los griegos, tenemos una sola vida, tenemos que reconocer que el arte, la tragedia, la literatura y el cine nos amplían la visión del mundo.

Andrei Tarkovsky es reconocido como uno de los más grandes directores de cine ruso. Él sostiene que una persona va al cine buscando, consciente o inconscientemente, experiencia de vida; el cine amplía, enriquece y profundiza las experiencias reales del hombre, mucho más que cualquier otro arte. Por tanto, que el cine no solo enriquece la vida, sino que *la extiende* considerablemente, por decirlo de algún modo.

Pienso que eso fue, precisamente, lo que me sucedió a mí, al ver la película *Fireproof*: me dejó una huella imborrable. Si bien es cierto que nuestro caso —el de mi matrimonio con Luisa— no era tan grave como el de Caleb y Catherine, me hizo caer en cuenta de que, de continuar como íbamos —o al menos como yo iba—, aquel podría llegar a ser nuestro caso.

El acostumbamiento, la inconstancia, la tibieza habían ido tomando posesión de nuestras vidas, y no nos habíamos dado cuenta. Y es que esos vicios son solapados. La dejadez, la negligencia, la languidez voluntaria, la pasividad, el conformismo, la falta de compromiso, van haciendo su aparición paulatinamente y, cuando no se reacciona a tiempo, pueden llegar a destruir las vidas.

Según dicen, esa fue la situación que se dio en torno al cuadro “La Última Cena”, de Leonardo Da Vinci. Cuenta la historia, o la leyenda —no lo sé—, que a este gran artista le llevo siete años completar su famosa obra.

Las imágenes que representan a los doce apóstoles y a Jesús fueron tomadas de rostros de personas reales. El modelo seleccionado para representar a Cristo iba a ser el primero: así lo había decidido el pintor. Da Vinci buscó, entre muchos jóvenes candidatos que se presentaron, un rostro que mostrara una personalidad inocente, pacífica y a la vez bella; un rostro libre de las cicatrices que deja el pecado. Seleccionó a un joven de unos veinte años de edad. Trabajó con mucho cuidado y sin prisas, para lograr pintar el personaje principal de esa obra.

Durante los seis siguientes años, Da Vinci continuó su obra, buscando las personas que representarían a los apóstoles. Dejó para el final a aquel que haría de Judas. Estuvo buscando, durante semanas, un hombre que reflejara en su rostro lo que, según el pintor, caracterizaría a Judas: una expresión dura y fría; un rostro marcado por la avaricia, la decepción, la traición, la hipocresía y el crimen; un rostro que identificaría a una persona que, sin duda, traicionaría a su mejor amigo. Después de muchos intentos fallidos, llegó a los oídos del artista que había un hombre con estas características, en un calabozo de Roma. Estaba sentenciado a muerte por múltiples robos y asesinatos.

El cabello, desordenado y sucio, caía sobre el rostro de ese hombre, escondiendo unos ojos llenos de rencor y maldad. El pintor estaba feliz: ¡por fin había encontrado el modelo ideal para representar a Judas en su obra! Las autoridades, condescendientes con el conocido artista, condujeron al prisionero a Milán, al estudio de Leonardo. Durante un buen tiempo, este hombre permaneció sentado, silenciosamente, mientras Da Vinci continuaba con la tarea de plasmar en su obra al apóstol traidor.

Cuando dio la última pincelada, se volvió a los guardias y les dijo:
—Pueden llevarse al prisionero.

A punto de salir, aquel hombre se volvió hacia Leonardo Da Vinci y le gritó:

—¡Da Vinci, ¿no me reconoces?!

El artista lo observó cuidadosamente y respondió:

—Nunca te había visto hasta aquella tarde en el calabozo de Roma.

El prisionero levantó la mirada y dijo, ahora con voz más queda, y con lágrimas en los ojos:

—Mírame bien: soy aquel joven cuyo rostro escogiste para representar a Cristo hace casi siete años.

* * *

Muchas cosas comenzaron a cambiar entre Luisa y yo. No hizo falta ponernos de acuerdo, ni exigir, ni reclamar: simplemente, fuimos

recuperando lo que teníamos bastante olvidado —“las gotas de agua para el bonsái”—: los detalles. Al regresar a casa, comencé a notar a mi esposa mejor arreglada, más sonriente, más elocuente; volvieron a hacer su aparición las flores frescas en varios sitios de la casa; la comida —la que fuera— resultaba ya no solo deliciosa —que siempre lo había sido—, sino también agradable a la vista; volví a escuchar con frecuencia la música que me gustaba; cuando me sentaba ante el televisor para ver un partido de fútbol, a veces Luisa se sentaba a mi lado y hasta se fue interesando por el juego...

Yo volví a sorprender a Luisa con pequeños regalos, sin motivo aparente; comenzaron a ser más frecuentes mis llamadas a casa, con o sin motivo, y me daba gusto escuchar su voz, aunque no habláramos largo ni de cosas trascendentales; ya no me limitaba a disfrutar la comida preparada por mi esposa, sino que también la elogiaba y agradecía; volvimos con frecuencia al cine, y yo procuraba, sin que se notara mucho, que las películas fueran del gusto de ella...

No era tan difícil salir de nuestro acostumbramiento, de esa especie de rutina en la que estábamos cayendo y que habría podido poner en peligro nuestro matrimonio. Estábamos necesitando ese sacudón que nos dio Arturo.

De todos modos, todavía no estaba todo hecho: quedaban aún muchas asperezas que limar, muchos defectos que superar, mucho que aprender. Yo siempre he sido de pocas palabras —sin duda, una herencia de mi padre—, y ello se iba convirtiendo en un defecto en nuestra relación. Hubo, por ejemplo, una ocasión en que, al llegar a casa, me encontré con que mi esposa quería hablar y, entonces, quiso *tirarme de la lengua*:

—¿Qué hiciste hoy?

—Trabajar —fue mi única respuesta, como quien no tiene nada interesante para contar, o no quiere ser importunado.

—Ah, muy bien —dijo, frunciendo el ceño.

Se enfadó y ya no me habló más el resto de la tarde.

No fue la única vez que sucedió esto. ¡Cuánto esfuerzo me costó salir de ese estilo de respuestas monosilábicas! Afabilidad: eso era lo que me faltaba. Me había ido acostumbrando a la falta de esa actitud, tan necesaria en toda convivencia, a no esforzarme por hacer la vida más grata y amable a mi esposa.

Me estaba convirtiendo en un egoísta, me estaba acostumbrando al gesto destemplado, al malhumor, a las faltas de educación en el trato, al desorden, a los gritos, a vivir sin tener en cuenta las circunstancias de quien estaba continuamente a mi lado.

Una palabra amable se dice pronto; sin embargo, a veces se nos hace difícil pronunciarla. Nos detiene el cansancio, nos distraen las preocupaciones, nos frena un sentimiento de frialdad o de indiferencia egoísta.

Me di cuenta de que iba siendo la norma de mi conducta pasar al lado de mi esposa, sin apenas mirarle y, sin querer, la estaba haciendo sufrir al sentirse ignorada. En muchas ocasiones, hubiera bastado una palabra cordial, un gesto afectuoso y algo se habría despertado inmediatamente en ella. Una señal de atención y de cortesía puede llegar a ser, en un momento difícil, en una situación tensa, una ráfaga de aire fresco.

Me costó aprender a ser afable, pero lo fui logrando: fui aprendiendo que no se trataba de acudir a temas profundos o trascendentales; que aunque contara lo de siempre, le daba gusto a mi esposa. Ella solo quería hablar, ser tenida en cuenta y tener, al mismo tiempo, oportunidad de contar sus cosas, de ser escuchada.

Otro día, iba yo de salida para el trabajo y, al despedirme, me dijo ella:

—No te olvides que el próximo lunes es mi cumpleaños

—¡Por supuesto! ¡Cómo se me iba a olvidar! —contesté.

Mentí, porque, como me ocurrió en otros aniversarios, no me acordaba. En las ocasiones pasadas, aquello fue motivo de disgustos. Esta vez, no sé por qué, Luisa se adelantó. Pudo ser por la ilusión que siempre ponía en las celebraciones, o pudo ser por facilitarme las cosas y evitar, de nuevo, un disgusto. Quiero pensar que fue por la segunda razón: que quiso ahorrarse los reproches y renunció a hacerse la víctima, y me quiso dar la oportunidad de lucirme con ella. De hecho, me lucí. Fue para mí la ocasión de reparar por mis despistes anteriores y, sobre todo, de demostrarle del mejor modo posible cuánto la quería.

Fue una de esas ocasiones en que pudimos comprobar que no era tan difícil hacer un plan los dos solos —sin el niño—. ¡Con qué gusto recibió mi hermana la propuesta de que se hiciera cargo de Sebastián por una noche! Y teníamos la seguridad de que quedaba en buenas manos.

Fuimos a comer a un restaurante muy agradable. Luisa utilizó, para la velada, uno de sus vestidos más elegantes; estaba muy bien maquillada... ¡estaba bellísima! Al salir de casa, tuve con ella un detalle que ya había olvidado casi por completo —me da vergüenza reconocerlo—: le abrí la puerta del auto, ayudándola a subir, “al mejor estilo cinematográfico”. Ella me respondió con una sonrisa cómplice y entornando los ojos, aunque sin decir nada.

La cena fue muy agradable. Yo me sentí, de nuevo, novio que corteja a su enamorada. Amenizaba un trío: un cantante, piano y saxofón. La música parecida escogida a nuestro gusto. En cierto momento, me animé a solicitar

a los músicos una canción: aquella que había marcado nuestro noviazgo. Fue, quizás, el momento más romántico de nuestra velada. Luisa me miró, en silencio y con los ojos aguados. Ninguno habló: no hacía falta. La tomé de la mano hasta que terminaron de cantar; luego, brindamos, entrelazando nuestros brazos... Ella no pudo contener una risa, y me contagié.

* * *

Eran evidentes las innumerables situaciones en las que mi esposa podría haber hecho tragedia, y ya no la hacía —a veces en temas que yo consideraba insignificantes—, por ejemplo, cuando, por mis afanes matutinos, yo dejaba el baño encharcado. Antes, aquel descuido mío era, inmediatamente, un motivo de discusión. Después, quizás Luisa pensaba: “no vale la pena discutir por esto”. Y, sin decir nada, limpiaba. Pero lo hacía de tal manera, que yo me diera cuenta. Así que me veía obligado a pedirle perdón y a pagarle con un beso. Y para que no se repitiera la situación, cada vez me esforzaba más por agilizar las cosas y dejar todo limpio. Entonces, era ella quien me pagaba con un beso.

Leí por aquellos días que el papa Francisco, desde mucho antes de ser el Romano Pontífice, solía preguntar a los padres de familia jóvenes si jugaban con sus hijos. Algunos de ellos se sorprendían ante una pregunta tan poco acostumbrada. Muchos reconocían que se iban a trabajar cuando sus hijos aún no se habían despertado, y volvían cuando ya estaban durmiendo; y, los fines de semana, vencidos por el cansancio, no los atendían como debían.

En cierto modo, esa iba siendo mi situación, a pesar del amor tan grande que le tenía a mi hijo. También en esto tuve que ir corrigiendo hábitos. Fui aprendiendo a sacarle gusto a jugar con él, a descansar jugando. ¡No tenía por qué ser para mí una carga!

ALGO MÁS QUE INEXPERIENCIA

Algo más estaba por suceder, y ¡no tenía por qué haber sucedido! Algo más, como consecuencia de mi inexperiencia o, quizás, de demasiada confianza en mí mismo. Parecía que todo iba sobre ruedas y, en una situación así, al parecer uno tiende a bajar la guardia, a confiarse y, por tanto, a no ver venir el peligro. Dormirse, instalarse, no estar vigilante resulta un gran peligro: es dar oportunidad al enemigo para que haga de las suyas.

Algún día tuve que cambiar de secretaria. Con la que tenía, hasta entonces, nunca hubo problemas de ningún tipo, pero, desafortunadamente, con el paso del tiempo se fue anquilosando, y el cumplimiento de sus funciones ya no era tan eficaz como antes, a pesar de las frecuentes advertencias por mi parte.

La nueva secretaria resultó ser una mujer muy profesional, con amplia experiencia. Su trabajo me resultó de gran ayuda. Sin embargo, al poco tiempo de su llegada, Luisa la conoció y no hizo muy buena cara.

—Simpática tu secretaria, ¿no? —me dijo, acompañándose de un gesto que denotaba, claramente, su desaprobación.

—Oye, ¿qué te pasa? ¿Me vas a celar con mi secretaria? —le respondí, un poco desconcertado.

—No, no. Solo que... Dejémoslo. Pero, a ver si tienes cuidado. No te olvides de que “el hombre es fuego y la mujer estopa: viene el diablo y sopla” —sentenció.

—Déjate de cosas. Contigo me basta y me sobra —le dije, sonriendo.

La preocupación de Luisa estaba fundamentada en el hecho de que mi nueva secretaria era una mujer joven y atractiva. Aunque al seleccionarla para ese trabajo yo únicamente tuve en cuenta su capacitación y experiencia, no se me ocultaban sus otras *dotes*.

Habida cuenta del tiempo que debíamos trabajar juntos, fui haciéndome cargo, cada vez más, no solo de su competencia profesional, sino también

de su simpatía y de su conversación agradable. Me fui tomando una cierta confianza con ella, que sobrepasaba el ámbito de lo laboral. Llegó la fecha de su cumpleaños, por lo que me sentí en la obligación de ofrecerle algún detalle para celebrar. Así, pues, la invité a almorzar a un buen restaurante. Ella aceptó muy complacida.

En un determinado momento, mientras disfrutábamos de una deliciosa y animada comida, se acercó el mesero para entregarme un papel doblado.

—Señor, una persona le envió este papel —me dijo.

Lo recibí con un poco de extrañeza y leí: “Espero que lo estén pasando bien”. Aunque estaba sin firma, no tuve que adivinar: ¡la letra era de mi esposa!

Un frío recorrió todo mi cuerpo y... volví bruscamente la cabeza hacia la puerta de entrada del restaurante, esperando encontrar a Luisa, pero no estaba.

—¿¿Dónde está esa persona?! ¿¿Qué dijo?! —le dije al mesero, con tono de reclamo.

—No lo sé, señor —me contestó, un poco asustado por mi reacción—. Solo me pidió que se lo entregara y se fue.

Quise correr a buscar a mi esposa para explicarle la situación, pero me contuve, no sé si por evitar un show o por disimular con mi secretaria. Ella notó mi inquietud, y preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Quién era?

—No... no pasa nada, pero..., debo hacer una llamada —le contesté, sin poder ocultar del todo mi nerviosismo.

Me alejé un poco, hacia el *lobby* del restaurante y marqué al teléfono celular de mi esposa. No contestó. Repetí la llamada varias veces, pero sin resultado. Pensé por un momento en irme a casa inmediatamente, para aclarar el asunto, pero me contuve, pensando en una reunión que tenía en la empresa, a primera hora de la tarde.

Volví a la mesa y, a duras penas, terminé de comer, con la doble preocupación de cómo solucionar la situación con mi esposa y cómo disimular con mi secretaria mi inquietud. Esa tarde, lo pasé muy mal. Terminada la reunión de trabajo que tenía, insistí en llamar a Luisa, pero todos mis intentos fueron fallidos. En cuanto pude, me fui a casa. Mi esposa no estaba. Encontré solo a Andy, la empleada del servicio. Le pregunté:

—¿Y Luisa?

—La señora salió de viaje —contestó—. Estaba con mucha prisa. Me dijo que usted sabía. Me recomendó la casa, y dijo que se estaría comunicando.

¡Yo no podía creer lo que estaba sucediendo! Quise reaccionar, pidiéndole explicaciones a Andy, pero me quedé de una pieza. Dejé mi

portafolio sobre la mesa y me dirigí, con prisa, a la habitación. Encontré mucho desorden, armario y cajones abiertos: la mayoría de las cosas de Luisa ya no estaban... ¡Se había ido! Fue tal mi desconcierto y mi preocupación, que me senté en la cama y me eché a llorar. Sentí que el mundo se me venía encima. Me reproché... ¡me insulté!

Entonces sí tuve tiempo para reflexionar, forzado por las circunstancias. Me reocriminé el no haber mantenido el empeño, la lucha por el amor de Luisa; el haber bajado la guardia. No sé por qué, pero recordé lo que mi padre decía, refiriéndose a las labores del campo: no basta con sembrar la semilla; se requieren esfuerzo, tenacidad, paciencia... Hay que abonar y regar; hay que proteger las plantas de la helada o del excesivo sol, y luchar contra las plagas. Una vida de trabajo duro, de brega silenciosa, con frío y con calor, con lluvia o con sequía, hasta recolectar los frutos. No basta con estar y dejar que pasen los años.

Tuve que hacer un esfuerzo muy grande para calmarme y evitar que Andy me viera así. Me eché agua en la cara y comencé a intentar organizar mis ideas: ¿dónde puede estar?, ¿cómo encontrarla, si no contesta mis llamadas?, ¿qué le digo?, aunque no creo haber hecho algo tan grave, ¿cómo rectificar mi error?, ¿cuánto durará todo esto?, ¿y el niño?...

Lo primero que hice fue llamar a Arturo. Con nadie tenía tanta confianza como con él; a nadie podía confiarle lo que estaba pasando sino a él. Cuando por fin logré localizarlo, le dije, sin poder disimular mi angustia:

—Necesito hablar contigo hoy mismo.

—Muy bien. Ven a buscarme a la oficina a eso de las cinco de la tarde — accedió, sin hacer preguntas.

El trayecto hasta allá era largo, pero decidí ir caminando: necesitaba pensar. ¡Pensar, pensar, reflexionar! ¡Por qué me costaba tanto hacerlo!

Entonces sí caí en cuenta de que quien no encuentra tiempo para reflexionar, para estar a solas consigo mismo y ponderar lo que le sucede, jamás dominará las circunstancias ni sacará provecho de ellas. Será arrastrado por el torbellino de la vida; siempre a remolque de impulsos y pasiones, de acciones y reacciones: como una hoja seca a merced de los caprichos del viento o como una rama zarandeada por los rápidos de un río.

Sin embargo, no lograba hilar las ideas; se me amontonaban los argumentos para explicar la situación, para justificarme, para buscar soluciones, para entender a mi esposa...

En cuanto me encontré con Arturo, casi sin mediar saludo, comencé a explicarle todo, con lujo de detalles y con sinceridad, y le manifesté lo que pensaba:

—¡Cómo es posible que hayamos llegado hasta este punto! Luisa está sacando las cosas de quicio. No es para tanto.

—Una cosa es lo que tú ves y otra lo que ella sospecha y siente —aclaró.

—Pero, ¡si ha sido solo un almuerzo! ¡Yo no tengo nada con mi secretaria! ¡No he sido infiel! ¡No tengo otra mujer! —insistí.

—De acuerdo. Estrictamente hablando, no has llegado a una infidelidad en sentido pleno, no tienes otra mujer; pero al menos tienes que reconocer que has sido imprudente. Con razón dice el refrán: “no basta ser bueno: hay que parecerlo”. Y, cuando digo que has sido imprudente, quiero decir que has sido doblemente imprudente: primero, al contratar a esa secretaria; y, segundo, al sobrepasar lo propio de una relación meramente laboral.

»El prudente sopesa lo que debe hacer y lo que debe evitar; no actúa a la primera; antes de decidir, valora las posibles consecuencias de sus actos; no pasa por alto las propias limitaciones y los riesgos... No se puede estar pasivo, esperando a ver si pasa algo. A una persona que va a conducir un auto, se le exigen unas medidas de prudencia “para evitar posibles accidentes”; sería absurdo pensar que esas medidas —el cinturón de seguridad y el buen estado del auto, por ejemplo— son “para cuando se da un accidente”. De un modo análogo, para enfrentar diversas circunstancias humanas, se exige adelantarse, prever: no esperar a que se dé una situación extrema y, solo entonces, reaccionar.

»En mi opinión, no es prudente, para un hombre casado, tener una secretaria joven y atractiva. Y menos prudente aún, hacer planes no laborales con ella: no hay motivo que lo justifique. No solo por lo que su esposa, o cualquiera otra persona, pudiera pensar, sino porque el corazón es muy pegajoso, y se puede enredar. Cuando un hombre se casa, no solo se une a una mujer, sino que se olvida de las demás. No por el hecho de ser casados dejan de atraernos las mujeres. Por tanto, tenemos que marcar distancias.

»La fidelidad se teje día a día, y en pequeños detalles. Cuando nos enamoramos, se enciende una vela; lo que tenemos que hacer, en adelante, es mantenerla encendida, rodeándola con las dos manos, protegiéndola de los vientos. No podemos admitir concesiones, complicidades; no podemos dialogar con curiosidades o con pequeños gustos, porque ponemos en peligro un gran tesoro. Y para vivir esa prudencia, debemos partir de la base de que somos vulnerables, de que no estamos vacunados contra esas cosas que son peligros para la fidelidad.

—¡Las cosas, en general, iban tan bien entre nosotros! —lo interrumpí—. No puedo creer que, en un momento, todo se venga a pique.

—Yo tampoco lo creo —dijo él, para consuelo mío—. Luisa es una buena mujer, y una esposa y madre ejemplar. Es lógico que esté herida, pero no va a permitir que se destruya su matrimonio. Ahora, el problema es tuyo: tendrás que volver a recuperar su confianza. Fíjate que toma años construir

la confianza, y solo segundos para destruirla; bastan unos pocos segundos para producir heridas profundas en las personas que amamos, y, en cambio, puede llevar años el sanarlas.

»Trata de localizar a tu esposa, y ten paciencia: te va a costar tiempo volver las cosas a la normalidad. Por otro lado, tú también necesitas la reconciliación y la serenidad: te sugiero hablar con un sacerdote. Además del perdón, podrás recibir más orientación y consejo desde otro punto de vista. Si quieres, te consigo cita con uno que es conocido mío, y te puede ayudar.

—Sí, por favor. ¡Cuanto antes! —le contesté con desespero.

Nos despedimos y volví a casa. En cuanto llegué, reanudé mis pesquisas. Empecé por llamar a mi suegra, sospechando que Luisa podría estar allí. Por supuesto, no le dije nada de lo que pasaba. Por el tono de su conversación, me quedó claro que no sabía nada de mi esposa. Después, llamé a su mejor amiga: el mismo resultado. Entre llamada y llamada tuve que inventar todo tipo de explicaciones y excusas para justificar mis averiguaciones sin despertar sospechas.

Luego, me dediqué a enviarle mensajes a Luisa, vía celular, vía internet: “¿Qué estás pensando? No ha pasado nada”; “no exageres, permíteme explicarte”; “quiero ver a mi hijo”; “no actúes como una niña. Hablemos”...

Así pasaron dos días. Para mí no hubo ninguna respuesta; de las cosas de la casa sí se ocupó: supe que estuvo haciendo llamadas frecuentes a Andy, para estar al tanto de todo. Yo también tuve que estar más pendiente. Al tercer día, nuestra empleada, que ya era como de la familia, comenzó a notar que algo no estaba bien.

—Don César, ¿por qué la señora Luisa se tarda tanto? —me preguntó—. Y ¿por qué, cuando llama, se nota preocupada? ¿Pasa algo?

Sus preguntas me tomaron por sorpresa. Por un momento, no supe qué decirle, pero luego pensé que no podía engañarla, ya que, tarde o temprano, se daría cuenta de todo.

—Hemos tenido un pequeño disgusto —le dije—. Estoy seguro de que muy pronto pasará todo. Mientras tanto, ayúdeme a rezar, para que así sea.

—Y ¿por qué se disgustaron? —quiso saber.

—Cosas de esposos —le contesté—. Pero nada que no tenga arreglo.

—¿Ya habló con ella? Porque conmigo habla todos los días y varias veces al día —aseguró.

—No, aún no hemos hablado —no pude mentirle—. Pero cuando llame, hágale ver que nos está haciendo falta.

—Muy bien. Se lo diré —se comprometió—. Pero ¿dónde está?

—Cerca —le aseguré, y me puse de pie, tratando de poner fin a esa conversación que ya me estaba inquietando.

Arturo me llamó para comentarme que el sacerdote amigo suyo me recibiría ese mismo día, al final de la tarde. Acudí con mucha expectativa: todo lo que pudiera ayudarme a resolver la situación era para mí bienvenido.

Era un sacerdote mayor, de semblante muy sereno y de una conversación profunda y sobrenatural. Infundía respeto y confianza. Sabía *poner el dedo en la llaga*, con delicadeza, pero con mucho acierto.

Me ayudó a sincerarme: a reconocer que lo que había hecho no era tan inocente y desinteresado como yo pretendía hacerlo ver.

—El primer paso —me dijo— es reconocer, en conciencia, la realidad de los hechos y, dado el caso, reconciliarte con Dios. Que conste que digo “en conciencia”, porque no se trata de las apariencias o de lo que se pudiera juzgar exteriormente, sino de lo que te dice esa voz interior, íntima, que es la conciencia. Y, en segundo lugar, habrá que ver cómo enfrentar la situación en adelante.

Aquella conversación me fue de mucha utilidad. Por un lado, me llevó a comprender la necesidad de reconocer mi error y buscar el perdón de Dios y de mi esposa. Citando al papa Francisco, me hizo ver que, para recibir el perdón, hay que estar preparado: hay que llorar los pecados, llorar por el mal hecho, así como lo han hecho los santos y los grandes conversos; ello implica el arrepentimiento y el propósito de repararlo. En fin, me facilitó la reconciliación con Dios, a través de la confesión.

Fue la primera, pero no la última vez que hablé con ese sacerdote. Decidí frecuentarlo, pues descubrí la utilidad de tener un director espiritual. No deja de ser llamativo que, cuando uno va a emprender una excursión, busca un guía —alguien que conozca el camino a seguir— y obedece dócilmente sus indicaciones, en busca de seguridad y de garantizar la llegada a la meta. He oído decir que, de las personas que se han propuesto escalar los Alpes Suizos, de los que suben con guía, han muerto tres en cincuenta años; mientras que, de los que suben sin guía, mueren, en promedio, tres por año.

Si uno no levantaría sin un arquitecto una buena casa... ¿cómo no acudir a un guía cuando se trata de algo tan importante como la propia vida? No hay duda de que el espíritu propio es mal consejero, mal piloto, para dirigir el alma en las borrascas y tempestades.

Fruto de esa conversación con el sacerdote, caí en cuenta también de que, entre los mensajes enviados a mi esposa, ninguno incluía un reconocimiento de mi error, ni un arrepentimiento, ni un pedir perdón. Hasta entonces, lo único que había pretendido era hacerla reaccionar... ¡como si ella fuera la causante del problema!

Así que decidí escribirle unas líneas en los siguientes términos:

Luisa, mi amor:

¡Perdóname! Lo siento mucho. Comprendo que estés ofendida, y me hago cargo de cuanto te he hecho sufrir.

Ya le he pedido perdón a Dios por todo el dolor que he causado por mi imprudencia. Sí: por mi imprudencia, que no por mi infidelidad. Créeme: no te he sido infiel, no ha pasado nada que pudiera empañar el amor que tengo por ti y por mi hijo. Se trató solo de una comida de cumpleaños. Mi corazón no ha dejado de estar, y nunca dejará de estarlo, totalmente comprometido contigo.

Siento mucho no haber atendido a tus advertencias: también en eso he sido imprudente. Ya aprendí la lección. Rezo y espero que algún día seas capaz de perdonarme; si conocieras la verdad de los hechos, verías que no ha de ser tan difícil. Te debo una explicación. Permíteme dártela.

Luisa, esta casa no es un hogar sin tu presencia y la de nuestro hijo. No permitamos que nuestras desavenencias lo perjudiquen a él. Y yo no puedo vivir sin ti. Te extraño mucho.

¡Vuelve!, vuelve cuanto antes. Ponme las condiciones que quieras: estoy dispuesto a asumirlas. A propósito —porque sé lo que esto significaría para ti—, quiero que sepas que ya estoy sin secretaria. Y la próxima que tenga la escogerás tú.

Te amo,

César

Estas líneas surtieron efecto: mi esposa volvió a casa. Nuestro reencuentro fue emocionante, pero discreto: una mirada profunda y pausada. Aparte de la alegría de volver a tenerla en casa, tuve un sentimiento de compasión; no podría llamarlo de otro modo. Noté en sus ojos el dolor, el sufrimiento.

Quise decirle algo, pero no me lo permitió. Sin dureza, pero con decisión, extendió la mano, con ademán de impedirme hablar, y dijo:

—No digas nada. Por favor.

No quisiera revivir esos días. Solo sé que Arturo tenía razón: mucho me costó recuperar la confianza de mi esposa. Pero, con el paso del tiempo, la recuperé. No quisiera volver a pasar nunca por una situación de ese estilo. Mucho me costó aprender la prudencia, como para desperdiciar semejante experiencia.

* * *

Un día, al llegar a casa, Luisa me sorprendió con una gran noticia: ¡nuestro segundo hijo venía en camino! Emocionado, le di un abrazo tan fuerte que, por poco, le hago daño. Al día siguiente, le hice llegar un ramo de flores y la invité a cenar fuera de casa. ¡No era para menos!

A los hijos los amamos desde antes de venir al mundo; los amamos antes de haber hecho algo para merecerlo, antes de saber hablar o pensar...

Muy bien describe Gloria Estefan, en su canción *Milagro*, lo que son los hijos:

Cuando se miran sus ojos, cuando se escucha su voz,
es más linda la mañana, nos alumbra más el sol.
Cuando nos brindan su risa, cuando nos dan su candor,
brota un manantial de agua fresquita en el corazón.

Ellos son el tesoro, ellos son la alegría.
Es por ellos que la vida se vuelve más dulce,
se vive mejor.

Son los hijos la bendición, el milagro de nuestro amor.
nos enseñan cómo amar, cómo abrir nuestro corazón.
Son los hijos la bendición, el milagro de nuestro amor.
son la esencia del hogar, un regalo de Dios.

Ellos son la esperanza, ellos son la ilusión.
Es por ellos que la vida se vuelve más dulce,
se vive mejor.

Su mirada serena, su inocente verdad
es un calorcito que llena de alegría la soledad.
Mensajeros del alma, sembradores de paz,
de un mañana pleno de respeto y de libertad.

Le pedí a Dios no acostumbrarme nunca a algo tan grande: no perder de vista que cada nueva vida es un milagro y una manifestación de confianza del Creador en nosotros los padres. ¡Es que nos podemos acostumbrar hasta a lo más sublime!

A propósito, me acordé de un suceso del que fui testigo y que tuvo por protagonista a una de mis sobrinas. En una ocasión, estábamos de paseo en el campo con toda la familia. En la noche, en que el cielo estaba completamente despejado y, por tanto, luciendo infinidad de estrellas, la niña, con una mano tiraba del brazo de su madre, y con la otra le señalaba el cielo y le decía:

—¡Mamá, mira!

—¿Qué quieres que mire? —le respondía su madre con desgana, como quien está ante algo muy normal.

—¡Mira, mira! —insistía la niña.

La madre ya estaba acostumbrada a las estrellas, ya no tenían especial significado para ella.

Lo mismo nos pasa, o nos puede pasar, a muchos: nos volvemos vulgares, pues, vulgar es el que está ante lo sublime y no se da cuenta. Por eso, le pedía y le sigo pidiendo a Dios no perder la capacidad de asombro ante cada nueva vida. Lejos de mí llegar a ser uno de esos que, no solo no se asombran, sino que se sienten con derecho a decidir, llegando incluso a negar a algunos la posibilidad de vivir: ¡el aborto! ¡Lejos de mí, Dios mío, lejos de mí!

Junto con la alegría por la venida de mi segundo hijo, comenzó a inquietarme una preocupación: ¿se volvería a repetir la situación que habíamos vivido con mi suegra, cuando nació Sebastián, nuestro primer hijo? No puedo negar que ella fue de gran ayuda para nosotros, en especial para Luisa —*madre primeriza*—, por esos días. Pero su presencia en nuestra casa se prolongó, en mi opinión, más de la cuenta, y su afán por ayudar se fue convirtiendo en un problema: quería imponer su opinión en todos los temas; consideraba de su incumbencia todo lo relacionado con el niño, y poco contaba nuestro parecer; se sentía en la obligación o con el derecho de intervenir en todos los asuntos, con advertencias, consejos, amonestaciones...

—¡Déjenme a mí, que ustedes no saben de esto! —era su frase favorita.

Y, por supuesto, muy poca privacidad tuvimos mi esposa y yo durante todo ese tiempo; yo me sentía cohibido hasta para abrazarla.

He de decir que no supe manejar la situación: que dejé hacer, que mantuve una actitud pasiva, a pesar de mi molestia y desacuerdo. Afortunadamente, cuando la situación se iba tornando insoportable, mi suegra decidió volver a su casa.

Mi preocupación, entonces, era: si se vuelve a presentar una situación de ese estilo, ¿tendré los argumentos y las herramientas adecuadas para manejarla?

* * *

Aún me quedaba mucho por aprender. Mi sola experiencia no me hacía un avezado padre, ni esposo, ni yerno, ni nada. Dándole vueltas a estos temas, me acordé de que había quedado pendiente una buena parte del *decálogo del matrimonio perdurable*. Quizás era la ocasión propicia para encontrar respuestas a mis preocupaciones: quizás Arturo podría asesorarme. Para mí habría sido fácil buscar otros encuentros —yo solo— con mi amigo, pero parecía claro que allí tenía que estar también mi esposa.

La ocasión se presentó un par de meses después. ¡Se iba a cumplir más de un año después de nuestro anterior encuentro! La iniciativa, esta vez — ¡quién lo iba a pensar!—, fue de Arturo: nos invitó a comer a su casa. Iba a

estrenar una barbacoa que, también él, había instalado en el patio interior de su casa.

—Aprovechemos el buen tiempo que está haciendo —me dijo.

Quiero pensar que esa fue la excusa que se inventó con el ánimo de seguirnos echando una mano para sacar adelante nuestro matrimonio.

—Tú eres el experto en estas lides —me dijo—, así que vente, porque necesito tu ayuda. Nos encargaremos los dos de la comida, para que nuestras mujeres puedan charlar a gusto y cuidar a los niños.

Tanto Luisa como yo aceptamos de buen gusto la invitación. No habíamos olvidado nuestro asunto pendiente. Y, aunque entre nosotros las cosas iban bien, teníamos una clara expectativa por lo que podríamos seguir aprendiendo con Arturo y, sobre todo, por los frutos de aquello en nuestro matrimonio y en la familia.

LAS PALABRAS Y LA VIDA

El hombre es social por naturaleza, es característica suya el diálogo, la interacción, el intercambio. Pienso que, por eso, la amistad es uno de los valores más nobles y elevados de la vida humana; implica muchas cosas: condescendencia, espíritu de colaboración, comunicación de bienes... Los simples compañeros no suelen saber lo que hace ni lo que le interesa al otro; los amigos, sí. “Es muy fácil subir a una montaña cuando en la cumbre hay un amigo”. En estas cosas estuve pensando mientras se acercaba la fecha de nuestra invitación a casa de Arturo, un buen amigo, y alguien con quien, sin duda, se aprendía con las palabras y con la vida.

Llegó el día convenido. Nada más llegar, pudimos notar el cariño y la afabilidad que reinaba en aquella casa. No solo Arturo y su esposa salieron a recibirnos: también sus tres hijos. Los niños se mostraron amables y educados. Claro está que, tan pronto nos dieron la bienvenida, volvieron a sus juegos, ahora con un invitado que se sumaba a su grupo: Sebastián, nuestro hijo, que rayaba ya en los dos años, y tenía muy poco de esquivo. Luisa y Patricia —la esposa de Arturo— ya se conocían, pero no habían tenido, hasta ahora, un trato cercano. Sin embargo, congeniaron rápidamente.

La casa, una entre muchas de un conjunto residencial, era muy agradable y acogedora. Contaba con un pequeño jardín a la entrada y un patio interior no muy grande, donde Arturo había instalado su barbacoa.

—Aquí tienes uno de mis pasatiempos —me dijo, señalando el jardín—. Poco a poco, mis hijos se han ido involucrando: pasamos tardes enteras de fin de semana dedicados a su cuidado.

Dado el tamaño de su jardín, no suponía labores pesadas, pero sí mucho cuidado de los detalles. Tenía varios bonsáis y flores diversas, cuidadosamente organizadas; un rincón rocoso, un seto, prado y hasta una pequeña fuente.

—Ahora, con tu ayuda, espero incluir la barbacoa entre mis pasatiempos —me dijo.

—Tampoco pienses que soy un especialista —respondí, queriendo salvar responsabilidades, por si algo no salía bien—. Por otro lado, no hacen falta especiales habilidades.

Lo que sí demanda un asado es un buen rato de preparación. Así que, sin más demoras, nos pusimos manos a la obra. Aunque Arturo tenía las cosas previamente dispuestas, para prender fuego ¡era un auténtico desastre!: nos habríamos tardado horas, de haberlo hecho según su método. En eso sí que le di lecciones.

—Déjame a mí —le dije, al ver su torpeza—. Tú, mientras tanto, pon un poco de música.

Mientras asábamos la carne, Luisa y Patricia, como era de esperarse, charlaban animadamente de sus cosas, al tiempo que disfrutaban de los juegos de los niños, a los que Sebastián se había vinculado como si conociera a sus amiguitos de tiempo atrás. Con ellos permaneció, al menos durante el tiempo que estuvieron en el primer piso.

El almuerzo resultó delicioso, no solo por las carnes y por las demás ricuras que Patricia había preparado previamente, sino también por el ambiente familiar, alegre y natural, y por la presencia de los niños; ellos dieron buena cuenta de sus pequeñas porciones, lo más rápido que pudieron: no tenían otro interés que el de volver a sus juegos.

Nosotros, los mayores, estando todavía sentados a la mesa, dimos comienzo a una animada tertulia. Luego del postre, continuamos en la sala, plácidamente sentados, dando buena cuenta de un aromático café.

La música continuaba sonando, pero, cuando nuestra tertulia continuó en la sala, Arturo bajó considerablemente el volumen del equipo de sonido, de manera que pudiéramos hablar distendidamente y sin distracciones. Él y nosotros no habíamos perdido de vista el tema que nos ocuparía: el *decálogo del matrimonio perdurable*. Esta vez, también con la intervención de Patricia. Yo sospechaba, pero no sabía, hasta comprobarlo esa tarde, que también ella tendría mucho que enseñarnos.

—Paty —intervino Luisa, llamando a la esposa de Arturo por su apelativo familiar, prueba de la confianza que ya se había generado entre ellas—, ¿sabías que tu esposo nos está explicando, desde hace meses, el regalo que nos dio el día de nuestro matrimonio?

—Sí, ya lo sabía —respondió—. Pero al parecer ha resultado muy lento, pues, no ha pasado de una tercera parte. ¿No es verdad?

—Y ¿cuál es el afán? —se defendió él—. Para un matrimonio que ha de durar hasta que la muerte los separe...

Estábamos ya retomando el tema, cuando escuchamos el llanto de uno de los niños de la casa. Al parecer, se había golpeado y venía en busca del consuelo de sus padres.

—Pongan atención —dijo Patricia, sin inmutarse, cosa que nos sorprendió un poco, pues nosotros habríamos corrido a atender a nuestro

hijo, de haber sido suyo el llanto—: en un momento dado, el niño va a dejar de llorar y, después, continuará llorando.

Nos extrañó lo que decía, pero, en efecto, así sucedió. El niño llegó hasta su madre, ella le hizo un levísimo masaje en la rodilla que se había golpeado, lo mimó un poco y hasta lo hizo reír, haciéndole cosquillas. Inmediatamente, volvió a sumarse al grupo de sus compañeros de juego. Nada grave había pasado. Ella actuó como una madre con amplia experiencia.

—Oye, Paty —intervine yo— ¿nos quieres explicar lo que acabamos de ver?: ¿por qué el niño dejó de llorar por un momento y luego continuó?

—Muy sencillo: les hemos colocado, en el pasillo entre habitaciones, una imagen de la Virgen; y han aprendido que, siempre que pasen frente a ella, interrumpen por un instante lo que estén haciendo, le digan algo de cariño, y luego continúen en lo que estaban.

Reímos a gusto. Aquello nos resultó muy simpático, al tiempo que aleccionador: ¡Hay que ver cuántos recursos podría uno inventarse para formar la virtud de la piedad en los hijos!

—Ahora sí, a lo que veníamos —dije, mirando a Arturo, sin ocultar mi interés, casi mi afán, por abordar nuestro tema—. Si no recuerdo mal, la cuarta regla de tu *decálogo* es que el matrimonio no es un ensayo.

—Digámoslo completo —aclaró mi amigo—: “el matrimonio no es un ensayo, sino un compromiso para toda la vida: hacer feliz al otro”.

»Antes, los compromisos eran tan serios, y la palabra era tan respetada, que no hacían falta ni los notarios, ni los contratos, ni nada de eso. Hoy en día, ¡qué miedo le tenemos a la palabra compromiso! Muchos dicen: “No quiero arriesgar toda mi vida”, “la vida da muchas vueltas”, “uno nunca sabe cómo acaben las cosas”, “no me gusta comprometerme en nada”. Son expresiones propias de personas frívolas y egoístas, sin una intencionalidad clara en la vida, y de personas que no conocen la lealtad.

Mientras Arturo hablaba del valor del compromiso, recordé una anécdota que oí contar alguna vez, con la que quien hablaba quería ilustrar la diferencia entre colaborar y comprometerse. Alguien abordó a un hombre para pedirle que apoyara una campaña de solidaridad...

—Pero, ¿se trata de colaborar o de comprometerse? —dijo el interpelado.

—No entiendo a qué se refiere —contestó quien solicitaba la ayuda.

—Es que no es lo mismo una cosa que la otra —explicó él—. Por ejemplo: en una tortilla de huevos con tocino, la gallina colabora, pero el cerdo se compromete.

Yo no intervine para contar la anécdota, pero la evoqué con mucha claridad. ¡Cuánta razón tenía mi amigo al insistir en la importancia del

compromiso en el matrimonio!

—El matrimonio —continuó Arturo— es algo tan serio —¡una auténtica vocación!—, que no es posible emprenderlo y llevarlo adelante si no existe ese compromiso, esa fuerza vinculante que motive y aliente a los esposos ante cualquier dificultad. Y es tan serio, que, por eso, se inicia con una ceremonia solemne, que no tendría sentido si fuera únicamente para decir: “voy a mantener un cierto enlace mientras lo encuentre conveniente”. ¿Ponerse enfrente de un altar —cara a Dios— para decir que gozarás de la compañía de alguien mientras dure el gozo, mientras no se peleen? Lógicamente, nadie hubiera inventado una ceremonia para algo así.

»No se puede mantener una actitud expectante y pasiva, como quien espera a ver qué tal van las cosas, para, entonces, considerar si vale la pena o no mantener el compromiso. Cuentan —no sé si es una historia real o una leyenda— que, cuando existían las Torres Gemelas de Nueva York, un famoso equilibrista tendió una cuerda entre los dos edificios con el propósito de pasar caminando sobre ella. Antes, dijo a la multitud expectante:

—Subiré y cruzaré, caminando sobre la cuerda. Pero necesito que ustedes crean en mí y tengan confianza en que lo voy a lograr.

—¡Claro que sí! —respondió la gente entusiasmada.

Subió y, ayudándose de una vara de equilibrio, atravesó de un edificio al otro. Acto seguido, bajó y propuso a la multitud emocionada:

—Ahora, me propongo pasar sin la ayuda de la vara... Más que antes, necesito su confianza en mí.

—¡Ánimo, te apoyamos! —gritaron, aunque algunos de ellos no tan convencidos como antes.

Tuvo un poco más de dificultad, pero lo logró, ante el asombro y los aplausos de la gente.

Finalmente, el equilibrista bajó y propuso:

—Pasaré por última vez, llevando una carretilla por delante. Ahora, necesito más que nunca que crean en mí.

Siguió un tenso silencio. Nadie se atrevía a creer que algo así fuera posible.

—¡Me basta con que uno solo de ustedes confíe en mí, y lo haré! —insistió el equilibrista.

Entonces, uno de los presentes gritó:

—¡Sí, sí, yo creo en ti. Tú puedes!

—Si de veras confías en mí, vente conmigo y súbete a la carretilla.

Luisa y yo, que escuchábamos con mucha atención a Arturo, nos estremecimos. Patricia, al notar nuestra reacción, se echó a reír: ya había

escuchado esa anécdota y sabía perfectamente el efecto que tenía en los oyentes.

»¡Sí, sí: el matrimonio es compromiso, es riesgo, es involucrarse! —dijo Arturo, poniendo énfasis en cada palabra— ¡El matrimonio a prueba es un absurdo! Imagínense lo que sería probar a un ser humano, como se prueba un auto o un electrodoméstico; o como se contrata a una cocinera o a un contador... Si se viera el matrimonio como una experiencia a la que se podría poner fin en cualquier momento, ya se habría introducido la semilla de la ruptura desde el comienzo: la puerta quedaría abierta. ¿Dónde quedaría la donación gratuita e irreversible que liga dos destinos para siempre? Imagínense a un hombre preguntando a su enamorada: “¿Cuántas veces has sido probada?”

La reacción de todos ante esa ocurrencia de Arturo fue de indignación. Pero él no se detuvo en su argumentación:

—El compromiso, según reza esa norma o consejo del *decálogo*, no es simplemente mantener el vínculo, como quien cumple una función fría y pasiva: es “hacer feliz al otro”. La felicidad es más una forma de viajar, que una meta. Y no se trata de ir probando a la pareja e ir cambiando, sino de aprender a vivir como cónyuge del propio cónyuge. Uno tiene que “reducirse a la mitad” —*media naranja*— y tomar como propio —“como la otra mitad”— al otro. La idea es empeñarnos cada día en dar todo el amor posible al otro, antes que en reclamar amor para uno mismo; es aprender a poner el bien del otro por encima del bien propio.

—Cuéntales lo de Karen con su tío —intervino Patricia—.

—¡Ah, sí! Cuéntales tú —respondió Arturo, mientras aprovechaba para terminar su taza de café.

—Karen es una niña de unos ocho años, la hija de una de nuestras vecinas —empezó a explicar Patricia—. Un día, vino a visitarlos un de los tíos, al que hacía mucho tiempo no veían. Durante la conversación, la niña lo miraba fijamente, como cautivada por la presencia de su tío. Alguien sugirió:

—Cuéntale al tío tu secreto.

La niña, tímida, se escondía en el regazo de su madre y miraba de reojo, sin atreverse a hablar. Después de un rato, la niña volvió corriendo hasta su tío y, en voz baja, le dijo al oído:

—¿Te cuento mi secreto?

—A ver, cuéntamelo —le dijo él, abrazándola.

—Que te quiero más que a mí.

Entonces, nuestra reacción fue de enternecimiento, imaginando aquella pequeña niña, y congraciándonos con sus sentimientos. ¡A quién no le gustaría que le dijeran algo así!

—¡Exactamente, de eso se trata! —apuntilló Arturo—: de querer al otro más que a uno mismo. Tener la capacidad de hacerlo es admirable y alimenta la vida familiar y la relación de pareja. Ese es el compromiso que se adquiere en el matrimonio, y es para toda la vida, y así nunca será un ensayo.

»Claro está que eso requiere sacrificio. Para disfrutar del matrimonio, hace falta estar enamorado y, para ello, hace falta estar dispuesto al sacrificio. Amor es la necesidad de salir de uno mismo para encontrarse con otra persona, que se convierte en esencial, y a la que, por tanto, uno se entrega en lo cotidiano, en lo de cada día, libremente, sin condiciones, sin reserva. No hay amor sin renunciaciones. Acaso ¿no es una gran verdad que el lenguaje natural del amor es el sacrificio? Como dice aquel verso del siglo de oro castellano:

Mi vida es toda de amor
y, si en amor estoy ducho,
es por fuerza del dolor,
pues no hay amante mejor
que aquel que ha llorado mucho

—¡Guau!: ¡Hasta poeta nos resultaste! —exclamé.

—¿Cuál sigue? —preguntó Patricia a Arturo, extendiendo los brazos y agitando los dedos, como queriendo introducir ritmo en las explicaciones de su esposo.

—¡Espera, espera! —reaccionó Arturo—. Antes de pasar al siguiente, es importante mencionar, en ese esfuerzo por hacer feliz al otro, el respeto. Es lógico, y uno pensaría que no hace falta decirlo: que se da por descontado. Sin embargo, conviene no perder de vista que el respeto debe ser de palabra, de obra y con los gestos. En primer lugar, de palabra... pienso que no hacen falta explicaciones. En segundo lugar, de obra: con las acciones físicas y psicológicas; así, el desprecio sistemático del otro, por ejemplo, sería un gran irrespeto. Y, en tercer lugar, con los gestos. ¡Qué importantes son también los gestos! La cara es el espejo del alma y, por tanto, muchas veces, puede ser peor una mirada despectiva que una agresión directa.

»Dicho esto, ahora sí pasemos al siguiente.

—El quinto —dijo Luisa, que se mantenía muy atenta y concentrada.

—“Es un proyecto común: nada repartido, todo compartido” —afirmó nuestro anfitrión—. En la Escritura se dice, refiriéndose a quienes se van a casar, que dejan al padre y a la madre y se unen, formando un solo cuerpo. Es claro que no se habla solo del aspecto corporal, sino de todo lo que supone la unión entre los cónyuges: un solo proyecto, un mismo interés,

ilusiones compartidas, compenetración en todo. El amor conyugal comporta una totalidad en la que entran todos los elementos de la persona —el cuerpo, los pensamientos, las decisiones, la afectividad, las aspiraciones... —; apunta a una unidad profundamente personal que, más allá de la unión en una sola carne, conduce a no tener más que un solo corazón y una sola alma. Amor no es mirar el uno al otro, ni que cada uno mire para su lado, sino mirar los dos en la misma dirección. La vida en pareja no es como el típico juego de la soga que se tira en direcciones opuestas a ver quién gana, sino como una barca con dos remos, que deben ir acompasados.

»En el momento en que comienzan a repartirse deberes, ocupaciones, posesión de cosas materiales, etcétera, empiezan, así mismo a hacer su aparición la falta de unidad y las divisiones que llegan a alterar la armonía en la familia.

»En la película *La bella y la bestia*, al final, cuando se llega al enamoramiento de los protagonistas, otro de los actores, que observa la escena romántica, exclama entusiasmado:

—¡Listo!

—No, no —responde otro—. Hasta que no conjuguen el *nosotros* no está listo.

»A la hora de tomar decisiones, principalmente las que impliquen dinero, se debe pensar siempre en plural. Es que el lenguaje debe ser coherente con el compromiso; es decir, hablar en plural cuando se refieren a proyectos o actividades comunes: “nuestra casa”, “nuestro auto”, “fuimos a pasear”, “decidimos dejarlo para después” y, claro, “nuestros hijos”, con todas sus necesidades y en todos los aspectos de sus vidas.

»Recuerdo que, durante una conversación en un programa de televisión, se planteó la siguiente pregunta:

—¿Cuál es la frase más grata que una persona puede decir en este mundo?

Después de mucho debatir, una señora joven dijo:

—Cuando son las tres de la madrugada y el niño está llorando, oír decir al marido: “No te levantes. Yo me encargo”.

—¡Sí, señor! —intervino Patricia—. ¡Qué gran verdad es esa! ¿O no, Luisa?

—Por supuesto que sí. Pero... —dijo mi esposa, mirándome, con gesto de reproche, aunque con una sonrisa.

No dije nada, pero, con mi silencio, le di la razón. No recordaba haber hecho casi nunca un sacrificio de ese estilo; solía recurrir a los argumentos fáciles: “yo me vuelvo un ocho con el niño”, “ella lo sabe manejar muy bien”, y otros parecidos. En realidad, no eran sino excusas para no incomodarme.

—Los problemas aparentes —continuó Arturo— se resuelven solos cuando, de común acuerdo, trazamos los fines, y procedemos según ellos. Por ejemplo: ¿Cuáles pueden ser los aguinaldos de Navidad? No hay que empezar considerando la cámara de video que desea el marido, ni las vacaciones soñadas por la esposa, ni el equipo de sonido de los hijos. Lo que habría que preguntarse es: ¿Qué desearíamos, como familia?, ¿Qué es lo más conveniente, según nuestros proyectos comunes?, ¿Qué interesa hacer esta semana, o el mes próximo, o el año que viene, para realizar este deseo? Si, en un diálogo sereno, los esposos se ponen de acuerdo en que su verdadero deseo es que cada uno pueda desarrollar sus propias dotes y disfrutar de ellas, será preferible destinar el dinero a comprar un violín para el niño inclinado a la música. O bien, si todos ansían vivir en el campo, se pondrá la suma en el banco para ir ahorrando la cuota inicial. Una vez definido el objetivo que se desea, el problema está bastante solucionado.

»Otro ejemplo: el uso de la televisión. Ante la disyuntiva de tener que elegir entre diferentes programas, se puede llegar a perjudicar la familia: al marido, por ejemplo, le gusta ver tal programa; a la mujer, aquel otro; a cada hijo, otro..., y terminan riñendo. Al final, para evitar discusiones, cada uno conecta *su* televisor, se dedica a ver *su* programa y ya no hablan entre ellos, no comparten esos ratos familiares: los gustos han introducido la división en la familia. Y, además, nadie quiere ser interrumpido mientras ve su programa ¡Un desastre!

»Con razón rezaba un niño, en una ocasión:

—Dios mío, Tú que me quieres mucho, hazme ser un televisor. Así, mis papás me cuidarán mucho, mi mamá me mirará todos los días, mi papá me escuchará con atención. Que cuando yo me enferme, mis papás se preocupen por mí, tanto como cuando se daña el televisor. Quiero ser televisor para ser el mejor amigo de mis papás. Dios mío, ¡déjame ser televisor, aunque sea un solo día!

Arturo hizo una pausa, en la que reinó el silencio, mientras nos mirábamos unos a otros. Yo pensé que, tiempo atrás, esas palabras se podían haber referir a mí; recordé que estaba cayendo en esa *enfermedad*, o en esa *esclavitud* en que se puede llegar a convertir la televisión, hasta aquel día en que llegué del trabajo extenuado, me senté y me dispuse a “ser feliz” con lo que era mi debilidad: la televisión. Estuve viendo, un buen rato, un partido de fútbol que logró atraparme, de tal manera, que tomé la milanesa que tenía servida, la puse en un pan y la comí en sándwich para no tener que bajar la vista al plato a cada instante.

En un par de ocasiones, Luisa intentó decirme algo, pero yo la detenía con un gesto y levantando la mano, como queriendo decir: “ahora no”.

En el entretiempo del partido, aproveché para ver rápidamente qué había en los otros canales: una película de acción con efectos especiales espectaculares.

Cambié y vi un programa de juegos y premios, un poco tonto pero divertido... Y así, seguí buscando otros canales, hasta que me enganché con una serie norteamericana que trataba el tema de una familia y sus problemas de comunicación. Pero no pude enterarme cómo resolvía sus problemas porque, de repente... se fue la luz.

Quejándome por la contrariedad, busqué velas y, resignado, pregunté a mi mujer:

—¿Qué era lo que querías decirme cuando me interrumpías a cada rato?

—Ya no importa —me respondió, ella también resignada—. Te pregunté si íbamos a bendecir la mesa, pero ya comimos...; el niño quería mostrarte algo, pero ya se acostó... Igual —terminó diciendo— nos ha bastado con verte siquiera un rato en casa...

Me sentí muy mal, y me apresuré a buscar el modo de remediar en algo lo que había ocasionado con mi actitud.

Fui a darle un beso al niño, y a arroparlo bien. Quizás no se había dormido, o lo desperté al entrar, pues pude, incluso, sentarme al borde de su camita y contarle un cuento. Luego, me dispuse a tomar un café con mi esposa y charlar un poco; y hasta rezamos juntos antes de dormir...

Entonces, volvió la luz y, por supuesto, volvió a encenderse el televisor... La tentación fue muy grande... Pero, ya no caería en la trampa, y lo apagué. Pensé que, paradójicamente, aquel corte de luz me había *iluminado* a tiempo...

—Son muchos los temas en los que hay que ir tomando decisiones —continúo Arturo—: la educación o el cuidado de los hijos, las compras, el lugar o el modo de disfrutar las vacaciones, la adquisición de unos u otros bienes materiales. No es conveniente hacer reparticiones o que se delegue en el otro, sin intervenir. Cuando se hace es, normalmente, por comodidad. Cuando todo en el matrimonio y en la familia es un proyecto común, cuando nada es repartido y todo es compartido, están *tirando del carro en la misma dirección*, y estarán juntos en las buenas y en las malas; y no habrá lugar para los reproches.

Arturo se detuvo un momento y, al notar que nadie hablaba —todos estábamos pensativos—, dijo:

—Bien, como veo que no hay objeciones, pasemos al sexto. ¿No les parece? Porque, si no, se nos va la tarde y no avanzamos. Después, Patricia dirá que yo soy un lento, o *que me enrolló* demasiado.

—¡No. Como vas, vas bien! —dijo Luisa.

—Ustedes deténganme cuando estén cansados o cuando no estén de acuerdo conmigo —con nosotros—; no duden en intervenir. Seguro que también tienen muchas experiencias para compartir. Además, yo no pretendo dogmatizar: estas cosas son opinables.

—¿Qué les vamos a aportar nosotros, que somos padres novatos y tenemos menos años y experiencia de matrimonio que ustedes? —dije—. Además, no hay duda de que todo esto lo han reflexionado bastante, como para tener tantos argumentos. ¡Adelante: somos todo oídos!

—El sexto —continuó Arturo—: “Los desacuerdos no se resuelven ya: hay que esperar a serenarse”. Es un hecho que todos tenemos, más o menos, el defecto de la soberbia y, por eso, nos cuesta ceder, dar la razón al otro, sobre todo cuando los ánimos están caldeados.

—¡Díganmelo a mí, que soy un fosforito! —exclamó Patricia, entornando los ojos.

—Muy diferente es la situación cuando se está sereno —siguió explicando Arturo—, y se enfrentan las situaciones en un ambiente de diálogo: ¡de diálogo, no de discusión! En la discusión, los dos hablan a la vez y con apasionamiento, diciendo cosas duras: la frase venenosa que va al *talón de Aquiles* del otro. En el diálogo, en cambio, los dos hablan calmadamente y se escuchan, llegan a acuerdos y aceptan los desacuerdos que puedan tener.

»En las crisis en la vida conyugal hace falta que los dos estén dispuestos a no tomarse las divergencias demasiado en serio, y a aceptarlas como parte de la vida misma. Los conflictos se enquistan si no se busca una salida a base de buena voluntad, de buena disposición. Por eso, habitualmente, conviene desconfiar de la primera reacción y esperar a serenarse, que es cuando se da con facilidad esa buena disposición. Pero esperar no es dejar pasar: es retomar el asunto cuando más convenga. Porque solucionar las cosas a tiempo, impide que se alimenten rencores y se agranden los problemas. Y conviene preguntarse con frecuencia, cada uno: ¿qué le quitaría y qué le añadiría a mi personalidad y a mi conducta para mejorar la relación?

»Un grupo de psicólogos especializados en asuntos matrimoniales, redactaron diez *reglas de oro* para evitar los conflictos o para resolverlos más fácilmente. Aunque las he leído muchas veces, no las recuerdo de memoria.

—¿Recuerdas, *Niña*, dónde están? —preguntó Arturo a su esposa, a quien solía llamar, frecuentemente, con ese apelativo familiar.

—Sí, claro —respondió ella y subió a la segunda planta.

Mientras iba, su esposo nos dijo:

—Ella sí que sabe dónde está todo. Y, además, es muy organizada. ¡Es impresionante! Yo, en cambio, soy un caos: por poco hasta se me olvida dónde tengo la cabeza. ¡Qué haría sin ella!

UNA PAUSA INFANTIL

Se estaba tan bien en medio de esa familia porque se respiraba un ambiente de armonía y serenidad; al mismo tiempo, se notaba una gran naturalidad: nada de lo que decían era forzado ni postizo; se notaba la coherencia entre las palabras y los hechos; vivían lo que enseñaban. Era, en toda regla, un hogar luminoso y alegre.

Nuestra tertulia continuaba, y yo no quería que pasara el tiempo. Estaba muy a gusto.

Patricia volvió, trayendo un pequeño libro, abierto en la página donde aparecían las reglas de oro a las que se acababa de referir Arturo. Podría haberlas leído ella, pero, en cambio, entregó el libro a su esposo, dejando que fuera él quien continuara llevando la batuta de la conversación.

Así rezaban las “reglas de oro para resolver problemas en el matrimonio”:

1. No se irriten los dos al mismo tiempo.
2. No se griten, a menos que la casa se esté incendiando.
3. Si uno de los dos tiene que vencer en un desacuerdo, deja que sea tu cónyuge.
4. Si tienes que criticar, hazlo con amor y con actitud constructiva.
5. No se echen en cara errores del pasado.
6. Sé negligente con cualquiera, antes que con tu cónyuge.
7. No se retiren a dormir sin haber calmado los ánimos, aunque el desacuerdo no se haya resuelto del todo.
8. Al menos una vez al día, trata de decir algo agradable o un cumplido a tu cónyuge.
9. Cuando hayas hecho algo equivocado, prepárate para admitirlo y ofrecer disculpas.
10. No hay riña si uno de los dos no quiere, y el que más habla es, normalmente, el que está equivocado.

—¡Oye, este otro *decálogo* también está muy bueno! —exclamé—. Tendremos que copiarlo, Amor —dije, dirigiéndome a Luisa.

—No te preocupes —dijo Arturo—. Yo te lo envío a tu correo.

—O.K. Pero no te olvides —insistí—. Confío en que Patricia te recuerde, porque yo sé que eres bastante despistado y olvidadizo.

—Sobre esto de los desacuerdos —quiso hacer énfasis Arturo—, hay que procurar ver las cosas en su justa medida: no todo tiene la misma entidad. Hay cosas que son muy importantes, que requieren mucha atención y llegar hasta el final; y otras que son pequeñeces, asuntos pasajeros y muy opinables, a los que no hay que darles mayor importancia: no pretendamos uniformar a nuestra familia, haciendo que todos piensen y reaccionen igual que nosotros en todo.

»A Pedro, un hombre de campo, se le ocurrió un día meter su caballo en el establo, haciéndole andar para atrás. Le pidió a María, su esposa, que le ayudara. Ella, como si fuera lo más normal, le ayudó. Un vecino que estaba viendo la escena intervino:

—Pero... ¿Pedro está loco?!

—¿Y qué pasa? —respondió ella—. Hasta cansado debía de estar el caballo de entrar siempre de frente.

»Hay que amar también la diversidad de caracteres, modos de ser y modos de hacer las cosas. Hay que aceptar al otro como es, sin pretender forzar un cambio; hay que vivir la mutua comprensión hasta el grado de la complicidad, sobre todo si se trata de cosas opinables y de poca monta.

»Nosotros solo conocemos una pareja en la que nunca ha habido desacuerdos ni roces... ¡Y llevan más de cuarenta años de casados! *Niña*, cuéntales —dijo Arturo, dirigiéndose a su esposa, y sin disimular una sonrisa.

—Déjate de cosas —respondió ella, con un gesto de desaprobación, pero sonriendo, lo que nos hizo pensar que se trataba de algo gracioso.

Aunque ella se resistía, entre su esposo y nosotros la animamos, casi en coro, de modo que no tuvo más remedio que darnos gusto.

—Era una pareja que utilizó, para el día de la boda, un carruaje tirado por una yegua. Terminada la ceremonia, se dirigieron al sitio de reunión. En el camino, la yegua tropezó. La mujer recién casada le gritó con voz firme: “¡va una!”. A mitad del trayecto la yegua volvió a tropezar. La mujer volvió a gritarle al animal: “¡van dos!”. Ya llegando, la yegua volvió a tropezar. La recién casada se bajó del carruaje y gritó: “¡van tres!”. Acto seguido, sacó un revólver y mató a la yegua de un disparo.

»El esposo, fuertemente sorprendido, le recriminó: “¡Pero... ¿qué haces?, ¿estás loca?, ¿cómo se te ocurre matar a ese pobre animal?!”. La mujer lo miró fijamente y le dijo: “va una”. Y, desde entonces, nunca volvieron a tener desacuerdos.

—Supongo que no es el caso de ustedes —dijo Arturo, mirándonos y sin poder contener una carcajada contagiosa—. Parejas así no son muy comunes. De modo que hay que hacerse a la idea de que habrá roces y desacuerdos.

—Los roces son algo normal —intervino Patricia—, ayudan a limar las asperezas y nos ayudan a conocernos mejor. Es utópico pretender una vida con otra persona sin roces. A mi hermana, una mujer casada, se le ocurrió alguna vez que cultivar un jardín familiar sería una buena experiencia formativa para sus cinco hijos. Un día, decidió, de común acuerdo con su esposo, sacar adelante la iniciativa. Sin embargo, ya el viaje al vivero fue una pesadilla: los niños peleaban, dabas vueltas locamente, lloraban... De regreso a casa, ella explotó ante su marido:

—¡Lo único que quiero es paz, quietud y flores bellas!

Su esposo, sin alterarse, contestó:

—Paz, quietud y flores bellas... Entiendo. Me parece que a eso le llaman funeral.

Celebramos con risas la anécdota.

—Es clave aquello de no echarse en cara errores del pasado —continuó Arturo—. Es muy dañino llevar cuentas de las ofensas o los errores y, todavía peor, revivir todo aquello que ya se ha perdonado. Las personas cambian, gracias también a las experiencias negativas por las que han pasado. Pero volver a ellas es como llover sobre mojado o volver a abrir las heridas que ya habían sanado, y ello no aporta nada bueno. No conviene vivir como el escarabajo pelotero: llevando a cuestas una bola de porquería, hasta casi superar su propio peso.

»Me decía alguna vez un amigo:

—Mi esposa tiene muy mala memoria.

—¿Se le olvida todo? —le pregunté.

—No, por el contrario: ¡no se le olvida nada!

Entre ocurrencia y ocurrencia, no parábamos de reír. Arturo aprovechó para *cambiar de tercio*.

»El séptimo punto del *decálogo* que nos ocupa, tiene una cierta relación con el anterior: “respetar las diferencias: lo que es importante para el otro, no debe ser indiferente para mí”. Pienso que tiene relación, en cuanto que muchos desacuerdos y roces son causados por no respetar esas diferencias. Sin embargo, en esta norma del *decálogo*, se hace referencia, más bien, a la comprensión: a *saber caminar con los zapatos del otro*.

»Cada uno se ha criado de una forma diferente, tanto en el terreno familiar como social, y desconoce la impresión que causarán en el otro las costumbres y educación que él aporta, cuando se da inicio a la convivencia. Lo ideal sería que esto quedara bien claro desde el noviazgo; pero, nunca es tarde para poner a debate las diferencias y, entonces, aceptarlas o negociarlas. La negociación no es quién gana más y quién pierde más: es saber cómo van a vivir mejor los dos y los futuros componentes de la familia.

»El hombre no puede pretender medir o interpretar lo que hace o dice la mujer, de acuerdo con sus esquemas; y viceversa. Esta disparidad, si no se reconoce, si no se sabe manejar, da lugar a situaciones de conflicto. Hay que ponerse en el lugar del otro, conocerle y amar sus características propias.

»Por ejemplo, en las noches, cuando la pareja llega a casa tras una extenuante jornada, la mujer quiere utilizar ese valioso momento para conversar con su marido sobre las cosas que ocurrieron ese día, mientras que él, lo último que quiere es hablar, y menos aún de los problemas con los que tuvo que lidiar. A la mujer, hablar le descansa; al hombre, no. La mujer necesita expresar lo que le preocupa, y eso ya le hace sentirse mejor, aunque el tema no esté resuelto. Ella cuenta las cosas del día, pequeñas y grandes, como un gesto de amor, pero se encuentra con un hombre que siente la necesidad de dar soluciones, de inmediato, a los problemas y cuestiones que la mujer plantea.

De pronto, Arturo hizo una pausa y, mirando a su esposa, dijo:

—¿Dónde está el video del mejicano...? ¡Si, ahora recuerdo! Lo tengo en el celular.

Buscó en su teléfono móvil y rápidamente encontró la filmación de una conferencia que dio un sacerdote mejicano, hablando, precisamente, del tema que Arturo estaba explicando. Dada la pequeñez de la pantalla, Luisa y yo nos juntamos estrechamente a Arturo, que sosteniendo su teléfono a una cierta distancia, nos lo permitió ver. Venía a decir, con mucha gracia:

—La mujer, cuando habla, expresa sentimientos y emociones y, por tanto, usa un promedio de ocho mil quinientas palabras al día. El hombre, cuando habla, expresa ideas y pensamientos y, por tanto, usa un promedio de tres mil quinientas palabras al día.

»¿Qué pasa si tu mujer estuvo todo el día donde el dentista, o en un centro comercial, y en todo el día no dijo más de tres mil palabras? Te toca a ti, en la noche, oír otras cinco mil, más o menos. Además, las tienes que oír, porque son acumulativas; si no las oyes, al día siguiente son diez mil, quince mil...

»Al revés: ¿Qué pasa si tu marido estuvo toda la mañana en juntas de negocios, y ya dijo seis mil palabras? Llega la noche y no le sacas una ni bajo tortura. Y, entonces, ¿cómo reaccionan? Ella: “Ya no me quiere, no me hace caso...”, “te estuve esperando para charlar...”. Y él: “eres un petardo, ya no te aguanto, déjame ver la televisión, cállate un segundo...”

»¿Quieres defender el amor? Comprende que te casaste con una persona que parecía que era igual a ti. Pero no: es un hombre, es una mujer.

Reímos mucho y nos sentimos retratados.

—Así es —dijo Luisa.

»Pero, además —continuó Arturo—, no podemos olvidarnos de que, ante un mismo asunto, los hombres pensamos, sentimos, reaccionamos diferente a las mujeres. Cada uno tiene un modo de ver la vida, una forma de actuar y de pensar, determinados por su más intrínseca naturaleza. Somos iguales en dignidad, pero complementarios en cuanto género. El hombre tiene cosas que la mujer no tiene y necesita, y viceversa. El hombre comparte con la mujer el conocimiento del mundo: él ve una parte y ella le dice la otra parte, la otra manera de ver las cosas, y le acompaña en el conocer y decidir. Muchos de los problemas matrimoniales tienen su origen en la poca capacidad de los esposos para comprenderse a partir de su esencia: del hecho de ser hombre o mujer; intentan, en vano, identificarse, en lugar de complementarse.

—Es verdad lo que dice *el Gordo* —intervino Patricia, llamando a su esposo con el apelativo cariñoso con que lo trataba habitualmente—. No se puede hacer caso omiso de las diferencias en el modo de ver las cosas, en temas como: el manejo del dinero, las relaciones con los familiares, la dedicación profesional, las relaciones con los amigos, la forma de educar a los hijos...

Durante todo el tiempo, mientras ellos hablaban, me asaltaba una pregunta: ¿de dónde tanto conocimiento, tanta fundamentación en todos esos temas de matrimonio y familia? No podía creer que fuera únicamente de experiencia personal. Ya llegaría el momento de averiguarlo.

—Las diferencias no son necesariamente algo negativo —apuntó Arturo—. Siempre se puede sacar provecho de ellas. Hay un relato gráfico que ayuda a entender esto: en una carpintería, hubo una asamblea de herramientas, para arreglar sus diferencias. El martillo ejerció la presidencia, pero la asamblea le pidió renunciar, porque hacía demasiado ruido y se pasaba todo el tiempo golpeando a los demás. Renunció, pero pidió que también lo hiciera el tornillo, pues había que darle muchas vueltas para que sirviera de algo. El tornillo aceptó, pero, a su vez, pidió la expulsión de la lija, pues era muy áspera en su trato, y siempre tenía fricciones con los demás. Ella aceptó, a condición de que fuera expulsado también el metro, que siempre estaba midiendo a los demás según su medida, como si fuera el único perfecto...

»En esas, entró el carpintero y se puso a trabajar. Hizo uso de muchas de las herramientas y, finalmente, la tosca madera inicial se convirtió en un espléndido ajedrez.

»Cuando se fue el carpintero, se reanudó la *asamblea*. Tomo la palabra el serrucho y dijo:

—Señores, ha quedado demostrado que tenemos defectos, pero el carpintero trabaja con nuestras cualidades, y eso es lo que nos hace

valiosos.

»Encontraron, entonces, que el martillo era fuerte, el tornillo unía y daba fuerza, la lija servía para afinar y limar asperezas, y el metro era preciso y aportaba exactitud. Descubrieron que eran un equipo capaz de producir y hacer cosas de calidad, y se sintieron orgullosos.

—Muy interesante —dije; y Luisa, sonriendo, asintió con la cabeza.

Estábamos a punto de abordar el octavo de los puntos del *decálogo*, cuando llegó corriendo Sofía, la niña mayor de nuestros anfitriones:

—¡Papi, ¿qué vamos a jugar hoy?! —dijo, sin el menor reparo por interrumpir nuestra conversación.

—Sofi —le corrigió su madre—: cuando uno va a interrumpir una conversación de los mayores, debe pedir permiso.

—Permiso —dijo la niña, más por llevar la idea a su madre, que por entender el detalle de educación—. ¿Papi, qué vamos a jugar hoy?

—Hoy... vamos a jugar... *jenga* —contestó su padre.

—¡Síiiii... *Jenga!* ¡Vamos a jugar *jenga!* —gritó entusiasmada, mientras corría, escaleras arriba, a comunicarlo a los demás.

Arturo se vio en la obligación de explicarnos:

—Nuestra cita de los sábados. ¿Recuerdan? —dijo, dirigiéndose a Luisa y a mí—: los juegos de mesa. Nosotros podríamos olvidarnos, pero los niños no.

En ese momento, aparecieron todos los niños, llenos de entusiasmo, comandados por Sofía. La niña traía en sus manos el juego, con la idea de que el comienzo era inminente.

—Pero, ¿qué haces? —la interpeló su madre—. Mira que tenemos visita.

—¿Ya se van? —preguntó la niña.

Nos hizo mucha gracia la intervención tan sencilla de la niña. Reímos, y su madre anotó:

—¡Miren a esta niña! ¡Ya los está despidiendo!

—No solo no se van, sino que van a jugar con nosotros. ¿No es así? —dijo Arturo, guiñándome el ojo.

—¡Por supuesto! Muéstrame el juego —dije, dirigiéndome a la niña.

Ella esparció en la mesa el juego —un montón de fichas rectangulares de madera— y comenzó a ordenarlas. Lo hacía con un poco de dificultad, de tal manera que su padre tuvo que ayudarla, hasta conseguir una torre compacta y derecha. Entonces, me dijo:

—Saca una.

Yo no entendí lo que ella intentaba decirme. No conocía el juego. Arturo me explicó:

—Debes sacar una de las fichas, del lugar que quieras, con una sola mano, intentando que la torre no se desestabilice y se venga abajo. Luego,

la colocas en la parte superior, manteniendo la estructura de la torre; aumentando, poco a poco, su altura. Pierde el jugador que haga caer la torre.

—Bueno, pero ¿qué apostamos? —dijo Arturo a los niños.

Ellos, pienso que, acostumbrados a las apuestas amañadas de su padre, gritaron casi en coro:

—¡Helado!

—¡Muy bien: helado!: si alguno de los grandes pierde, hay helado para todos los niños.

—¡Bieeeeeen! ¡Helado, helado, helado! —gritaban ellos.

Ya se veía que se tenían mucha confianza. Era costumbre, como lo pudimos comprobar luego, que los mayores ayudaban a los niños para evitar que se equivocaran; en cambio, a ellos —a los mayores—, lógicamente nadie les ayudaba. A ello se sumaba que los niños, con sus pequeños deditos, resultaban menos torpes que nosotros, los mayores, para sacar las fichas seleccionadas, sin mover las otras.

A pesar de la sencillez del juego, el ambiente era de una cierta tensión, pero, al mismo tiempo, de continuas voces de júbilo, complicidades, alianzas, aplausos: ¡muy divertido!

A todos nos llamó mucho la atención ver cómo también Sebastián, nuestro pequeño hijo, se había involucrado en el juego, siempre con la ayuda y asesoría de los niños de la casa.

Al final, como era de esperarse, perdimos los mayores: Luisa tumbó la torre. La gritería —de todos, no solo de los niños— se debió de escuchar en todo el vecindario. Y, a continuación, el coro de los pequeños:

—¡Helado, helado, helado!

Yo me ofrecí a ir a comprarlos. Arturo me acompañó. Los niños se quedaron organizando de nuevo la torre, para recomenzar el juego con Luisa y Patricia.

—Ahora entiendo —le dije a Arturo, ya en la calle— por qué tu *cita de los sábados* es infaltable. ¡Qué rato tan agradable! ¡Qué gusto da ver a los niños disfrutando del juego! ¡Y con qué gusto uno se hace un niño más para disfrutar con ellos!

—Así es —ratificó él—. Para mí, para nosotros —porque Patricia piensa lo mismo—, aquello no es como quien cumple fríamente un deber: es parte, y parte importante y esperada de nuestro descanso de fin de semana. A veces, esa distracción nos lleva horas, y se nos hace de noche, pero sin cansancio. Hemos ido descubriendo una amplia gama de juegos; muchos de ellos son didácticos, otros sirven para desarrollar habilidades físicas, y otros son simplemente juegos de mesa tradicionales. Pasan semanas en que ni nos acordamos de que hay un televisor. Y cada vez comprobamos que la vida

misma es más rica que todo aquello que presenta la televisión. Obviamente también la vemos, pero, en todo caso, procuramos que sea en familia, porque hay que sacarle partido a cada uno de esos programas o películas: enseñarles a los niños a juzgar situaciones, a tener criterio e, incluso, a saber por qué no vemos ciertos programas.

—Oye, Arturo —lo interrumpí, cambiando bruscamente de tema—, ¿qué haces para no llevar a casa tus problemas, para no conservar el agobio de la jornada, para que la familia no pague las consecuencias de tus cansancios? A mí me pasa muchas veces que, cuando estoy en casa, estoy pensando en cosas de mi trabajo o dedicando ese tiempo a la solución de asuntos laborales, o afectado por ellos, de tal manera que casi no tengo cabeza para vivir, como debiera, esos ratos de familia.

—Eso a veces pasa y es inevitable —dijo él, condescendiente—. Pero a mí me ha servido mucho, para evitar que aquello sea frecuente, mi “árbol de los problemas”.

—Y... ¿qué árbol es ese? —pregunté, extrañado.

—El que está a la entrada de mi casa —respondió—. Cuando llego, lo toco, dejando ahí mis problemas; y, por la mañana, al salir para el trabajo, lo toco de nuevo, para recogerlos. Aunque te dé risa, ¡ni te imaginas cómo me ha funcionado ese ejercicio!

—¿Y para tenerle paciencia a Luisa cuando, al llegar, la encuentro quisquillosa?

—No se trata simplemente de tenerle paciencia —me corrigió—, sino de valorar todo lo que hace y, entonces, agradecerle y comprenderla. Una vez, un profesor de una universidad norteamericana contó sus experiencias cuando tuvo que hacer de *amo de casa* durante algunos días en que su mujer estuvo ausente. Aquello le sirvió para valorar, de verdad, a su esposa: captó que era digna de admiración. Descubrió que esa tarea —la de un ama de casa— comenzaba a primera hora y no finalizaba hasta que cada hijo estaba acostado. Sobre todo, cayó en cuenta de algo que, hasta entonces, no había considerado:

—Cuando hice esas labores —contaba aquel profesor—, nadie me dio las gracias por haber limpiado la cocina; no me aplaudió ningún auditorio rebosante, cuando los niños salieron contentos hacia el colegio; los colegas no me alabaron por haber alistado bien y a tiempo la ropa...

—Es verdad... Es verdad —no pude menos que reconocer—. Y parece que no paran nunca. Un día cualquiera —y es algo que se ha repetido muchas veces—, estábamos viendo la televisión juntos. De pronto, Luisa se levantó, y dijo:

—Tengo sueño, estoy cansada. Me voy a dormir.

Fue a la cocina a preparar el biberón para cuando el niño se despertara; lavó los platos, sacó del congelador la carne y la sazonó para el almuerzo del día siguiente; chequeó que hubiera cereal, llenó la azucarera, puso los cubiertos en la mesa y preparó la cafetera para el otro día; guardó unos juguetes que estaban en la sala, puso la agenda telefónica en su sitio y colgó una toallas para que se secaran. Bostezó, se desperezó y se dirigió al cuarto. De paso por el estudio, puso dinero en un sobre para un examen médico, y recogió un cuaderno que estaba debajo de la silla.

— Pensé que te habías ido a dormir —le dije, desde la sala.

—Voy a eso —contestó ella.

Confirmó que las puertas estuvieran bien cerradas; entró un momento a la habitación del niño y apagó la luz. Por fin entró en la habitación; colgó una camisa y echó unas medias en la cesta de la ropa sucia; programó el despertador, y preparó la ropa y los zapatos para el día siguiente. Después, se lavó la cara, se puso crema, se lavó los dientes y se arregló una uña partida.

En ese momento, apagué la televisión y dije:

—Me voy a acostar.

Y así lo hice, sin ningún problema.

—¿Te das cuenta? —confirmó Arturo—.¿Cuántas amas de casa has conocido como protagonistas de un acto heroico, extraordinario? ¿Cuántas que, por eso, hayan sido noticia? Muy pocas. Y, sin embargo, son verdaderamente heroicas: viven negándose su tiempo a toda hora, recortando con alegría sus propios gustos y aficiones, para alfombrar de felicidad los días de su familia. Y hacen tanto, que solo se necesita que se metan a la ducha para comprobar lo indispensables que son para todos. ¿No te parece que eso hay que reconocerlo? Muchas veces, nosotros no valoramos todo eso y simplemente decimos que están quisquillosas, “sin saber por qué”.

»Las mujeres suelen ser muy exaltadas y homenajeadas en poesías y canciones; se dicen muchas cosas bonitas de ella. Sin embargo, se les escucha poco, se les ayuda poco en la vida cotidiana, y son poco consideradas en esas funciones suyas, como madres y como amas de casa, tan centrales en la sociedad.

»Llegamos a pensar que nuestro cansancio es mayor que el de ellas. Y, entrando en comparaciones, podemos llegar a situaciones hasta graciosas, como la de un hombre que, al llegar a casa, dice a su esposa:

—Estoy cansadísimo. Tuve un día terrible.

—Yo también tuve un día muy duro —contestó ella.

—Pero yo lo dije primero —insistió él.

Yo no salía de mi asombro de ver el repertorio tan amplio de ejemplos que tenía Arturo, y de cómo sabía echar mano oportunamente de ellos para ilustrar lo que iba explicando. En buena parte era un don de su personalidad; pero, también, era fruto de su cultura y de su formación integral. ¡Qué afortunado fui de contar con un amigo así!

EXPERIENCIA Y APRENDIZAJE

La compra de los helados no fue una gestión rápida, ni mucho menos. Arturo y yo hicimos el trayecto de ida y vuelta pausadamente y con parones: sin ninguna prisa. Un poco más y se nos habrían derretido los helados por el camino, a pesar de que la distancia entre la casa y la tienda no era de más de cien metros. ¡Cuánto bien me hacía hablar con este amigo!

Cuando, por fin, llegamos a la casa, me fijé con más detenimiento en el “árbol de los problemas”: no tenía nada de particular, ni se trataba de una especie rara y con propiedades especiales; era un ficus de tamaño mediano: más bien un arbusto, de esos que cualquiera puede tener a la entrada de su casa.

—De manera que este es tu “árbol de los problemas” —le dije a Arturo, sonriendo.

—Sí. Este es mi gran amigo. ¡No te imaginas cuánto me ha ayudado! —dijo muy convencido.

Al entrar, me encontré con una sorpresa: los niños se me abalanzaron y me abrazaron, en medio de expresiones de alegría:

—¡Felicitaciones, felicitaciones!

Yo no comprendía lo que pasaba, hasta que intervino Patricia, que también venía a felicitarme:

—Ya nos enteramos de la buena noticia: que viene otro niño en camino. ¡Muchas felicitaciones!

—¡Ah, ya Luisa les contó! ¡Se me adelantó! —protesté.

—Y ¿por qué no me habías contado? —me reclamó Arturo, dándome un abrazo—. ¡Hombre, felicidades! ¡Y a ti, Luisa! Admiro y respeto mucho a la mujer-madre. Los hombres —escritores, pintores, arquitectos...— nos sentimos orgullosos de nuestras obras; pero ¡¿qué es eso al lado de una madre que trae un niño al mundo?!

—¡Que sea niño! ¡Que sea niña! —gritaban los pequeños, cada uno según su gusto y expectativa.

—¿Lo traerás a jugar con nosotros? —preguntó Sofía.

—¡Por supuesto, Sofi! —le contesté, acariciándola.

—¡Bueno, bueno!: ¿quieren o no quieren helado? Ya deben de estar derretidos —dijo Arturo, captando inmediatamente la atención de los niños

—. Tome cada uno el suyo y suban a comerlo, que nosotros tenemos que conversar unas cosas de mayores. Encárgate, Sofi.

Sofía tomó la bolsa con los helados y los repartió. Según me contaron, siempre era ella quien se hacía cargo de distribuir lo que fuera, asumiendo su rol de hermana mayor. Todos estaban de acuerdo, porque nunca lo hacía con ventaja para ella. Más aún, muchas veces renunciaba a privilegios y hasta a derechos, si con ello hacía la vida agradable a sus hermanos menores. En una ocasión, su madre le dio una bolsa de un delicioso refresco para que la compartiera con su hermano menor, y pudo observar lo que su hijo hizo su hija:

—Siéntate —dijo a su hermanito—. Primero beberé yo, y después tú.

Llevó la bolsa a la boca e hizo ademán de beber, pero apenas probó la bebida. Después, alargó la bolsa a su hermano:

—Ahora, te toca a ti. ¡Solo un poco!

Y el hermanito dio un buen sorbo... ¡Qué sorbo!

—Ahora, me toca otra vez a mí —dijo ella, repitiendo la simulación del principio, pues no bebió nada.

—Ahora, te toca a ti.

—Ahora, me toca a mí.

—Ahora, a ti.

Y con tres, cuatro, cinco, seis sorbos, el pequeño terminó el refresco que tanto le gustaba.

Actitudes como esa eran frecuentes en Sofía.

Hecha la repartición de los helados, los niños subieron a la segunda planta y, de nuevo, nos quedamos solos. Aunque ya iba cayendo la tarde, me alegró notar que nuestros anfitriones no mostraban la más mínima sensación de prisa por dar por terminada nuestra tertulia. Me alegró, porque aún no habíamos terminado el asunto que a Luisa y a mí tanto nos interesaba.

—¡Qué fácil es dar gusto a los niños! —dije, mientras yo disfrutaba también, como todos, de mi helado.

—Y no solo a los niños —dijo Luisa—: tú no disfrutas menos que ellos. Claro que con razón, porque están deliciosos.

—¿Saben una diversión muy sencilla y barata con la que los niños se lo pasan en grande? —intervino Patricia—: la del tesoro escondido. *El Gordo* trae una bolsa de caramelos de chocolate y, sin que ellos se den cuenta, los esconde, uno a uno, por toda la casa. De pronto, les anuncia:

—¡Niños, hay tesoro escondido!

—¡No se imaginan —continuó Patricia— cómo vibran durante la búsqueda! Ellos saben que, si quieren comer caramelos, tienen que encontrarlos.

—¡Pero, qué crueldad! —dijo Luisa.

—No, no. Ninguna crueldad —rectificó Patricia—. Ellos gozan de lo lindo. Por supuesto que a los más pequeños les ayudamos un poco, para que les toque una buena parte del botín.

—Bueno, bueno —interrumpí—. Todo esto es muy interesante, pero me preocupa que, si no retomamos ya, no terminaremos nuestro *decálogo*. ¿Por dónde íbamos?

—Vamos para el octavo —respondió Luisa.

—“El niño más pequeño que tienes en tu casa es tu esposo” —dijo Patricia, dirigiéndose a Luisa.

—“Y la niña más pequeña que tienes en tu casa es tu esposa” —dijo Arturo, dirigiéndose a mí—. Este y el primero los aprendimos de San Josemaría Escrivá. Alguna vez tuvimos oportunidad de asistir a la proyección de una tertulia filmada, en la que aparece él dialogando con un grupo grande de familias. Y trató estos temas en esa tertulia.

»Suele suceder que, cuando comienzan a llegar los hijos, los cónyuges van siendo desplazados, porque, ya padres, pensamos que los niños son quienes, entonces, necesitan más atención. Además, porque, por su ternura e indefensión, nos roban todo el cariño. Pues bien, ¡eso es un gran error! ¿Quién ha dicho que no podemos querer y cuidar mucho a los niños, sin que, por eso nos desbordemos en cariño con la esposa, o ella con él?

»A veces nos pasa que, al llegar a casa, a duras penas saludamos a la esposa —como quien cumple una obligación—, e inmediatamente preguntamos “¿cómo está el niño?”, “¿dónde está el niño?”. Y a él nos dirigimos para mimarlo, jugar y entregarle un caramelo, un juguete... ¿Y qué pasa con ella —con la esposa—? ¿No estará queriendo recibir también un mimo? ¿O que nos demos cuenta de que está cansada?

Alcancé a notar, de reojo, cómo Patricia y Luisa se miraban complacidas. Mi esposa apretaba los puños y los labios, como queriendo animar a Arturo a seguir por ahí. Ya se ve que, a su juicio, yo estaba necesitando esa especie de reprimenda.

»Cuando no se cuida ese orden en la atención y en el cariño —siguió diciendo mi amigo, sin percatarse de aquello de lo que yo sí fui testigo—, vienen los problemas de celos, de vacío afectivo: ella termina por sentirse desplazada por los hijos y, aunque no lo diga, se va llenando de resentimientos y de descontento. En cambio, cuando se cuida ese orden, no solo el cónyuge sino los hijos salen beneficiados. Se podría decir que lo más grande que un hombre puede hacer por sus hijos es amar a la madre de sus hijos.

En ese momento, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, Arturo y yo volteamos a mirar con ternura a nuestras correspondientes esposas. Ellas

nos correspondieron con una sonrisa llena de satisfacción.

»Sí, César —insistió Arturo, mirándome—. Pasará el tiempo, los hijos irán partiendo a formar otros hogares y, ¿qué te queda?: tu esposa.

»En una ocasión, le preguntaron a un abogado muy prestigioso qué era lo que más había influido en su brillante carrera, y respondió:

—Mi mujer. Ella no es abogada, no sabría asesorarme en cosas de mi trabajo, pero me llena la vida con su presencia. Se anticipa a mis deseos, intuye mi humor, escucha mis desahogos, encuentra siempre la palabra justa. Por la noche, cuando estoy consultando mis papeles, se sienta a mi lado, en silencio, y hace labores de punto. El rumor de las agujas que se cruzan es mi mejor calmante. Aleja la tensión y me da un sentido de seguridad infinita. Sin ella, sería un pobre hombre. Con ella, me parece poder triunfar en cualquier empresa.

—Claro que lo que ha dicho *el Gordo* se aplica en las dos direcciones —intervino Patricia, dirigiendo la mirada hacia mi esposa—: también ella debe estar pendiente de su esposo, cuidando de nunca dar a entender que sus esfuerzos y su amor son “por sus hijos”; y que, en posibles situaciones de crisis matrimoniales, se esforzaría, perseveraría, se mantendría, “pensando en sus hijos”. Si bien es cierto que ellos demandan atenciones y cuidados de parte de los padres, hay que tener claro que la prioridad es la pareja. Si los cónyuges están bien, los hijos también lo estarán: la armonía entre los esposos genera un ambiente estable y feliz también para ellos.

En ese momento, Arturo se levantó de su silla. Estaba incómodo porque tenía las manos pringosas, después de terminar con su helado.

—Perdónenme un momento. Voy a lavarme las manos, que estoy hecho un asco —dijo.

Patricia aprovechó para dar el siguiente paso en el *decálogo* —el noveno—: “Si Dios es protagonista, la permanencia y el acierto están garantizados”. Y comenzó a explicar:

—Un pequeño niño estaba comenzando a recibir clases de piano. Su madre, queriendo animarlo en los progresos que estaba haciendo, lo llevó a un concierto de un gran maestro. Una vez acomodados en la sala, ella vio entre el público a una amiga, se levantó y fue a saludarla. El niño, viendo una buena oportunidad para explorar la sala, también se levantó y fue curioseando hasta que entró por una puerta que decía “prohibida la entrada”. Cuando las luces se empezaron a apagar, indicando que el concierto iba a comenzar, la madre regresó a su lugar y descubrió que su hijo no estaba. De pronto las cortinas se abrieron y un foco alumbró un precioso piano de cola en el escenario.

»Con horror, la madre vio a su hijo sentado al piano, tocando inocentemente una conocida tonada infantil. En ese momento, el gran

maestro entró, se acercó y susurró al niño al oído: “no pares... sigue tocando”. Se sentó junto al él y empezó a tocar con su mano izquierda, acompañando con las notas bajas la canción del niño. Después, rodeó al niño con su brazo derecho y alcanzó la otra parte del piano, añadiendo a la melodía notas que le agregaron un encanto que solo un maestro podría darle. Juntos, el maestro y el niño, transformaron una difícil situación en una preciosa experiencia. Como era de suponer, los asistentes al concierto estaban extasiados.

»Así son las cosas cuando confiamos en Dios —concluyó Patricia, ayudándonos a extraer la enseñanza que, por otra parte, era evidente—. Él nos rodea con sus brazos y nos dice “no pares... sigue tocando”. Nosotros llegamos a poco, pero, si lo dejamos intervenir, Él hace casi todo antes, más y mejor.

Hubo, en ese momento, un silencio casi obligado: un silencio de reflexión.

—El matrimonio —continuó— es, al menos para los creyentes, una realidad no solo natural sino también sobrenatural: un sacramento; ya no son dos —él y ella—, sino tres, porque ahí está Dios. Y, cuando dejamos o facilitamos que Él esté presente, jugamos con mucha ventaja y, por tanto, es mucho más fácil vencer las dificultades diarias y sacar adelante el matrimonio, con todo lo que ello supone, al estilo de Dios. El mismo hecho de tener siempre en cuenta que el compromiso no es solo con el cónyuge y con los hijos, sino también con Dios, nos impulsa a un mayor empeño por no defraudarlo.

»Hay una canción francesa que dice:

Si partes para la guerra, reza una oración;
si vas por la mar incierta, reza dos oraciones;
pero, cuando celebres tus bodas,
reza lo más que puedas.

—¿No es verdad que los que nos casamos —continuó Patricia— necesitamos una abundante asistencia divina? Entonces, tenemos que solicitarla y permitir que nos llegue: tenemos que darle protagonismo a Dios en nuestra familia, en nuestras decisiones, en nuestra relación, en la educación de los hijos... Es muy triste cuando uno ve personas que tienen a Dios como un mayordomo: únicamente acuden a Él para que les atienda sus necesidades, pero no le permiten que se meta en sus vidas. En nuestra familia, la vida espiritual está incorporada a todos los demás asuntos. Acudimos a Dios siempre, no solo cuando hay un grave problema. Y, al menos nosotros lo notamos, los resultados son palpables.

No pude evitar evocar el ambiente de fe en el que crecí. También, aunque un poco diferente, la fe en la familia de mi esposa. Aquello es un legado que nunca agradeceremos suficientemente.

Entre los recursos que se inventó mi padre, para que no perdiéramos de vista nuestra relación con Dios, fue una cartela que colocaba en nuestros sitios de estudio; se trataba de un texto de la Escritura —del libro de la Sabiduría—, que, a fuerza de leerlo casi a diario, yo llegué a aprenderlo casi de memoria: “Vanos son por naturaleza todos los hombres que carecen del conocimiento de Dios, y por los bienes que disfrutan no alcanzan a conocer al que es fuente de ellos... Si se admiraron del poder y de la fuerza, debieron deducir de aquí cuánto más poderoso es su creador... Porque si pueden alcanzar tanta ciencia y son capaces de investigar el universo, ¿cómo no conocieron más fácilmente al Señor de él?”.

Desde muy pequeños, nos enseñaron las oraciones básicas del cristiano y, casi siempre, rezaban con nosotros. Llegado el momento, ponían mucho esmero en ayudar a nuestra preparación para recibir los sacramentos; nos enseñaron a dar gracias, a pedir perdón, a invocar la ayuda de Dios, de la Virgen y de nuestro ángel de la guarda. Con frecuencia, rezábamos el Rosario en familia, práctica de piedad que se nos fue haciendo costumbre amable, sin ningún tipo de coacción. Y de la misa de los domingos, solo tengo buenos recuerdos —del antes, del durante y del después—. Mi madre solía prepararnos, diciendo a cada uno:

—Piensa qué palabras de cariño le vas a decir hoy a Jesús; de qué le vas a pedir perdón, de qué le vas a dar gracias, y qué le vas a pedir.

A veces, sobre todo cuando éramos pequeños, llevábamos esos asuntos escritos en un papel. Ella, en determinados momentos de la misa, nos decía, en voz baja: “ahora, pide perdón”; más adelante: “ahora, da gracias”; ahora... Y, después de la misa, venía la celebración.

—Vamos a celebrar que acabamos de estar con Jesús —decía, muy animado, mi padre.

Y nos invitaba, unas veces, a un helado; otras, a unos pasteles; otras, a ir al parque... Siempre, el regreso a casa era de lo más animado, con el recuerdo de haber pasado un rato delicioso en familia.

Todo esto y mucho más evocaba yo mientras nuestros anfitriones nos explicaban el noveno punto del *decálogo*.

—La vida pasa —intervino Arturo, que había regresado a la sala, pero que había estado escuchando a distancia a su esposa—, la fortuna se viene abajo, la salud se destruye, la reputación puede ser atacada. Vamos como el viento. Todo va rápido, todo se precipita. Por eso, hay que poner más la atención en lo permanente. Y no hay nada tan permanente como Dios. De lo

contrario, uno nunca está contento, nunca está tranquilo; siempre está inquieto, siempre atormentado, siempre nervioso.

»En cierta ocasión, un hombre entró en el jardín de una casa, con la intención de robar. Miró a todos lados, por si alguien lo observaba: no vio a nadie y se dispuso a avanzar. De pronto, un muchacho —uno de los hijos de la familia dueña de la casa—, que estaba en lo alto de un árbol, le gritó:

—¡Usted mira en todas direcciones, pero... ¿por qué no mira también hacia arriba?!

—Así es —concluyó Arturo—: si queremos tener el control de la situación, no nos podemos olvidar de mirar hacia arriba, al cielo. El matrimonio y la familia son una empresa sobrenatural: *la materia prima, los procesos y el producto terminado* son personas, o tienen que ver con ellas; y las personas son seres con un fuerte componente espiritual. Entonces, ¿cómo no acudir al que sabe de esas cosas —a Dios—?

»¡Cuánto sirve empezar el día con un rato de oración! Y la misa dominical en familia, y tantas prácticas de piedad que se pueden vivir en familia —la bendición de la mesa, las oraciones al final del día, leer vidas de santos...—; todo con gran naturalidad y haciéndolo compatible con los deberes. Puedes hacer oración o una lectura mientras meces al niño en la cuna; rezar el Rosario cuando vas al parque con tus hijos; y durante todo el día puedes estar en presencia de Dios ofreciéndole tu trabajo y tu cansancio con alegría.

—La verdad es que en eso sí estamos muy de acuerdo —dijo Luisa—. ¡No quiere decir que en lo demás no! —se corrigió, con un sobresalto—. Lo que quiero decir es que eso sí lo cuidamos mucho nosotros: somos una familia de fe. De hecho, yo creo que lo que más nos ha ayudado a superar los momentos difíciles ha sido que nunca nos hemos olvidado de Dios.

—Muy bien. Entonces, no abundemos en este punto —dijo Arturo—. Pasemos al siguiente —¡al último!—, que, en realidad, tiene mucho que ver con el anterior: “Los hijos, antes que hijos de sus padres, son hijos de Dios”. En la práctica, se podría resumir en que la crianza y la formación de los hijos deben obedecer a los planes de Aquel que les dio la vida, antes que a los nuestros. Lo que se nos ha confiado a los padres es el crecimiento de un hijo de Dios. Por tanto, parte principal de nuestra tarea como padres es ocuparnos del alma de nuestros hijos.

»Además, conforme pasa el tiempo y se van haciendo mayores, ellos han de estar en condiciones de responder a los planes que Dios tiene con ellos, por encima de nuestros propios planes. Lo ideal sería que los de Él y los nuestros se identificaran siempre; pero, en ocasiones, no es así. Es entonces cuando debemos recordar esta realidad: que los hijos, antes que hijos de sus padres, son hijos de Dios.

»Una amiga nuestra nos contó que el día del bautismo de uno de sus hijos, el sacerdote dijo que tener hijos era como tener un jardín dado por Dios, y que lo lógico sería que le dijéramos: “ven, Señor, saca de tu jardín la flor que quieras”. A ella le llegó mucho aquella reflexión y, tomando fuerza y tratando de articular bien todas las palabras, las hizo suyas y se las repitió a Dios en su oración. Pasado el tiempo, efectivamente Dios lo tomó para Él y le dio la vocación al sacerdocio.

»Había una santa que decía, refiriéndose a las madres que, a ejemplo de María, la mujer no debe considerar al hijo como propia posesión, pues lo ha recibido de las manos de Dios, y a las manos de Dios ha de restituirlo. E insistía en que la mujer debe aprender de María a renunciar a sus pequeños derechos, para dedicarse totalmente a mirar por el alma del hijo. Es decir, que la maternidad de María es el prototipo de toda maternidad.

»Obviamente, César, esas palabras se aplican, no solo a la madre: también, de modo análogo, al padre. Ambos deben ser los primeros educadores de la fe para sus hijos, mediante la palabra y el ejemplo.

—Entre otras cosas —intervino Patricia—, porque ustedes, los padres, no se pueden desentender de la formación espiritual de los hijos, delegándola en las madres. A veces, son unos frescos y nos dejan solas en esta labor, esgrimiendo la excusa de que nosotras somos “más rezadoras”.

—Bueno, bueno. Si nos vas a dar cantaleta, mejor terminemos —dijo Arturo, con gracia—. Porque, de seguir así, cuando mueras, te pondremos la lápida que tengo pensada para ti... ¿Recuerdas?

—¿Qué lápida? —pregunté, mientras Patricia sonreía, movía la cabeza de un lado a otro y entornaba los ojos.

Arturo la formuló:

Detrás de esta losa fría,
descansa la esposa mía;
y, aunque ella descansa en paz,
hoy descansa mucho más
su esposo, Arturo Mejía.

Una de las ocurrencias graciosas de mi amigo, con las que nos hacía reír y hacía muy cálida la tertulia.

Viendo que nuestro encuentro tocaba a su fin, no quise dejar pasar la pregunta que me venía asaltando desde la primera conversación que tuvimos con Arturo, cuando nos visitó en nuestra casa.

—Antes de terminar —dije, dirigiéndome a nuestros anfitriones—, tengo que hacerles una pregunta: ¿dónde han aprendido todas estas cosas? Porque no es poco lo que nos han enseñado.

—Sí, sí. Yo iba a preguntar lo mismo —intervino mi esposa.

—A mí me pasó, o mejor, creo que a nosotros nos pasó —dijo Arturo, mirando a su esposa— lo que a muchas parejas: pensábamos que ya éramos esposos y padres perfectos, por el simple hecho de habernos casado y haber formado una familia; que ya contábamos con toda la experiencia necesaria para sacar adelante nuestro matrimonio y nuestra familia. Pero, muy pronto, comenzamos a estrellarnos contra el mundo y a comprobar nuestra inexperiencia. La vida misma nos fue demostrando que para estos asuntos uno no nace aprendido. Es verdad que la vida nos va aportando experiencia, pero, también es verdad que el ensayo y error no es siempre el mejor método, y menos aún en tema tan delicado. Tener hijos no lo convierte a uno en padre, del mismo modo que tener un piano no lo vuelve a uno pianista.

»Al poco de habernos casado, comenzamos a tener conflictos entre nosotros. ¿No es así, Paty?

—¡Ufff, que si tuvimos conflictos! —confirmó ella—. ¡Y ni se diga las dificultades que se nos empezaron a presentar con la llegada de Sofía, nuestra primera hija!: eso es largo de contar.

—El caso es —continuó Arturo— que se avecinaba una crisis matrimonial que prometía ser bastante seria. No sabíamos —al menos yo no sabía— a quién acudir. Así que únicamente se me ocurrió buscar en internet algo de qué echar mano. No recuerdo bien qué voces o temas busqué, pero el hecho es que di con algo que se presentaba como “familias que ayudan a otras familias”. Sin mucha confianza, pero como quien se aferra a una tabla de salvamento, hice contacto con ellos.

—Ya me imagino —interrumpí, manifestando un poco de fastidio—: los típicos grupos de matrimonios que se reúnen para dar testimonio, para “sacar los cueros al sol”, para... ¡Esas cosas a mí nunca me han gustado! ¿Qué necesidad de hacer públicos los problemas íntimos de la pareja o de la familia? Como reza el refrán: “la ropa sucia se lava en casa”.

—Lo mismo pensaba yo —continuó Arturo—. Por eso, me resistía a dar el paso, a acudir a ellos: lo hice más por una situación desesperada, que por otra cosa. Y me encontré con algo muy diferente. No exagero si digo que es una de las decisiones que más han influido en mi vida, al menos desde que me casé.

»¿Qué encontré?: Nada de ventilar los asuntos de la pareja ni de la familia; nada de testimonios: nada de esas cosas. Encontré un ambiente muy familiar, muy cordial, en el que se aprendía, mediante el *método del caso*, a enfrentar situaciones —de la pareja, de la familia, de la crianza de los hijos—, sin necesidad de transparentar lo que a uno le estuviese

sucediendo: no se trataba de estudiar nuestros casos, sino otros ya previstos y analizados.

»Descubrí que no bastaba con casarse: que todo esto también se podía aprender. Es difícil de describirlo en pocas palabras y sin experimentarlo, pero que sirve... sirve. ¿O no, *Niña*?

—Sin duda —respondió Patricia—. Cuando *el Gordo* me comentó de su *hallazgo*, yo me resistía: fui solo porque él me lo pidió como un favor, y con la condición de que, si no me parecía bien, no continuaríamos. Finalmente accedí y... aquello fue como un *flechazo*.

—Pues, ya se ve que vamos a tener que hablar con calma de esto, ¿no? —dije, mirando a Luisa—. Pero no será hoy, porque, si no, nos tendrían que dar alojamiento.

Nos dispusimos a partir. Ellos nos invitaron a recorrer la casa, entre otras cosas, porque no habíamos vuelto a saber de los niños: ¡tan entretenidos estábamos! En nuestro recorrido por la casa, a pesar de haber durado pocos minutos, capté varios detalles que me llamaron la atención. En primer lugar, que no había más que un televisor en toda la casa —el de la sala—; luego, pude observar una pequeña estantería, ubicada en el pasillo entre habitaciones, repleta de juguetes y, en sitio aparte, un pequeño nicho con la imagen de la Virgen: aquella que era parada obligatoria para todos, aquella a la que le lanzaban piropos.

Aunque los juguetes eran abundantes y muy variados, se encontraban bastante organizados. Me aclaró Patricia que ninguno de los niños tenía sus juguetes propios: eran todos de todos, se turnaban para usarlos y luego los dejaban en su sitio.

Cuando llegamos a un pequeño estadero, donde los niños estaban jugando, vimos que Sebastián, nuestro hijo, estaba dormido sobre una pequeña colchoneta, bien abrigado: Sofía se había encargado. Los niños de la casa continuaban jugando, pero procurando hacer poco ruido, para evitar despertar a Sebastián.

En fin, nuestra visita concluyó, y partimos con la sensación de necesitar tiempo para asimilar todo aquello: ¡tanta experiencia, tantas luces, un modo tan rico de ver el matrimonio y la familia!

—¡Qué familia más bonita! —dijo con entusiasmo mi esposa—. Quiero que la mía sea así. Si para eso tengo que tomar cursos... ¡lo voy a hacer!

Con el tiempo, fuimos conociendo mejor a Arturo y a Patricia, y muchos detalles del modo como llevaban su familia. En ellos, la teoría y la práctica se fundían con gran naturalidad. En la formación de sus hijos, sabían equilibrar la autoridad con el cariño. Estaban convencidos de la ineficacia del “esquema militar” —así lo llamaban ellos—, es decir, de aquel que consiste en dar y hacer cumplir órdenes, con el único argumento de la

autoridad. El sometimiento de los hijos surte efecto solo momentáneo, porque, más tarde o más temprano terminarán revelándose y reclamando de mala manera su autonomía.

Tanto Patricia como Arturo eran referencia continua para sus hijos, gracias a la fuerza de su ejemplo. Gracias, también, a saber hacerse niños con los niños y grandes con los grandes.

Cuando se casaron, Patricia sabía pocas cosas de la casa. Refiriéndose a la primera comida que ella tuvo que preparar, ya de casada, decía Arturo:

—*A la pobre* —a Patricia— se le quemó hasta el libro de recetas.

Era de entender, ya que hasta entonces había estado ejerciendo un trabajo profesional. Sin embargo, llegado el momento, se dedicó con toda sencillez y con la misma profesionalidad a las tareas del hogar, llegando a ser, con el tiempo, una estupenda ama de casa. Fue aprendiendo, enseñada al comienzo por su madre y, más tarde, acudiendo a recibir algunas clases de cocina.

Fue entonces cuando uno de sus niños llegó a decir, con gran espontaneidad y con la sencillez que caracteriza a los pequeños:

—Ya no hace falta bendecir los alimentos, porque mamá ya aprendió a cocinar.

Cuando Arturo llegaba a casa, después de muchas horas de trabajo, tomaba fuerzas para estar pendiente de todos, con alegría, naturalidad, sin agobios y sin sensación de víctima. Unas veces, ayudaba a sus hijos en alguna tarea escolar; otras, echaba una mano a su esposa en alguna labor doméstica; otras, se ponía a jugar un poco con alguno de los pequeños. No eran pocas las ocasiones en las que debía hacer de todo un poco. Todo ello suponía sacrificio, pero la vida misma de sus hijos, y la integridad que iban alcanzando eran su paga y su motivación.

—Pero no basta con estar con ellos, verlos ir de aquí para allá, saber que están ahí —me confesaba alguna vez mi amigo—. Es necesario mirarlos a los ojos y saber descubrir, en sus brillos y en sus sombras, lo que está pasando en su interior.

La alegría y serenidad que reinaban en aquella casa eran, también, de destacar. No se tomaban demasiado en serio algunas situaciones que para otros habrían sido motivo de intranquilidad. No hacían tragedia, sabían quitarle peso a los problemas, sabían aplicar el sentido del humor en la educación de los hijos. Tenían claro que *hacer el oso* —decir tonterías, hacer teatro—, algunas veces, no rebaja la autoridad materna o paterna; en cambio, tranquiliza y ayuda a enfrentar las situaciones con serenidad.

En una ocasión, Patricia estaba cansada e irritable, lo que la llevó a tratar con cierta dureza a uno de sus hijos. El niño subió las escaleras llorando y se encerró en su habitación. Pasado un rato, Arturo le gritó a su hijo:

—¡Baja, que ya mamá tiró a la basura el manual de karate!

Una noche, Patricia se encontraba con un catarro muy fuerte, y no paraba de toser. Compadecido, Arturo le dijo:

—¿Quieres algo para la garganta?

—Sí, el collar de perlas que vimos en la joyería —respondió ella.

Algún día, Sofía, la niña mayor, se encontraba haciendo una tarea para el colegio. En un determinado momento, se dirigió a su padre para preguntarle:

—Papá, ¿por qué se dice “lengua materna”?

—Debe de ser porque la mamá es la que más habla —le respondió.

Un día, Patricia se molestó por unos comentarios que su esposo estaba haciendo sobre su madre —la de Patricia—, haciendo notar alguno de sus defectos, y le hizo el reclamo. Por toda respuesta, Arturo le dijo:

—No te molestes, que no estoy hablando de tu suegra sino de la mía.

Situaciones de este estilo eran casi el pan de cada día en esa familia. De ahí que resultara tan fácil para ellos zanjar rápidamente discusiones o desacuerdos. Allí era realmente excepcional encontrar caras largas, aire antipático, modales bruscos. Se estaba muy a gusto al lado de ellos. Es que la persona que se adapta tanto a la seriedad como a la broma, y cuya compañía resulta siempre agradable, es lo que los antiguos llamaban “un hombre para todas las horas”.

NO MÁS IMPROVISACIÓN

Luisa y yo nos propusimos repasar con frecuencia el *decálogo del matrimonio perdurable*, y dialogar para revisar si estábamos o no llevando a la práctica cuanto Arturo y Patricia nos habían enseñado. Aquel ejercicio surtía efecto; nos parecía estar haciendo todo bien y, por tanto, no llegamos a juzgar necesarias más ayudas.

Transcurrió el tiempo —quizás demasiado—, hasta que llegó el momento en que vi la necesidad de acudir de nuevo a Arturo. Algo no iba bien: Luisa y yo no encontrábamos momentos para nosotros; además, hablábamos de todo menos de nuestras relaciones conyugales, que se iban convirtiendo en un problema. Por parte de mi esposa, todo eran excusas: “que hoy no es posible”, “que estoy muy cansada”... Yo procuraba no darle muchas vueltas al asunto y tener paciencia, con la idea de que seguramente sería algo pasajero, pero no.

La iba notando cada vez más negativa, pesimista: solo veía lo malo en todo; se fijaba hasta tal punto en los detalles más nimios, que nos agobiaba bastante a todos. ¡No se puede ser perfecto las veinticuatro horas del día! —pensaba yo—. En cambio, cuando salíamos con amigos, se tornaba encantadora: todo eran sonrisas y simpatías. Parecía que solo quería agradar a los demás.

Siempre que nos disponíamos a ir a casa de mis padres, se levantaba de mal humor, y se tardaba en salir, como si lo hiciese a propósito, para molestarme; en cambio, cuando íbamos a un sitio que a ella le interesaba, todo eran prisas para salir a tiempo. Como si eso fuera poco, cuando íbamos a casa de sus padres era clara su actitud distante y enojosa, acompañada de frecuentes indirectas, lo que yo interpretaba como una clara intención de incomodarme.

Mi preocupación iba en aumento. Decidí, entonces, llamar a Arturo; con él me sentía en confianza y podía hablarle abiertamente de todo.

—Arturo, me vas a perdonar —le dije por teléfono—, pero, siempre que te llamo, es porque necesito tu ayuda.

—¡No te preocupes, hombre, que para eso están los amigos! —me contestó, con ese cariño y disponibilidad que siempre lo caracterizaron—. ¿Quieres que nos veamos?

—Sí, pero esta vez tú y yo solos —le aclaré.

Nos citamos para el día siguiente al final de la tarde. Charlaríamos mientras nos tomábamos una cerveza, en un lugar cercano a su oficina. El sitio de encuentro era muy tranquilo, poco concurrido, lo que me facilitó explayarme en el tema que deseaba compartir con él.

—De unos días para acá me ha entrado una gran preocupación, por notar cómo van las cosas con Luisa —le dije—. El asunto de nuestras relaciones conyugales se ha ido complicando cada vez más. Además, dice que no me preocupo mucho por ella. No entiendo ¡Si no hago más que pensar en ella y en los niños! Es verdad que, en ocasiones, se me pasa darle un beso al despedirme por la mañana o, a veces, no le hago una llamada en todo el día. Pero creo que exagera un poco: suelo cuidar estas cosas, pero, basta con que falle un día y ya está: el reclamo no se hace esperar. No valora el resto de los días..., como si ese pequeño olvido significara que no la quiero. El amor se lleva dentro, ¿no?

»¡No se le puede decir nada! Siempre reacciona a la tremenda: cualquier comentario le parece una crítica; y cualquier sugerencia, una imposición. Reconozco que me está costando mucho entenderla. He llegado al punto de no tener prisa por llegar a casa.

»Imagínate lo que me hizo: uno de estos días llegué a casa bastante descompuesto, por un asunto del trabajo que me había salido mal. La saludé con poco afecto —la verdad sea dicha—. Me sirvió la comida.

—No quiero comer — dije, de mala gana.

Ella, sin mediar palabra, se sentó y se comió todo: ¡dio buena cuenta de *mi* comida!

Arturo se echó a reír. Y, luego agregó:

—¡Esa es una mujer con personalidad!

Aquello me desconcertó y, un poco enojado, le reclamé:

—Pero... ¿se puede saber de parte de quién estás?!

—De parte de nadie, hombre —dijo—. ¿No te das cuenta de que no hay derecho a que hagamos eso a nuestras mujeres? Ellas no tienen por qué *pagar el pato* por nuestros asuntos de trabajo. Ya ponen bastante esmero y cariño en sus labores del hogar, como para que nosotros les paguemos con un desplante.

»Te cuento algo, por si te sirve: En un pequeño pueblo, había una casa abandonada. Cierta día, un perrito logró meterse por un agujero de una de las puertas de la casa. Para su sorpresa, se encontró con que, dentro, había muchísimos perros que lo observaban fijamente, como él a ellos. Comenzó a mover la cola y a levantar sus orejas poco a poco. Los demás perros hicieron lo mismo; sonrió y ladró alegremente y ellos también le sonreían y ladraban alegremente. Cuando, por fin, salió de la casa, se quedó pensando:

“¡Qué lugar tan agradable; tengo que volver!”. Tiempo después, otro perrito callejero entró al mismo lugar, pero, al ver a los otros perros, se sintió amenazado, notó que lo miraban de una manera agresiva. Empezó a gruñir, y ellos le gruñían. Comenzó a ladrarles ferozmente, y ellos hacían lo mismo. Cuando salió, pensó: “¡Qué lugar tan desagradable; nunca más volveré a entrar aquí!”. En el frontal de aquella casa había un viejo letrero que decía: “La casa de los cien espejos”.

Arturo se me quedó mirando. Yo no tuve palabras: bajé la cabeza. Me sentí retratado.

—Sobre las relaciones conyugales, ¿qué te podría decir? —hizo una pausa, como quien quiere decir muchas cosas y no sabe por dónde empezar—. Déjame que te lo explique gráficamente: Pasarse el día ocupado o leyendo el periódico o ensimismado en problemas personales, y al llegar la noche exigir, sin más preámbulos, el derecho al amor de la mujer, es, diría yo, un abuso, una falta de delicadeza. Tanto el marido como la mujer deben saber derrochar generosidad, habilidad y delicadeza: tienen que querer y saber conquistar y tener el don de la oportunidad, chispa y gracia. Eso es amor, amor del bueno.

»Pero..., César, mira: Yo no tengo ningún problema en responder a tus llamadas e intentar ayudarte en cada asunto que se te vaya presentando en el matrimonio. Sin embargo, déjame que te diga que estás cayendo en el error de la mayoría de las parejas, de la mayoría de las familias: te estás convirtiendo en un bombero, en un *apagador de incendios*. Y ese no es el mejor sistema. Esperar a que se presente la situación problemática es un riesgo, porque ¿quién nos asegura que no llegaremos tarde? ¿No te parece que, en vez de apagar incendios, es mejor evitar que se presenten?

»¿Qué estás haciendo —qué están haciendo los dos— para aprender a manejar las situaciones? ¿Cómo están aprendiendo a adelantarse? ¡Y ni te digo lo que podría pasar en lo que toca a la formación de los hijos!: cada edad trae sus problemáticas y, si no vamos preparando el terreno, podrían ser graves, se podrían salir de las manos. Muchas familias están centradas en el aquí y el ahora, en lo transitorio —por no decir en lo superficial— de la vida, sin pasado ni futuro. Una visión así de la familia y de las cosas no permite que se estructuren verdaderos proyectos de vida.

»Quizás recordarás que les comenté, a ti y a Luisa, sobre aquellas “familias que ayudan a otras familias”. No tiene por qué ser esa iniciativa, ese medio; puede ser cualquier otro: el que les guste, el que les venga bien. Pero, si para los temas profesionales siempre nos estamos preparando, para no quedarnos rezagados, ¿qué hacemos para temas tan delicados como son el matrimonio y la familia? El tiempo —y quizás el dinero— que se dedique a estas cosas no es perdido, no es un gasto: es una inversión.

—Tienes razón —no pude más que reconocer—. Claro está que algo sí hemos hecho: hemos procurado llevar a la práctica todo, o casi todo, lo que tú y Patricia nos enseñaron.

—¡Pero eso no es suficiente! —me interrumpió—. Ya vas comprobando que se van presentando otras situaciones que no pueden ser abarcadas en un par de conversaciones. Y, si uno no ha formado bien el criterio para preverlos y manejarlos adecuadamente, termina *ahogándose en un vaso de agua*.

»Te voy a sugerir tres cosas, para que hagas al menos una de ellas: la primera, que tomen parte —tú y Luisa— de alguna iniciativa del estilo de la que les comenté —“familias que ayudan a otras familias”—; la segunda, que vean unos videos que tengo y te voy a prestar, cuyo título lo dice todo: *Sí, quiero. Claves para un matrimonio feliz*; y la tercera, que participen en un congreso internacional de familia, que se va a realizar dentro de un par meses, sobre el tema “estilos de vida de los jóvenes”.

—Las dos primeras están muy bien, pero la tercera... ¡mis hijos son de cuatro y dos años! —refuté—. ¿No te parece que esa temática está un poco lejos de mi situación actual?

—Precisamente por eso —respondió—: es mejor que estén preparados con suficiente antelación a cuando se pudieran presentar esos problemas con los hijos. Es lo que te acabo de decir: no hay que esperar a que se produzca el incendio, sino que es mejor adelantarse para evitar que se presente.

»Le escuché contar, alguna vez, a un conferencista sobre temas de familia —Germán Gómez—, que, en cierta ocasión, tratando sobre la formación de los hijos, insistió en el acompañamiento que los padres deben hacer en todas las etapas del crecimiento de sus hijos, dedicándoles tiempo, estando cerca, asesorando... Al final de las conferencias, uno de los asistentes esperó a que todos los demás se fueran y, entonces, se le acercó y, con lágrimas en los ojos, le dijo:

—Usted ha llegado tarde. ¡¿Por qué no vino antes?! Mi hijo ya se me salió de las manos. ¡Y no sé qué hacer!

Los argumentos de Arturo me parecieron contundentes y, hasta me asustaron, así que concedí:

—Así las cosas, por lo que a mí respecta, tomo las tres propuestas. Tendré que hablar con Luisa. Lo que está más a la mano son los videos. ¿Qué propones?

—Si tienes algo de tiempo, vamos a mi casa y te los doy de una vez —propuso.

Teniendo en cuenta que yo no tenía mucha prisa, que era viernes, y que su casa no estaba muy lejos, decidí irme con él. Ese día, no llevaba mi auto,

así que nos fuimos juntos en el suyo. Aproveché para preguntarle:

—Aparte de aquel programa o curso que me comentaste, yo no conozco otro. ¿Por qué no me cuentas un poco más de aquello? Pienso que sería una buena idea participar, ya que tú lo conoces y lo recomiendas.

—Se trata de unos encuentros de orientación familiar —comenzó a explicarme—, dirigidos a matrimonios de todas las edades. El ambiente es muy ameno: un clima de amistad. Se estudian casos, se profundiza en temas relacionados con la vida de familia y la educación de los hijos; se comparten experiencias con otras familias que tienen inquietudes similares. Los grupos son reducidos, el método es participativo. Para fijar criterios y extraer conclusiones, después de cada caso estudiado, se hacen unas sesiones generales, moderadas por un experto en el tema.

»Los cursos son variados, según las circunstancias del matrimonio y las edades de los hijos: “amor matrimonial”, “primeros pasos”, “primeras letras”,... En fin, para todos los gustos y necesidades. Vayan un día y conozcan; si no les gusta, buscan otra cosa. Lo que sí está claro, y te lo digo por experiencia, es que algo de ese estilo es muy conveniente.

Al llegar a la casa de Arturo, me encontré con algo inesperado: la sala estaba hecha *un mercado persa*, y los niños y Patricia revoloteaban entusiasmados. Al ver mi cara de desconcierto, César me dijo, riendo:

—Me olvidé de contarte: hoy estamos de *camping*. De *camping*... en la sala.

Patricia, que estaba hecha una niña más con sus hijos, se detuvo un momento y se acercó para saludarme. Luego dijo a sus hijos:

—¡Niños, tenemos visita! Saluden.

—¡Hola! —dijo cada niño, casi sin mirarme: ¡tan embebidos estaban en su actividad!

Habían movido todos los muebles de la sala, para abrir espacio, y ya tenían todo listo para extender y armar una tienda de campaña tipo iglú. Cada niño tenía un pequeño encargo: ya se habían distribuido funciones. César me contó que no era la primera vez que lo hacían. Y que era uno de los planes familiares que más entusiasmaban a los pequeños y, por tanto, también a sus padres. Esa noche dormirían los tres niños en su *camping*, con sus *sleeping bags*. Estarían muy tranquilos, pues sus padres “harían guardia”, para “evitar que se acercara algún intruso”.

Antes de dormirse, Arturo les contaría alguna de sus aventuras de joven, de cuando hacía *camping* con sus amigos: encuentros con todo tipo de animales, inundaciones, asaltos... No les importaba a los niños que las historias fueran repetidas, porque él se las ingeniaba para agregar siempre nuevos detalles, que les imprimían la sensación de algo no escuchado.

¡Cuenta la historia del toro!, ¡la de cuando te perdiste en la cueva!, ¡la de la grieta!... —gritaban entusiasmados los niños.

La de la cueva era la que más les emocionaba, porque incluía muchos detalles, que alborotaban la imaginación de los pequeños: las linternas que se agotaron; arrastrarse por entre dos gigantescas rocas; el arroyo subterráneo; la pérdida de las gafas; los murciélagos y los alacranes...

Ante tanto entusiasmo, no quise estorbar, ni retener más conmigo a César, a quien estaban esperando para que echase una mano, de modo que tomé los videos por los que venía y me marché.

Al llegar a casa, le conté a mi esposa el rato que había compartido con Arturo, y fui al grano, sin más preámbulos:

—Te cuento que estuve con Arturo Mejía y me propuso tres cosas, a cual más interesantes, para que hagamos tú y yo —si te parece—: ver unos videos que me prestó; participar en los programas de orientación familiar, de los que nos habló en su casa; y participar en un congreso de familia que habrá dentro de poco.

—Y todo eso... ¡¿a qué horas?! —reaccionó asombrada, como quien apenas tiene tiempo para respirar.

—Los videos son de quince minutos cada uno —le aclaré—. No hace falta verlos todos de una vez; el congreso será de dos días: si prevemos las cosas con anticipación, no será tan difícil disponer de ese tiempo; y el curso es un par de horas cada dos o tres semanas. Claro que tampoco hace falta tomar todo, si a ti no te parece. Pero, he estado pensando que si aquel par de conversaciones que tuvimos con Arturo y Patricia nos hicieron tanto bien, cuánto más si le damos continuidad a esa capacitación para saber manejar temas de familia y de formación de los hijos... ¿No te parece?

—Mmmm, no sé —respondió entre dientes.

Ante su actitud un poco escéptica, no la dejé seguir: me lancé inmediatamente a proponerle, al tiempo que le pasaba los videos que traía:

—Mira: escoge uno de los videos y lo vemos esta noche, después de acostar a los niños.

Ella miró el estuche, repasó los temas y, sin mucho interés aparente, dijo: —Este parece interesante: “¿Qué tal nos entendemos?”.

Me alegró mucho que no hubiera rechazado mi propuesta, y que hubiera escogido ese tema: era justo el que yo también había pensado ver. Afortunadamente los niños estaban cansados y se durmieron pronto. Yo, sin embargo, para no forzar la situación, le dije:

—Oye, no tiene que ser hoy que veamos el video. Si estás muy cansada y prefieres...

—No, no —me interrumpió—. Cansada sí estoy, pero quince minutos sí resisto. Veámoslo.

Nos quedamos en la sala, ante el único televisor de la casa. Tuvimos cuidado de aplicar una de las tantas lecciones que aprendimos con Arturo: no más que un televisor para toda la familia. Con el tiempo vinimos a comprobar que esa era una medida muy sana. Llegamos a comprender que la mejor compañía que tienen los niños es la de sus padres; que la televisión no es mala, pero es la última alternativa frente a la multitud de actividades que podríamos hacer en familia.

Puse a rodar el video. Comenzaba explicando cómo dos naves espaciales se dan cita en el espacio: a pesar de ser muy distintas, deben acoplarse con precisión y suavemente; ajustan sus movimientos y deben unir sus destinos. Es una operación muy delicada: un roce o un choque violento pueden ocasionar una catástrofe.

Algo parecido sucede en el matrimonio: el acoplamiento es menos espectacular y técnicamente más sencillo, pero requiere también atención, buena comunicación y delicadeza. Lo primero es reconocer las diferencias entre el hombre y la mujer. Son iguales en su naturaleza —en lo que son, en su dignidad— y, a la vez, son diversos y complementarios: en el cuerpo, en la forma de manifestar los afectos, en la manera de pensar, en la forma de querer. Están hechos “el uno para el otro”. Presentan variedades y matices propios en el modo de ser, de percibir la realidad, de responder a estímulos o situaciones, de valorar, de sentir.

El hombre es mucho más simple, más directo, más sencillo; la mujer es más rebuscada —no por pretenderlo, sino por estar así constituida—. Esto lo decía, en el video, una mujer. De hecho, casi todas las ideas desarrolladas se apoyaban en testimonios de personas expertas en estos temas.

Del hombre suelen ser los grandes planteamientos globales, la energía puesta en acción, el empuje para superar dificultades, la acometividad para dar la cara con valentía. La mujer aporta los matices, la influencia suave y oportuna, el realismo para detectar las consecuencias prácticas, la certera intuición en el golpe de vista. Y esas diferencias —complementarias— constituyen el fundamento sobre el cual se construye el edificio.

Uno de los entrevistados decía, dirigiéndose a las esposas, en primer lugar:

—Si quieres decir algo a tu marido, no esperes que lo adivine, díselo; nosotros lo agradecemos.

Luego, continuó, dirigiéndose a los esposos:

—Y tú, esposo, si hay algo que no entiendes de ella, no te lo guardes, háblalo, y las cosas quedarán claras. Si uno se guarda las cosas que no le gustan, es como una especie de olla a presión: algún día va a explotar. Es preferible ir hablando las cosas de a poco, gradualmente y cuando

corresponda. Hay que tener el don de la oportunidad: saber plantear un problema espinoso en el mejor momento.

»El que no sea capaz de pactar con las diferencias, que no se case, o que se case consigo mismo: que nadie le va a llamar la atención, nadie le va a molestar. Pero eso no es un proyecto de familia ni es un amor conyugal.

Otra persona entrevistada decía:

—Uno tiende a pensar que lo que a uno le gusta, le gusta, o le debe gustar, al otro. El conocimiento de lo que el otro necesita, quiere, le gusta, es muy importante para que haya compenetración en el matrimonio.

También se explicaba en el video que el “misterio del otro” puede ir desvelándose con el afecto y el trato diario, la comunicación cotidiana, que permite ver lo que al otro le hace sufrir y lo que le da alegría. Así, se va trenzando una relación, y esta compenetración hace que el matrimonio se vaya convirtiendo en una amistad entrañable y en un gozo que sobrevive con los años: aunque se pierda la juventud, queda el amor, basado en una amistad que fue creciendo con el tiempo. Aislarse puede degenerar en una especie de divorcio espiritual...

—Puede suceder —explicaba una mujer— que comamos juntos, que salgamos tomados de la mano, pero que haya temas, por dentro, que no hemos tratado. A veces, estamos cerca físicamente pero lejos afectivamente. Esos espacios han de vivirse con dedicación cualitativa: el tiempo que estoy con mi cónyuge debe ser repleto, denso, compacto, sólido, consistente, rico. No basta estar juntos. Hay que hablarlo todo. No debe haber secretos en la pareja: “no quiero que conozca esto o aquello de mí”. También se puede caer en el divorcio espiritual cuando, por ejemplo, no se comparten los parientes: “mi familia es la mía, la tuya es la tuya”...

Se afirmaba también que un mal parecido es la rutina, la indiferencia, la apatía; que es preferible una pareja enojada, a una apática, que se abandona y cree que el amor no puede reactivarse. Un modo de caer en la apatía y en la soledad es abusar de la televisión y del computador. Así lo confirmaba una de las entrevistadas, que decía:

—A veces, es muy divertido ver una película juntos; pero, si esto se hace una costumbre y todos los días estás pegado a la televisión, hay un momento en que piensas que estás viviendo solo, porque no nos hablamos.

—Hay que hablar, pero también hay que saber escuchar —decía un esposo entrevistado—. La mayoría de las veces que me he equivocado, mi mujer ya me lo había dicho. Para no acabar tirándose los trastos a la cabeza, las discusiones han de ser constructivas. Lo primero es no presuponer cosas: me puedo equivocar al suponer. Es mejor preguntar y aclararse. Muchas veces habrá que aflojar, ceder en asuntos que no son muy serios, que son opinables. Es necesario, también, valorar qué es más importante:

¿Importa mucho que el cuadro lo colguemos en esta pared o en la otra? ¿Qué más da si comemos comida italiana, americana, hamburguesas o papas fritas? ¿Qué importa eso en el panorama general, cara al objetivo último que es gozar de la verdadera felicidad? Y, por supuesto, aprender a perdonar y no cansarse de hacerlo. Todos nos hemos equivocado: el otro también tiene derecho a equivocarse.

Terminaba el video —una voz en *off*— diciendo:

—Y, si alguna vez no sabes qué decirle a la persona amada, alégrale la vida obsequiándole con una de estas expresiones: “Me fio de ti”, “te quiero”, “te admiro”, “te doy gracias”, “te pido perdón”, “te pido ayuda”, “me ofrezco a ti”, “cuenta conmigo”.

Apenas terminó el video, Luisa y yo nos quedamos en silencio, como asimilando el contenido. Yo no me atreví a decir nada. Fue ella quien habló:

—¡Muy bueno! Habrá que ver los otros.

Tomó el estuche y volvió a mirar con detenimiento, y con más interés que antes, todos los temas que se trataban en los videos. Luego me preguntó:

—Y ¿cuándo se los tienes que devolver a Arturo?

—No hay afán—contesté—. Él no me puso un plazo. Ya sabes lo descomplicado que es.

—Me alegro: así podremos verlos con calma —respondió, con satisfacción.

Esa noche, me acosté muy contento y muy pensativo. Contento por el interés que se despertó en mi esposa, y pensativo por lo que acabábamos de escuchar.

En cuestión de una semana, ya habíamos visto y repetido los doce videos. El interés, en los dos, iba en aumento y hasta comenzamos a comentarlos y a sacar conclusiones. Se veía que teníamos buena disposición e interés por asimilar y aplicar los contenidos, porque, además, el trato entre nosotros iba mejorando considerablemente.

Para cuando decidí devolvérselos a Arturo, ya Luisa estaba de acuerdo conmigo en que conociéramos los cursos de los que nos habían hablado. Se lo comenté a mi amigo, y le insistí en que nos ayudara a concertar una cita lo más pronto posible, antes de que el interés de mi esposa decayera.

Así lo hizo y fuimos a hablar con un matrimonio coordinador de uno de los grupos. Ellos nos explicaron cómo funcionaba el curso y nos citaron para el inicio de uno de ellos: “amor matrimonial” —¡justo el que necesitábamos!, pensé yo—, que daría comienzo en cuestión de un par de semanas.

El día señalado, nos encontramos, en un salón bien dispuesto para la ocasión, unos veinte matrimonios. Para los niños tenían otro salón, donde

una profesora de pre-escolar se dedicaba a distraerlos con juegos, mientras los papás asistíamos a la reunión. Después de los saludos de rigor, el coordinador del curso nos dijo:

—Vamos a presentarnos.

Aquello me incomodó, de entrada. A mí nunca me han gustado esas presentaciones: me siento un poco intimidado, teniendo que hablar de mí ante personas desconocidas. Ya empezaba a pensar qué decir, cuáles serían mis datos relevantes, cuáles serían las notas características de mi vida o de mi personalidad. De pronto, escuchamos decir:

—No se trata de que cada uno se presente a sí mismo, sino de que presente a su esposa o a su esposo. Y no basta con que diga su nombre. Interesa que diga cómo es, cuáles son sus gustos, qué le alegra, qué le disgusta... En fin, veamos qué tanto nos conocemos.

Entonces, pasé de la incomodidad al desconcierto. Pero, a juzgar por las reacciones de los demás asistentes —hubo murmullo y sonrisas—, el desconcierto no fue únicamente mío. No era lo habitual en este tipo de presentaciones. Afortunadamente mi turno no fue de los primeros: así, tuve tiempo de pensar lo que habría de decir.

Sin excepción, todas las parejas tuvieron *sus más y sus menos*. Hubo gestos de extrañeza, y expresiones del estilo: “¿qué dices?!” , “ese no es mi color preferido”, “no sabía que tuvieras ese concepto de mí”, etcétera. Especialmente divertida fue la presentación de un matrimonio, pues él dijo que a su esposa le gustaban mucho las alas de pollo. Ella reaccionó de inmediato:

—¿Qué dices?! ¡Me las como porque nadie más se las quiere comer!

En la presentación de otro de los matrimonios, el esposo, después de destacar las virtudes de su esposa, comenzó a enumerar sus defectos. Lo hacía sutilmente y con gracia, pero para todos iba quedando claro que eran sus debilidades o imperfecciones: caprichosa con las comidas, demasiado insistente cuando algo le rondaba por la cabeza —*cantaletosa*—, impositiva en todo lo referente a la decoración de la casa, el carácter un poco fuerte... La enumeración parecía continuar, hasta que ella lo interrumpió. Queriéndose justificar, dijo, evocando a Adán y Eva:

—¿Y qué querías por una costilla?!

De otro matrimonio, me llamó la atención que el esposo, al presentar a su esposa, dijo:

—Ella trabaja en una fundación que se dedica a la nutrición en la infancia, a la formación de la juventud, a la promoción de la cultura, a la alimentación, a la higiene, a la enseñanza... ¡A mil cosas!

—Muy interesante —intervino uno de los presentes—. Nunca había oído hablar de una fundación así, tan completa. Me gustaría conocerla. ¿Qué

fundación es esa?

—Seguro que sí has oído hablar de ella —respondió aquel hombre—. Es la familia.

Como si hubiese estado previsto, allí había una representación de todo tipo de familias: jóvenes y no tan jóvenes, reservados y extrovertidos, con muchos hijos, con pocos o con ninguno...

Una familia de nueve hijos, cuyos padres destacaban por su sencillez y actitud descomplicada, que desmitificaba por completo una situación que para la mayoría era, en cambio, ocasión de asombro y admiración. Se vio que no era la primera vez, ni mucho menos, que experimentaban esa reacción en los demás, pues cuando algunos de los presentes manifestamos nuestro asombro por ese número de hijos, la respuesta de él —del papá— fue extraer una pequeña ficha de su bolsillo y leernos estas palabras del papa Francisco:

“Si a una familia numerosa la miran como si fuera un peso, hay algo que está mal. La procreación de los hijos debe ser responsable, pero tener más hijos no puede considerarse automáticamente una elección irresponsable. La vida se rejuvenece y adquiere energías multiplicándose: se enriquece, no se empobrece”.

Dado ese *argumento de autoridad*, ya no hubo más comentarios.

A su lado, estaban unos esposos que no habían podido tener hijos; ellos, por su parte, nos hicieron ver, con gran convicción que la mujer puede cumplir su misión —como mujer, con todas las características femeninas, también las afectivas de la maternidad— en ámbitos diversos de la propia familia: en otras familias, en la escuela, en obras asistenciales, en mil sitios. Difundían alegría, paz, y se les notaba que sabían entregarse noblemente al servicio de los demás. La falta de hijos no les hacía sentirse incompletos ni menos que nadie.

Un público muy variado, pero con un común denominador: el interés por formarse para ser mejores esposos y padres.

Fue un rato muy distendido, que rompió el hielo y nos acercó bastante: fue una tertulia familiar.

Por mi parte, me quedé sorprendido de lo mucho que me conocía mi esposa por lo bien que me describió, aunque en algunas cosas se pasó de buena conmigo: ¡qué condescendiente fue con mis defectos! Lo que yo dije sobre ella estuvo lleno de cariño y reconocimiento, pero fui más breve: ¡Se me pasaron tantas cosas por la cabeza, que no supe decir! ¡Se me escaparon tantos detalles! Pero, en cambio, me gané un beso suyo cuando afirmé:

—No sé qué más decir, pero quiero dejar claro que ella me cambió la vida y que no podría vivir sin ella.

Terminada la sesión de presentación, nos animaron a manifestar cuáles eran nuestras expectativas sobre el curso. Luego, nos explicaron la metodología, nos hicieron entrega del material —los casos que habríamos de estudiar—, y nos distribuimos en grupos de cuatro o cinco matrimonios: serían los que nos seguiríamos encontrando para el estudio grupal de los casos.

Luego, nos reunimos, padres e hijos, para tomar un pequeño refrigerio. También ese rato fue muy agradable, de mucha interacción entre las familias. Empezaban a fraguarse unas amistades, con muchos intereses comunes, que habrían de perdurar con el paso del tiempo.

Con mucho interés, iniciamos el estudio de los casos. La metodología del curso se nos iba revelando cada vez más interesante y enriquecedora. El estudio y la solución de cada caso —el módulo total eran siete— comprendía cuatro etapas: individual, matrimonial, grupal y sesión general.

Comenzábamos estudiando —cada uno por aparte— el caso; después, el estudio en pareja. Ya en esta segunda etapa, que de modo natural incentivaba la comunicación entre los esposos y el intercambio de puntos de vista, nos ayudaba a descubrir diferentes perspectivas para enfrentar una misma situación, como la expuesta en el caso de turno. Facilitaba este diálogo el hecho de tratarse de situaciones vividas por terceros: no había, por tanto, la emotividad de algo personal o de un problema o tema de discusión en el propio matrimonio. Precisamente, por esa imparcialidad y por ver las cosas desde fuera, desapasionadamente, podíamos decir claramente lo que pensábamos.

Ayudaba mucho conocer lo que para el otro era más importante, lo que le afectaría, cómo reaccionaría. Quedaba claro que pensábamos diferente sobre una misma situación, y aprendíamos a conocer mejor al otro. Además, cada caso era bastante verosímil y, por tanto, podría ser nuestro caso. De ahí que suponía un aprendizaje, un entrenamiento, ya fuera para evitar una situación de ese estilo en nuestro matrimonio, ya para saber enfrentarla, dado el caso de que llegara a suceder.

Entre las situaciones planteadas en ese primer módulo —*amor matrimonial*—, estaban descritos unos casos sobre: la dedicación desmedida al trabajo, que lleva a descuidar el amor por el cónyuge y la atención de los hijos; las imprudencias que se pueden cometer con colegas laborales, hasta el punto de poner en juego el corazón; el amor que, por acostumbramiento, se va convirtiendo en un simple compañerismo; cuando los hijos son los únicos lazos que unen a los esposos; los problemas de carácter; los bloqueos en las relaciones conyugales; cómo saber entablar diálogo y esquivar la discusión; los errores en la distribución de roles de los

padres en la atención y formación de los hijos... En fin, la enumeración sería interminable.

Para la tercera etapa —el análisis grupal—, nos reuníamos los cuatro o cinco matrimonios en la casa de alguna de las familias. Nos íbamos turnando los sitios de reunión para el estudio de cada caso. Tomábamos algún refrigerio, sobrio, nada comprometedor para los futuros anfitriones. Allí, volvíamos a retomar el caso, intercambiando opiniones, planteando posibles soluciones. Ese encuentro era también enriquecedor, no solo por los contenidos, por conocer los diversos puntos de vista, sino porque se iba fortaleciendo nuestra amistad. No sé qué habrá pasado en los otros grupos, pero, en el nuestro, todos nos hicimos muy amigos.

La cuarta etapa, la sesión general, se tenía en un auditorio, un sábado en la tarde, con la asistencia de todos los matrimonios de la sesión inaugural, y un moderador: un especialista en la *metodología del caso* y, al mismo tiempo, conocedor del tema que, en su momento, estaba en discusión. El moderador escuchaba las aportaciones de los asistentes y exponía la *ficha técnica* y el *marco conceptual* del caso en estudio.

Terminadas todas las etapas, no había duda: ya sabíamos qué hacer, cómo enfrentar una situación similar en nuestra familia o en otras. Y estábamos listos para enfrentar el estudio del siguiente caso, cada vez con más interés, motivación y experiencia.

TENER PARA DAR

Ya impulsados por la experiencia que íbamos teniendo del curso, mi esposa y yo no dudamos en asistir al congreso internacional de familia, al que Arturo nos había invitado. ¡Y valió la pena! Aquello produjo un impacto muy fuerte en nosotros: nos abrió los ojos sobre todo aquello que rodea el mundo de los jóvenes. Se habló del cine, de tribus urbanas, de videojuegos, de sexualidad, de drogas, de moda, de tecnología...

Ya la primera conferencia, dictada por Alvaro Sierra, un especialista en temas de familia y en formación de la juventud, nos impactó lo suficiente como para no querer perdernos ni un detalle del resto del congreso. En ella, explicó cómo los jóvenes están siendo fuertemente influidos por el consumismo, la cultura de la imagen y una serie de mundos artificiosos, como la droga, la música —estar permanentemente *conectados*—, la erotización, la prisa por vivir —el inmediatez—, y el engolosinamiento de la tecnología.

Además, nos quedó claro que, cuando nadie les ha dado criterios objetivos, sienten que tienen que experimentar para sacar sus propias conclusiones y acumular experiencia de vida. Ello les lleva, por tanto, a vivir una especie de amor por el riesgo.

Las causas de toda esa situación están, principalmente, en los defectos de la familia: que se desentiende de la configuración afectiva de los hijos; que llevan adelante una crianza sin normas, sin pautas claras que rijan la vida; la casi total ausencia de un proyecto educativo familiar, que lleva a delegar todo en la escuela; y unos padres que no son figura de autoridad para sus hijos, y se conforman con ser sus amigos.

En cuanto terminó la conferencia y salimos a tomar un refrigerio, Luisa me tomó del brazo y me dijo con firmeza:

—Eso no nos va a pasar a nosotros. Así no van a ser nuestros hijos. ¡Qué bueno que nos podemos dar cuenta de estas cosas a tiempo!

—Lo mismo pienso yo —le dije—. Pero hay que tomar nota, porque, si no, en dos semanas ya no nos acordaremos de nada y...

—¡Mira todo lo que he escrito! —me interrumpió, mostrándome un buen número de folios escritos, a toda prisa, con letra garabateada.

Claro que yo me había dado cuenta, durante la conferencia, de su afán por escribir, sin perder detalle: yo estaba a su lado. Pero quería que fuera ella misma quien manifestara su interés, pues no me había olvidado del poco entusiasmo que ella había mostrado cuando le hablé, por primera vez, del congreso.

El primer conferencista había sido un colombiano. El turno, después, fue de un español, César Méndiz, que habló de la influencia del cine en los adolescentes; el título era “legitimación de conductas en el cine”. Se centró en los grandes efectos que el cine ejerce en el espectador, especialmente en los adolescentes: lleva a pensar que la realidad es, y debe ser, como se ve en el cine; legitima y hace ver como buenas, conductas que, vistas con serenidad y objetividad, son claramente reprobables —los ejemplos fueron abundantes—; lleva, por su enorme capacidad de sugestión, a comulgar con situaciones incorrectas, aceptándolas emocionalmente; inclina a identificarse con el personaje, sin actitud crítica, justificando todo en él, y sintonizando plenamente con sus emociones. Y así, el cine y los demás medios audiovisuales han llegado a ser un poderoso medio de *educación informal*.

Quedó clara la necesidad de plantear soluciones de este estilo: seleccionar lo que se ve en casa —nos dio a conocer muchas publicaciones y páginas de internet que son buena ayuda en este sentido—; ver el cine y la televisión con sentido crítico, ayudando y enseñando a los hijos a descubrir qué nos dejó esa película o ese programa; difundir películas buenas y positivas; influir en la opinión pública, ayudando así a crear un ambiente sano a través de los *mass media*.

Abundante material nos proporcionaron también las otras conferencias y los paneles —sobre la moda, sobre los videojuegos, sobre la formación de la afectividad, etcétera, etcétera—. Y, en síntesis, nos quedaron claras varias cosas a Luisa y a mí: debíamos ser *proactivos* en la formación de nuestros hijos; debíamos adelantarnos y, siguiendo el consejo de Arturo, no conformarnos con ser *apagadores de incendios*; debíamos formarnos para poder formar; debíamos tener claro un proyecto educativo familiar.

Durante una de las pausas entre conferencia y conferencia, hicimos contacto con una familia —los Zuluaga—, un matrimonio muy comprometido con la formación en estos temas. Marcela, la esposa, una mujer muy entusiasta, nos dio a conocer un documento muy interesante. Se trataba de una hoja impresa, redactada por el departamento de Policía de Houston, con el título: “instrucciones para saber cómo se forja un delincuente”. La policía la entregaba a los padres de aquellos muchachos que por algún motivo habían sido detenidos. Estas eran las instrucciones:

- Comienza, desde la infancia, por dar a tu hijo todo lo que te pide; de esa forma crecerá creyendo que el mundo tiene obligaciones solo con él.
- Cuando pronuncie en tu presencia palabras vulgares, celébralas como chistosas ocurrencias; así, crecerá con la convicción de que gracioso y procurará incrementar la “riqueza” de tal vocabulario.
- No dejes de alabarle en presencia de los amigos y vecinos. Lograrás que llegue al convencimiento de que es mucho más listo y mejor dotado que los demás.
- Nunca emplees con él la frase “eso está mal”. Podrías llegar a crear en el pobre niño un complejo de culpa. Y cuando sea mayor y haga cosas malas, pensará que el mundo está en contra suya, y que es un perseguido o un incomprendido.
- Recoge todo lo que deje abandonado o fuera de lugar; así, cuando sea mayor, tendrá el arte de dejar que los demás le hagan el trabajo que le corresponde.
- Déjale ver y leer cuanto quiera. No te preocupes por las lecturas o por la televisión, que van formando su personalidad. Cuida que beba en recipientes limpios, pero no intervengas cuando su mente beba en un recipiente sucio, de ideas sucias.
- Discute con tu esposa en presencia de los hijos, y procura estar borracho con frecuencia; así estarán preparados el día de mañana para imitar tu ejemplo y quizás lleguen a ser expertos en deshacer hogares.
- Dale todo el dinero que te pida, sin pedirle ninguna responsabilidad a cambio; no se te ocurra exigir que se lo gane con su esfuerzo.
- No dejes de satisfacer sus deseos y caprichos de todo tipo: que se sacie de todo lo que le guste, y únicamente de lo que le guste.
- Ponte de su parte y defiéndelo en sus enfrentamientos con profesores, vecinos o autoridades. Todos ellos, si van contra tu hijo, no tienen razón.

El balance del congreso lo hizo mi esposa, de camino a casa:

—Una cosa me queda clara: que estos temas son importantes. Basta con fijarse en el número de asistentes al congreso —¡el auditorio estaba repleto! —; los conferencistas de varias partes del mundo —españoles, norteamericanos, colombianos, mexicanos, peruanos...—, y todos con

muchos años de dedicación a estos temas; las investigaciones y publicaciones... ¿Cómo es posible que uno pretenda sacar adelante una familia improvisando: sin estudiar estos temas?!

—Ya sería bastante con que, al menos, uno leyera algo de lo que hay publicado —apunté—. ¿Viste la colección de libros que estaban promocionando allí, a las afueras del auditorio? —*Hacer familia*—: ¡son más de treinta títulos, todos sobre estos temas! Yo me quedé con los datos de los distribuidores; me gustaría mucho ir adquiriendo esos libros.

—En fin, vamos a tener que dedicar una parte de nuestro tiempo a estos asuntos, si queremos ser buenos padres, ¿no? —dijo Luisa.

—Y buenos esposos —le contesté, al tiempo que la abrazaba.

* * *

Poco tiempo transcurrió después de aquel congreso, para decidirme a ir haciéndome con los libros de aquella colección de temas de familia, que tanto me había llamado la atención. Uno de los primeros que compré fue *La realización de los cónyuges*, de A.M. Navarro.

Allí, aparecía expuesto, entre otras cosas, un caso que, al leerlo, lamenté no haberlo conocido antes, con todo su desarrollo y soluciones, pues era casi retratado el de un amigo mío. En su momento, cuanto estaba él pasando por esa situación, acudió a mí en busca de ayuda, pero muy poco pude hacer por él. Más aún, creo que lo aconsejé mal.

El caso expuesto en el libro —como el de mi amigo— era de una mujer —Beatriz— que tiene obsesión por el dinero. Lo consigue “de debajo de las piedras”. Hace negocios muy exitosos; invierte, compra y vende apartamentos, comercia con equipos de oficina... Últimamente, ha aprendido a importar y vender diversos productos, con sustanciosos beneficios. Se ha ido convirtiendo en la mítica figura del rey Midas, que convertía en oro todo lo que tocaba, hasta morir de inanición, porque no podía ni comer, ni sentir.

—Si uno tiene oportunidades de ganar, yo creo que hay que aprovecharlas —suele decir, sin darse cuenta, ni reconocer que se ha dejado entrapar por el dinero. Le cuesta descubrir que la vida es más rica que el oro.

Carlos, su esposo, al contrario, es pausado y tranquilo. Tiene un trabajo de oficina, de nivel medio. Entrega el sueldo mensual a su mujer, después de sacar una cantidad para sus gastos.

Beatriz compra, además, una casa de campo, un segundo auto, equipos de gimnasia... Todo lo asegura: seguros de vida, contra robos, contra incendios...

—Si me muero, te dejaré como un viudo rico —le suele decir a su esposo.

Sus *ires y venires* van alejando a Beatriz de su casa: sale muy temprano, no almuerza en casa; regresa, cansada pero contenta, hacia las nueve de la noche.

Tienen un hijo —Daniel— de 18 años. Tanto él como su padre se pasan la tarde —Daniel, desde las tres, y Carlos, desde las cinco, cuando regresa del trabajo— viendo la televisión o pegados al computador. Apenas hablan. Carlos nunca fue muy hablador.

Beatriz espera que su esposo tenga iniciativas, como ella, pero no es así.

—Me da igual. Como tú lo veas —es la respuesta habitual en él ante cada propuesta de su esposa, sin importar la envergadura del tema planteado.

Así que tampoco hablan entre ellos, en parte, porque casi no se ven, y en parte, porque a ella le ha empezado a molestar el modo de ser de Carlos.

—Es un pasivo y conformista de miedo —piensa ella.

Ha terminado mirándolo bajo el signo del dólar —“tanto vales, cuanto ganas”, parece ser su consigna—. Y, como él no gana tanto como ella, se ha ido desvalorizando a sus ojos. En lugar de esposo, ve un proveedor: lo ha reducido a la categoría de funcionario de una empresa, en la cual ella es la socia capitalista.

Está convencida, y en un par de ocasiones así lo ha dado a entender, que es precisamente esa pasividad de su esposo lo que la lleva a esa actividad febril que tiene.

—Si él fuera más ingenioso para conseguir dinero, yo quizás me movería menos —le dijo alguna vez a una hermana suya.

En el fondo, con su “dinamismo” está acomplejando a su esposo; pero no se da cuenta de ello. Y, claro, se ha ido deteriorando la relación conyugal. Carlos ve lo que hace su esposa, no con ojos de admiración, sino de indiferencia. Entiende así la libertad: no meterse en la vida de Beatriz. Aunque, luego, se aprovecha de lo que ella adquiere.

La economía familiar se va fortaleciendo, pero el matrimonio se va debilitando: en lugar de tener puntos de unión y de ir confluyendo, con el tiempo, hasta convertirse *los dos en una sola carne*, ambos se han ido instalando en dos vidas paralelas. No se encuentran ni para chocar y, aunque no se separen, no le están sacando todo su jugo al matrimonio: no los hace más felices ni mejores. Y, en el matrimonio, como en la virtud, el que no avanza, retrocede.

* * *

Después de leer en el libro cómo se podría ayudar a solucionar una situación de ese estilo, me sentí con los elementos suficientes para poder ayudar a mi amigo... pero ya era tarde, pues lo suyo había terminado mal: se habían separado.

Tiempo después, pude *sacarme la espina*, cuando Gerardo, un compañero de trabajo, acudió a mí con el fin de desahogarse y buscar ayuda para enfrentar una situación delicada que estaba teniendo en su matrimonio. Con él tenía confianza y le había ido contando lo que yo consideraba como *mis avances* en temas de familia y educación de los hijos. Pienso que esa fue la razón por la que acudió a mí y no a otros, para hablar de estas cosas.

Se trataba de un matrimonio con tres hijos. A ella —Marina— yo también la conocía, pues, en un par de ocasiones, nos había acompañado y arengado en los partidos de fútbol que habíamos jugado, durante un torneo organizado por la empresa.

Me contó Gerardo:

—Todo iba bien hasta hace unos meses, cuando ella empezó a actuar extrañamente. No la comprendo. Reacciona desproporcionadamente hasta por las cosas más insignificantes: se ofende por cualquier cosa y empieza a provocarme y a decir que no la escucho. ¡Está demasiado sensible! ¡Me saca de quicio!

—Y ¿cuáles crees que son las causas de todo esto? —le pregunté— ¿Qué es lo que estás haciendo mal?

—¡No lo sé! —respondió angustiado—. Ya nos habíamos peleado antes, pero ahora es diferente: está siempre enfadada conmigo. Yo voy de la casa al trabajo y del trabajo a la casa; yo respondo por las necesidades de la familia: de hecho, soy el único que trabaja; no recuerdo haberla maltratado; no tengo otra mujer... ¡No lo sé! Aunque haya estado trabajando como un burro, si no estoy para lavar los platos, soy un esposo terrible.

»Ayer explotó y se quejó airadamente, diciéndome que yo era un inconsciente, que solo me importaba lo mío, que todo lo de la familia me tenía sin cuidado... En fin, que ya no soportaba más y había decidido que la solución era separarnos. Yo, la verdad, estaba desconcertado. Le pedí explicaciones, pero ella simplemente respondió:

—¡No hacen falta explicaciones. Todo está muy claro!

—Anoche, tuve que dormir en la sala —continuó Gerardo—: ella no me permitió entrar en nuestra habitación.

—¿Y tú quieres salvar tu matrimonio? —le pregunté.

—Sí. Pero ella no quiere: quiere divorciarse —dijo, desanimado.

—¿Y tú también quieres? —insistí.

—No. Pero me parece que nos hemos vuelto incompatibles. Y si, además, ella no me valora como merezco, ¿qué sentido tiene estar casados?

Yo la amo y no quisiera llegar a ese punto, pero...

—Por lo que dices, de entrada, yo no veo cosas tan graves que ameriten una separación —le dije—. Sin embargo, también me parece ver que en lo que dices no está todo. Por ejemplo: está bien que vayas de la casa al trabajo y del trabajo a la casa, pero eso no es todo en la relación conyugal. ¿Estando en la casa, ayudas en las labores propias del hogar? Y, aun estando en el trabajo, ¿estás pendiente de tu mujer y de tus hijos? Además, no creo que sea verdad que tú eres el único que trabaja: ¿Tu esposa no hace nada? ¿La atención de las cosas de la casa no es trabajo?

»En una ocasión, un amigo mío llegó a su casa y se llevó tremenda sorpresa con lo que encontró: el jardín estaba lleno de basura y, en medio de ella, los niños jugando, en pijama. Dentro de la casa, todo era un auténtico desastre. Parecía que habían entrado los ladrones, que había habido un terremoto o que había pasado un ciclón. Asombrado, comenzó a buscar a su esposa, aunque pensando que ella no estaba. Pero sí: la encontró plácidamente sentada, viendo la televisión.

—Pero... ¿qué pasó aquí?! —exclamó él.

—Nada. ¿Por qué? —respondió ella tranquilamente.

—¿Cómo “por qué”? ¡Mira cómo está la casa; y los niños!

—¡Ah! ¿Ya viste? —contestó ella—. Muy bien. Tú piensas, y así lo has dicho, que cuando me quedo en casa no tengo nada que hacer. Pues, creo que he logrado lo que me propuse hoy: que veas lo que es la casa cuando no hago lo que suelo hacer.

»Gerardo, te creo cuando me dices que no has maltratado a tu esposa, en el sentido de que no has sido rudo con ella; pero ¿no la habrás maltratado afectivamente con indiferencias, dejando de prestarle atención, o con poco interés por lo que a ella le interesa, o valorando poco lo que hace?

»Todo esto te lo digo porque, en ocasiones, nos quedamos en lo mínimo, pero nos falta llegar a los detalles que para la mujer son importantes, y nos vamos acostumbrando a pasarlos por alto, hasta que *se les llena la copa*.

—Pues, ahora que lo dices, sí es posible que yo esté fallando en muchas de esas cosas, pero... no sé bien en cuáles y... ¡No sé qué hacer! ¡Ayúdame!

—Te propongo una cosa —le dije—: espera a que veas a Marina más calmada y, entonces, le propones que nos veamos los tres. Ella me conoce y quizás acepte, como tabla de salvamento, que yo los escuche y trate de hacer de árbitro imparcial. Y quizás yo pueda sugerirles alguna solución. Si no, queda el recurso de acudir a una persona especializada en conflictos matrimoniales: yo conozco algunos que les podría sugerir. Lo importante es que no te des por vencido. Siempre hay que dar un paso más; si no, eres un canalla.

La expresión que usé, en ese momento, fue un poco fuerte. No me extrañó, por tanto, que mi amigo me mirara un poco sorprendido. Tuve que aclararle a qué me refería.

—No me mires así —le dije—. Lo que pasa es que me vino a la cabeza algo que leí, de Saint Exupéry: una impresionante historia de lucha y superación.

»Se trata de un aviador, que estaba sobrevolando los Andes. Su avión — una pequeña avioneta, en la que iba, sin ninguna compañía— fue sacudido por el viento, y amenazaba con irse en picada. El hombre divisó un lugar bastante plano, en medio de la nieve, agotó el combustible y, por fin, aterrizó aparatosamente. Al salir del avión, que quedó bastante averiado, se encontró en medio de una tempestad. Tuvo que hacerse un refugio y esperar allí, en medio de la nieve, dos días. Después, caminó durante cinco días. Caía, se levantaba, volvía a caer. Llevaba varios días luchando contra el frío, contra su corazón, contra el sueño. En la nieve se pierde todo instinto de conservación; después de dos o tres días de marcha, solo se desea el sueño. Nuestro hombre lo deseaba vivamente. Entonces, se decía:

—Si mi mujer, mis hijos y mis amigos me creen vivo, creen que camino. Todos tienen confianza en mí, y soy un canalla si no camino.

Si se paraba en aquellos cerros, no le encontrarían jamás. Pensaba en sus hijos y en su mujer. Su póliza de seguros les evitaría la miseria, pero, si no encontraban su cadáver, no podrían cobrarla. Por eso, tenían que encontrarle, vivo o muerto, pero pronto.

Divisó una gran roca, y se propuso esforzarse para alcanzarla y pegar su cuerpo a la piedra. Así, al llegar el verano, le encontrarían. Y se arrastró con ese deseo ¡tres días más! Iba perdiendo cosas: un guante, el reloj, la brújula... Hablaba en voz alta:

—Lo que salva, siempre, es dar un paso más. Otro paso más —se decía.

Seguía pensando en su familia: que su mujer y sus hijos le estarían buscando. Debía continuar caminando. Pararse era morir; caminar, pensando en los suyos, una esperanza.

—Si creen que vivo, creen que camino —se repetía—. Ellos me están buscando y tienen confianza en mí, y soy un canalla si no camino.

Llegó un momento en que, más que caminar, se arrastraba. Sentía que su corazón no andaba bien. Pero él tenía que caminar hasta la roca. Le pidió un esfuerzo a su corazón, y avanzó un poco, hasta que verdaderamente no pudo más. Cayó definitivamente sobre la nieve; le invadió el sueño: el *sueño dulce* del frío... Poco después lo encontraron, todavía vivo.

Al terminar el relato, me quedé mirando a Gerardo. Después de un momento de silencio, dijo:

—De acuerdo. ¡No me daré por vencido! Hablaré con Marina. Muchas gracias —contestó más animado.

Cuando nos despedíamos, se me vino una idea a la cabeza, como un chispazo repentino:

—¡Oye, Gerardo!: se me ocurre que te podría venir bien ver un video que alguna vez vi. Es un cortometraje muy breve, que quizás encuentres en internet. Si no, yo te lo paso. Se titula “Volver a enamorarse”.

Tomó nota del título y prometió buscarlo. Por si no lo hubiera hecho, yo se lo envié en cuanto pude, pues pensé que le haría bien.

El video muestra a un hombre en un restaurante, esperando a su mujer. La había invitado a comer: tenía algo muy importante para decirle.

Él llegó primero y, mientras la esperaba, únicamente pensaba en el sinnúmero de singularidades de su esposa. Eso fue lo que le atrajo de ella cuando la conoció. Pero, ahora, esas mismas singularidades se le habían ido volviendo a él anodinas, rutinarias, fastidiosas: detalles que lo sacaban de quicio. Se había dado cuenta de que ya no la quería.

Al poco de llegar ella al restaurante, ya sentada a la mesa, se echó a llorar, como nunca lo había hecho. Lo primero que pensó él fue que ella ya sabía que la iba a dejar por María Cristina, la famosa azafata a la que él amaba desde hacía año y medio.

—Ya está: lo sabe —pensó él, al verla llorando—. Lo sabe, hace tiempo que lo sabe. ¡Debería haberlo imaginado!

Ella, sin dejar de llorar, sacó unos papeles de su cartera y se los entregó. Con una terminología médica aséptica, decían que tenía leucemia en fase terminal.

En un instante, el motivo del almuerzo se esfumó de su pensamiento, y una extraña voz metálica empezó a decirle: “debes estar a la altura de la circunstancias”.

Y eso fue lo que hizo. Para empezar, pidió tres raciones de raviolis —al gusto de ella— para llevar a casa. Y, luego, envió, desde su teléfono celular, un mensaje a su amante: “olvídame”.

Dispensó a su mujer todas las atenciones que hasta entonces ella le había reclamado: colgar los cuadros que esperaban por toda la casa; acompañarla al cine, por la tarde, para ver sus películas preferidas; ir de rebajas con ella, pese a detestar las compras; leer en voz alta las novelas cursis que a ella le gustaban...

Y todo, incluso las cosas más insignificantes, tenía otro sabor, desde que sabía que esa sería la última vez que podría hacerlas para ella.

De tanto comportarse como un hombre enamorado, volvió a enamorarse. Hasta que llegó el día en que ella falleció en sus brazos.

Ese video había dejado en mí un impacto muy fuerte, y un propósito: no esperar a estar en una situación límite para, entonces sí, manifestar a mi esposa el amor que sentía por ella.

En esa línea va una esquila, con la que me tope en el funeral de un amigo. Decía:

“Ahora estoy vivo, mañana sólo Dios sabe qué pasará. Saber de ti, recibir una llamada para que sepas de mí: ese será mi mejor regalo.

Ahora que estoy vivo, una pequeña flor, una sencilla tarjeta que contenga un discreto mensaje de ternura, de amor, alegrará mi día y llenará de esperanza la llegada de la noche.

Ahora que estoy vivo, prefiero tus detalles, tus cariños, tus amores, a todos los despliegues de sentimientos que saldrán a flote cuando ya no te pueda ver ni oír, cuando ya no los pueda agradecer.

Ahora que estoy vivo, acompáñame a caminar el sendero donde aprendiste a dar tus primeros pasos; ven, caminemos juntos ahora que estoy vivo y puedo disfrutar todo contigo: un paisaje, un bello atardecer, el perfume de las flores y el cantar de la quebrada.

Cuando yo muera, no te podré abrazar, ni estrechar tu mano; ahí acabarán todas las alegrías, todas las tristezas, la risa y el llanto: yo no los podré recibir, y tú ya no los podrás dar.

Por eso, ahora que estoy vivo, dame todo lo que puedas; mañana tal vez sea tarde. No esperes a reunir grandes cantidades: lo más sencillo, lo más humilde, es lo que más nos puede unir.

Ahora que estoy vivo, dame un abrazo, di que me quieres, lléname de ti, porque mañana... sólo Dios sabe qué pasará”.

* * *

A decir verdad, no sé por qué se me ocurrió hacerle a Gerardo la propuesta de que yo actuara de *árbitro* en su problema matrimonial, sabiendo bien que yo no era ningún experto en esos asuntos. Creo que lo hice, en parte, por mi interés de ayudarlo —¡lo vi tan angustiado!—; en parte, por reparar de alguna manera el flaco servicio que, en otro momento había prestado a mi otro amigo; y, en parte, porque empezaba a pensar, gracias a la preparación que Luisa y yo veníamos recibiendo, que ya contaba con más fundamentos para enfrentar este tipo de situaciones.

Con todo, cuando me despedí de Gerardo, pensando el asunto *en frío*, me puse nervioso y comencé a recriminarme por lo que había hecho. Solo imaginar la situación en la que estaba a punto de verme envuelto, y que nunca había tenido que enfrentar, me aumentaba el nerviosismo. Casi deseé que mi amigo me llamara para decirme que su esposa no había aceptado.

Pero, muy a pesar mío, aceptó. Un par de días después de esa primera conversación con él, me llamó para decirme:

—¡Marina aceptó! No fue fácil. Al comienzo, me dijo: “y ¿de qué podría servirnos algo así?”. Después de insistirle un poco, y manifestarle mi deseo de aclarar las cosas, con la ayuda de alguien neutral, aceptó, solo por una razón: que tú le infundes confianza. ¡Ah!, y a propósito, el video que me recomendaste es muy fuerte, pero... me dio un sacudón: ¡Quiero volver a enamorarme! No pienso esperar a una situación extrema como la de ese cortometraje.

—De acuerdo. Y me alegro mucho de que pienses así —respondí.

Dado que ya no había remedio, asumí el asunto como una aventura un poco embarazosa y, mejor aún, como un reto. Por otro lado, pensé que no estaba nada mal compartir con otros lo que yo venía recibiendo.

Llegó el día. El sitio de encuentro lo sugerí yo: un restaurante campestre, con terrazas y parasoles. Me pareció conveniente que también el lugar fuera *neutral*. Nos encontramos a media tarde. La idea era tomarnos un té, ocupando una de las mesas externas del restaurante. *A posteriori*, se comprobó que la elección fue acertada: el lugar era tranquilo, poco concurrido. Pudimos hablar sosegadamente, sin interrupciones de ningún tipo.

Los saludos fueron amables, cordiales: ellos no parecían tener problemas, y yo no parecía estar nervioso. Como quien asume el papel de moderador, di comienzo a la conversación, diciendo:

—Y bien, ¿quién me quiere contar lo que pasa?

Ellos se miraron y señalaron cada uno al otro, como cediéndose mutuamente la palabra.

—Creo que eres tú quien debería empezar, ¿no? —dijo Gerardo, dirigiéndose a su esposa.

—Bueno, pues... lo que pasa es que nuestro matrimonio no funciona.

—¿Por qué piensas eso? —le pregunté.

—Porque para que funcione haría falta que los dos sintiéramos como propio todo lo concerniente a la familia. Pero a Gerardo, al parecer, lo único que le interesa, lo único que realmente importa es su trabajo. La familia, las cosas del hogar son asunto mío, pero nada tienen que ver con él.

A Marina se le iban aguando los ojos conforme iba hablando. Yo, para sortear un poco la situación, me dirigí a Gerardo:

—Y tú ¿qué opinas de esto?

—Yo..., la verdad: no sé qué decir, no entiendo a qué se refiere —contestó—. Yo vivo para mi familia, yo los amo. Me esfuerzo por lograr el sustento...

—¿Y es que crees que tú eres el único que trabaja? —lo interrumpió ella—. ¿Crees que traer dinero es tu único papel para sacar adelante la familia? A mí me gustaría tener menos dinero y más marido y, sobre todo, más padre de sus hijos. Es verdad: hambre no pasamos. Pero, ¿y el cariño, y el interés por las cosas de los niños, y por mis cosas?

—¿Qué cosas? —preguntó Gerardo.

—¿Lo ves? —siguió explicando su esposa—: ni siquiera te das cuenta. Cuando llegas del trabajo, no tienes otra ocupación que descansar viendo la televisión, cuando no atendiendo asuntos de tu trabajo. Cuando te levantas, en las mañanas, lo haces con el tiempo justo para tu arreglo personal, desayunar y salir. ¿Alguna vez se te ha ocurrido ayudarme a acostar a los niños, o a alistarlos para irse al colegio? ¿Alguna vez has llegado con tiempo para ayudarles en sus tareas?...

—Pero... tú nunca me has dicho... —intervino él, aunque ella no lo dejó continuar.

—¡Eso no hace falta decirlo! —dijo ella, molesta, levantando un poco la voz—. ¡Eso se ve, se supone. Basta abrir los ojos!

—Perdona, pero me parecía que hacías todo eso con gusto, como lo más natural —respondió él—. Ni se me pasaba por la cabeza que supusiera para ti un peso.

—No es un peso: lo hago con gusto. Pero yo también me canso, y no soporto verte tan tranquilo, tan recostado, tan desentendido de todo. Además, yo no soy de piedra: yo necesito al menos algo de motivación, de reconocimiento de tu parte. Pero me ves y me tratas como si fuera una empleada. ¡Eso no es una familia! ¡Eso no es una esposa!

Entonces, rompió en llanto. Yo no sabía qué hacer. De hecho, no había hecho nada: solo escucharlos. Entonces, la reacción de Gerardo fue acercarse a su esposa y abrazarla, mientras le decía, con la voz quebrada:

—Mujer, no llores. Perdóname. Perdóname. No me daba cuenta. Esto tiene fácil arreglo: te lo prometo. Yo te amo y amo a mis hijos. Cuenta conmigo. No te dejaré más sola.

Esperé un poco y, durante la espera, me sentía incómodo, como un intruso, como quien está estorbando. Al poco, los dos me miraron, aún con los ojos rojos, y sonriendo levemente. Gerardo intervino:

—Gracias, César, por escucharnos.

—Pero, ¿gracias de qué? Si yo no he hecho nada —respondí muy convencido—. Una cosa me parece que ha quedado clara: ¡qué importante es hablar! Hay que decirse las cosas con claridad, no dar nada por supuesto. Dialogando, todo se arregla.

Esa noche volví a casa muy feliz por haber podido ayudar —aunque haciendo tan poco— a ese matrimonio. Además, desde ese día, mi amistad

con Gerardo y Marina se fortaleció muchísimo. Por otro lado, me recriminé por haber estado a punto de *sacar el cuerpo* al problema, pensando que yo no podría ayudarlos. Hay que ver cuántas veces, por comodidad, dejamos de tener la valentía de hacer el bien. ¡¿Por qué no intentarlo?! ¿Por qué no arriesgarnos a ser instrumentos para ayudar?

Contaba alguna vez un hombre:

—Por la calle vi a una niña vestida de harapos, hambrienta, sucia y tiritando de frío. Le reclamé a Dios: “¿por qué permites estas cosas?, ¿por qué no haces nada para ayudar a esa pobre niña?”. Dios me respondió: “Ciertamente que he hecho algo: te he hecho a ti”.

* * *

Luisa y yo terminamos el primer módulo del curso *Amor matrimonial*. La experiencia había sido muy positiva y enriquecedora. Además, ya contábamos con nuevos amigos —¡buenos amigos!— con intereses comunes. Teníamos también a quién acudir en caso de necesidad, propia o de otros, para resolver cuestiones matrimoniales y de familia. No había duda de que ya no éramos los improvisadores y apagadores de incendios de antes.

Pero ahí no terminaba la cosa: habíamos cursado solo el primer módulo del curso. Seguían otros que, a primera vista, tenían para nosotros tanto interés como el primero, pues iban dirigidos a la formación de los hijos, en diferentes edades: *Primeros pasos*, *Primeras letras*, *Primeras decisiones*, *Pre-adolescencia*, *Adolescencia...* No dudamos, ni un momento, en matricularnos al siguiente. No podíamos perder el impulso que ya teníamos. Ya habíamos aprendido que no bastan las buenas intenciones; que también en la formación de los hijos, no es suficiente quererlos y tener buena voluntad al aconsejar: hay que saber hacerlo. Si no, podríamos actuar como la madre del aviador que aconsejaba a su hijo:

—Procura volar despacio y bajito.

LOS HIJOS

El tiempo fue pasando, la familia fue creciendo, y nuestro propósito de formarnos adecuadamente como esposos y como padres se mantenía firme. No podía ser de otro modo, pues cada día se iban presentando situaciones nuevas, no solo entre nosotros, como pareja, sino con nuestros hijos, y había que estar preparados.

Si la relación entre los cónyuges da para tanto y es fuente de incontables experiencias, ¡ni qué decir de la relación con los hijos! ¡Se me amontonan los recuerdos en la memoria!

Aprendimos y comprobamos que cada hijo es un *proyecto* diferente. No es posible ni conveniente pretender uniformar a los hijos. Y cada uno de esos proyectos requiere estudio detenido, dedicación y acompañamiento permanente. Ellos lo agradecen y, cuando no se da, lo echan en falta.

Recuerdo el impacto que nos produjo la reacción de un compañero de curso de Sebastián, por allá cuando cursaba el tercer grado de bachillerato —tendría unos catorce años—. Se celebraba en el colegio el día de la madre. Organizaron una gran reunión en el coliseo, las madres en la parte baja, y los hijos en las graderías. Hubo todo tipo de intervenciones, a cuál más de simpáticas y conmovedoras para las mamás. De todas ellas, la que más le hizo gracia a Luisa fue una en la que interrogaban a niños de unos siete años:

—¿Por qué hizo Dios a las madres?

—Porque son las únicas que saben dónde están las cosas.

—¿Cómo hizo Dios a las madres?

—Con magia, con superpoderes y mezclando todo muy bien.

—¿Qué ingredientes usó?

—Nubes, pelo de ángel y todo lo bueno en este mundo, y una pizca de malo.

—¿Por qué Dios te dio a tu mamá en vez de otra?

—Porque Él sabía que ella me quería más que otras mamás.

—¿Qué clase de niña era tu mamá?

—Creo que muy mandona. Y dicen que antes era muy linda.

—¿Quién es el jefe de tu casa?

—Tiene que ser mi mamá, porque mi papá es un chiste.

—¿Cuál es la diferencia entre las mamás y los papás?

—Los papás son más altos y fuertes, pero las mamás tiene el verdadero poder: ellas son las que dan los permisos.

—¿Qué hace tu mamá en su tiempo libre?

—Mi mamá no tiene tiempo libre.

—¿Qué le falta a tu mamá para ser perfecta?

—Si supiera jugar al fútbol.

—¿Si pudieras cambiar algo de tu mamá, que sería?

—Que no tuviera esos ojos invisibles que tiene atrás de su cabeza.

Terminadas las presentaciones artísticas, se organizaba la despedida: cada estudiante bajaba para buscar a su madre y hacerle entrega de un pequeño regalo, elaborado por él mismo, y una flor, todo ello en medio de abrazos y palabras de cariño.

Uno de ellos, el amigo de mi hijo, pensando que no había logrado ubicar a su madre, miraba a todos los lados, pero... no estaba: no había ido. Él no pudo ocultar su decepción y se echó a llorar. Ni Sebastián ni otros compañeros, ni los profesores lograban consolarlo. Fue muy doloroso.

Creo que a todos nos quedó muy clara la lección: ¡no se le puede fallar a los hijos! No se les puede dejar plantados. El tiempo dedicado a ellos no es un gasto sino una inversión. Y aquello deja huella.

En ese orden de ideas, me impactó leer el siguiente relato:

Un hombre llegó tarde a casa, cansado e irritado —iba siendo ya la costumbre—, y encontró a su hijo de ocho años, esperándolo.

—Papá, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro, hijo. ¿Qué? —respondió, con cierta sequedad.

—¿Cuánto dinero ganas por hora?

—¿Por qué lo preguntas? —dijo, un tanto molesto.

—Solo quiero saberlo. Por favor, dime cuánto ganas por hora —suplicó el pequeño.

—Gano veinte dólares por hora.

—¡Oh! —exclamó el pequeño, inclinando la cabeza, y continuó—. ¿Me puedes dar diez dólares, por favor?

Desconcertado y claramente molesto, el padre le respondió:

—Si la razón por la que querías saber cuánto gano es solo para pedirme que te compre un juguete o cualquiera otra tontería, entonces, vete ahora mismo a tu habitación y acuéstate. Piensa por qué estás siendo tan egoísta. Trabajo muchas horas al día y no tengo tiempo para estos juegos infantiles.

El pequeño se fue en silencio a su habitación y cerró la puerta. El hombre se sentó y empezó a darle vueltas al interrogatorio del niño: “¡Cómo puede preguntar eso, solo por sacarme dinero!” —pensó—. Después de un rato, se calmó y empezó a pensar que había sido un poco

duro con su hijo. Quizás había algo que realmente necesitaba comprar y, de hecho, no le pedía dinero a menudo. Así que fue a ver a su hijo.

—¿Estás dormido? —preguntó en voz baja.

—No, papá. Estoy despierto —respondió el niño.

—He estado pensando, y quizá he sido demasiado duro contigo antes. Ha sido un día difícil y me he desquitado contigo... Aquí tienes los 10 dólares que me pediste.

—¡Oh, gracias, papá! —exclamó el niño, saltando de la cama, muy sonriente.

Rebuscando bajo su almohada, sacó unos billetes arrugados. Juntó todo el dinero y lo contó despacio. Entonces, miró con satisfacción a su padre, que, viendo que el niño ya tenía dinero, empezaba a enfadarse de nuevo:

—¿Por qué necesitabas dinero si ya tenías?! —refunfuñó.

—Porque todavía no tenía bastante, pero ahora sí: ya tengo veinte dólares. Papá, ¿puedo comprar una hora de tu tiempo?

Y es que no hay duda de que nuestra sociedad se ha ido convirtiendo, poco a poco, en una sociedad sin padres: la figura del padre va estando simbólicamente ausente, desviada, desvanecida. Estamos, algunas veces, tan concentrados en nosotros mismos, en nuestro trabajo, en nuestras propias realizaciones individuales, que olvidamos incluso a la familia. Y dejamos solos a nuestros hijos. Debemos estar más atentos, porque la ausencia de la figura paterna en la vida de los hijos, sobre todo si son pequeños, produce lagunas y heridas que pueden llegar a ser muy graves. Las desviaciones de los niños y de los adolescentes pueden darse, en buena parte, por esta ausencia, por la carencia de ejemplos y de guías en su vida diaria. ¡No hay derecho a que les neguemos a nuestros hijos la cercanía y el amor de padres! El sentimiento de orfandad en que viven hoy muchos jóvenes es más profundo de lo que pensamos.

Por eso, Luisa y yo siempre sacamos tiempo para las cosas de nuestros hijos: sus entrenamientos, los planes con sus amigos, cualquier celebración... Esos ratos nos unían mucho con ellos. Veían nuestro interés sincero, teníamos temas de conversación, conocíamos a sus amigos y los ambientes en los que se movían. En fin, hacíamos familia.

La educación de su libertad nos supuso violentarnos muchas veces para evitar esa tendencia a controlarlo todo, y a decidir por ellos. Aprendimos que el ejemplo va por delante, y mueve más que la autoridad a secas o las imposiciones “porque sí”.

Procuramos formarlos también en la vida de fe. Teníamos por costumbre animar a nuestros hijos a acudir a la confesión. Por eso, a pesar de que en el colegio podían hacerlo, siempre procurábamos llegar un rato antes del inicio de la misa de los domingos, para que, dado el caso, tuvieran tiempo

de buscar al sacerdote. En una ocasión, Paola, una de nuestras hijas, se resistía a hacerlo; y habíamos notado que llevaba varias semanas sin acercarse a recibir la comunión. Mi esposa trató de convencerla con diversos argumentos, pero no lo lograba. Yo, sin decir nada, me levanté para ir a confesarme. Muy poco después, mi hija hizo lo mismo.

Aprendimos que el cariño es una cosa y mimar es otra. Que cuando no hay medida en los *mimos*, nos volvemos demasiado condescendientes y, con frecuencia, malcriamos a nuestros hijos, volviéndolos pusilánimes e inmaduros.

Pudimos palpar el valor de los encargos y responsabilidades: que ayudan mucho para hacerles entender que han de “ganar el pan con el sudor de su frente”; y les llevan a comprender el valor de las cosas, y a valorar los esfuerzos de sus padres. Que no lleguen a pensar que las cosas “caen del cielo”, como por arte de magia.

Muchas satisfacciones nos llevamos al observar, en nuestros hijos, los frutos del aprendizaje de virtudes como la solidaridad y la generosidad. Logramos que fueran conscientes, desde temprana edad, de la importancia de compartir sus cosas y pensar en los demás, especialmente en los más necesitados. Todos tenían un *marranito* —una pequeña alcancía—, que iban llenando con el único fin de ayudar a alguien que no tuviera medios materiales: unos niños, unos ancianos, una familia pobre, un mendigo... Llegado el momento de hacer entrega de ese dinero o de invertirlo en cosas para entregar a alguien necesitado, había gran expectativa entre ellos.

—Papá, ¿a quién le ayudaremos esta vez? —me preguntaban con gran interés.

—Esta vez, iremos a visitar a unos ancianitos —les dije alguna vez, como quien lo tiene muy pensado.

Las posibilidades eran muy variadas —diferentes cada vez—: llevamos regalos a niños de un orfanato, organizamos mercados para familias de un barrio muy pobre, ofrecimos una cena de Navidad para algunos recicladores, donamos el dinero para las víctimas de una inundación...

Se me quedó muy grabada la experiencia de una de esas ocasiones en que fuimos a un hogar de ancianos.

Había allí un hombre muy mayor, que nunca sonreía. Todo le era indiferente. Sin importar el tema de conversación, sus respuestas eran siempre negativas, pesimistas. Así, por ejemplo, cuando el tema era los hijos, el viejo contestaba que no valía la pena poner ilusión en ellos, porque luego se volvían desagradecidos y se portaban con sus padres como víboras. No merecía la pena alegrarse con nada, porque las desilusiones hacían la vida cada vez más amarga. No compensaba lanzarse a nuevas empresas,

porque tarde o temprano llegarían los fracasos. En fin, por todas partes destilaba amargura y desesperanza.

Estaba a punto de morir. Y justo por esos días fue nuestra visita. Fue cuando sucedió aquello que nunca se me borró de la memoria. En nuestro recorrido por el lugar, Carolina, una de nuestras hijas, que contaba entonces con unos nueve años, se le quedó mirando y quizás notó su soledad y la situación deprimente en que el anciano estaba. Se acercó a él y, sin mediar palabra, le dio un abrazo y le estampó un cariñoso beso en las ajadas mejillas.

¡Era la primera vez en mucho tiempo que alguien le besaba! La cara del viejo se transfiguró. Sus ojos comenzaron a brillar. Le brotaron las lágrimas. Pienso que la vida le pareció, por vez primera, maravillosa. Poco después supe que murió, con la sonrisa en los labios.

* * *

Muy útil nos resultó un consejo sabio que recibimos alguna vez: “lo que pueda hacer tu hijo, no lo hagas tú, ni nadie”. No solo ayuda a evitar que tengan a sus padres como sus esclavos, sino que les ayuda a crecer en autonomía, les da experiencia, los hace ágiles para enfrentar las más variadas situaciones.

Educar a los hijos “con presión interior” es muy conveniente para evitar el miedo a lo que pudiera “entrar de fuera”. Su futuro, su formación, su estilo de vida no será susceptible a la manipulación de otros. Tendrán suficiente criterio para decidir por sí mismos.

La expresión “con presión interior” tiene su historia. Se cuenta que cierto ferrocarril tenía un problema serio con el transporte de mercancías a través de un territorio árido y de vientos muy fuertes. No conseguían evitar que el polvo entrara en los vagones. Después de muchos estudios, se llegó al remedio: aumentar la presión interior de los vagones, hasta hacerla superior a la del exterior. Y tema resuelto.

En eso de educar a los hijos con presión interior —¡qué duda cabe!— juega un papel primordial el colegio. Es una ayuda, un complemento importantísimo para la formación que reciben en el hogar. De hecho, son muchos años en los que llegan a pasar más tiempo en el colegio que en sus casas. Cada vez que debíamos tomar una decisión en esta línea, mi esposa y yo lo estudiábamos muy detenidamente, buscando una institución en la que recibieran una buena preparación académica, pero, al mismo tiempo, muy buena formación humana: una educación integral. No queríamos tener simplemente hijos sabios, sino *personas hechas y derechas*, con todo lo que ello supone.

Afortunadamente, acertamos en nuestras elecciones en ese tema. De hecho, guardamos gratos recuerdos y valiosas experiencias. Una de ellas me hizo mucha mella y me fue de gran utilidad. A la entrada del oratorio del colegio de Sebastián, había un libro con el título “libro de peticiones”. En él, los alumnos podían escribir sus *encargos para Dios*, que el capellán incluiría en las intenciones de la misa.

Un día, movido por la curiosidad, quise echar un vistazo —quizás indiscreto— a algunas de esas peticiones. Pude comprobar, en un primer vistazo, que la mayoría eran de niños pequeños, a juzgar por la caligrafía y los dibujos que acompañaban a muchas de ellas.

Luego, me puse a leer con detenimiento. Me habría quedado un largo rato allí, de no haber sido por la llegada inesperada del sacerdote. Me sentí sorprendido, *con las manos en la masa*, y un poco avergonzado, convencido de estar haciendo algo indebido.

Hubiera querido leer todo. ¡Era tan interesante! En esas frases, garabateadas y con la ortografía que sería de esperar en niños de esas edades, se retrataba el alma de los niños: lo que les influía, lo que les interesaba, su confianza en Dios y, al mismo tiempo, sus necesidades. Sobre todo, se me grabó a fuego la comprobación de que se dan cuenta de todo, de que todo les influye —para bien o para mal—: del bien o del daño que los adultos les hacemos con nuestros actos. A modo de ejemplo:

- Dios, te ruego que mi papá me apoye más y no me exija tanto. Que pase más tiempo con nosotros y que no se enoje por cada equivocación mía.
- Dios, dile a mi papá que lo extraño mucho. Que vuelva y que voy a aprobar este año por él.
- Que mi papá vaya a misa.
- Papá Dios, te pido por favor que unas a mi familia.
- Dios, te ruego por la salud de mi abuelo que en este momento respira con oxígeno.
- Diosito, ayuda a que mi papá deje el alcohol.
- Dios, ayuda a mis papás para que dejen de pelear.
- Jesús te pido que me ayudes a sacar buenas notas para que mi mamá esté feliz.
- Que no le duela la cabeza a mi mamá.
- Hola Dios. ¿Le puedes dar un trabajo a mi papa?
- Dios, por favor dame un hermanito
- Dios: he estado muy triste porque mi papá y mi mamá me gritan.
- Dios, quiero que perdones a mis padres por tener pecados porque uno no debe ser así.

- Que el jefe de mi mamá la deje ir al trabajo a las 8:00 y regresar a la 1:00 para que podamos estar juntos.
- Diosito, te ofrezco este día para que mi hermanito no llore más.
- Voy a hacer la primera comunión y no quiero regalos sino te pido que liberen a los secuestrados y que protejas a mi familia de los sentimientos malos.
- Gracias por mi mamá tan bonita por mi papá tan bueno y por mi hermano tan inteligente.
- Jesús cuida a los niños pobres.
- Que a mi mamá le vaya bien en el trabajo para que llegue de buen genio.

La Madre Teresa de Calcuta decía unas palabras que describen bastante bien, me parece, la huella que los padres dejan en sus hijos, con la palabra y con el ejemplo:

“Enseñarás a volar, pero no volarán tu vuelo;
enseñarás a soñar, pero no soñarán tu sueño;
enseñarás a vivir, pero no vivirán tu vida.
Sin embargo, en cada vuelo, en cada vida, en cada sueño,
perdurará siempre la huella del camino enseñado”.

* * *

Las continuas nuevas situaciones que se nos iban presentando con nuestros hijos, al ritmo de su crecimiento, no nos volvieron a tomar por sorpresa: ya no éramos *apagadores de incendios*, pues nos habíamos adelantado. De hecho, pienso que muchas cosas que podrían haber pasado nunca pasaron, gracias al mejor criterio con que contábamos Luisa y yo, como fruto de nuestra capacitación. Con todo y las luces y sombras que siempre hay en la vida de un matrimonio y de una familia, no me puedo quejar.

Escuché alguna vez una canción —*No basta*, interpretada por Franco de Vita—, que es como la síntesis de aquellas cosas que, según muchos padres, serían suficientes en la crianza y educación de sus hijos. Y, sin embargo, no lo son. La letra de la canción, que no tiene desperdicio, dice:

No basta traerlos al mundo porque es obligatorio,
porque son la base del matrimonio,
o porque te equivocaste en la cuenta.

No basta con llevarlos a la escuela a que aprendan,
porque la vida cada vez es más dura;
ser lo que tu padre no pudo ser.

No basta: que de afecto tú le has dado bien poco,
todo por culpa del maldito trabajo,
y del tiempo.

No basta,
porque, cuando quiso hablar de un problema,
tú le dijiste: “niño, será mañana;
es muy tarde, estoy cansado”.

No basta comprarle todo lo que quiso comprarse:
el auto nuevo antes de graduarse;
que viviera lo que tú no has vivido.

No basta con creerse un padre excelente,
porque eso te dice la gente:
“a tus hijos nunca les falta nada”.

No basta, porque cuando quiso hablarte de sexo,
se te subieron los colores al rostro,
y te fuiste.

No basta, porque de haber tenido un problema,
lo había resuelto comprando en la esquina
lo que había.

No basta con comprarle curiosos objetos.
No basta, cuando lo que necesita es afecto,
aprender a dar valor a las cosas,
porque tú no le serás eterno.

No basta castigarlo por haber llegado tarde.
Si no has caído, ya tu chico es un hombre,
ahora más alto y más fuerte que tú.

Luisa y yo aprendimos estas cosas a tiempo y, gracias a eso, no nos engañamos, pensando en ofrecerles sucedáneos a nuestros hijos.

No quisiera pasar por alto un pequeño inciso, que, aunque aparentemente no viene a cuento, también me hizo pensar: en la canción aparece la expresión “maldito trabajo”. Con eso no estoy de acuerdo, pues el trabajo es una realidad muy digna. El hombre ha sido hecho para trabajar, como las aves para volar. Quien trabaja mucho, y bien, merece mucho respeto.

Lo que pasa es, y así sí se puede entender la expresión de la canción, que, a veces, los hombres interpretamos mal el trabajo, convirtiéndolo en un fin, poniéndolo en un lugar que no le corresponde, dándole un protagonismo desmedido: es cuando se convierte en obsesión, en activismo,

en “profesionalitis”. Entonces, sí que se convierte en un problema familiar. Quien vive así la realidad del trabajo, se está materializando, está metalizando a su familia y, quizás, lleguen a vivir en una jaula de oro, pero como animales.

* * *

Pasó el tiempo, y llegó el día de nuestras *bodas de plata*: ¡veinticinco años! ¡Qué rápido y fácil se dice!

Nuestra celebración fue sobria pero muy entrañable. Comenzó con la renovación de los compromisos matrimoniales, en una misa, a la que nos acompañó un pequeño grupo de personas —familiares y amigos—. Después, una cena con nuestros hijos. Y, finalmente, un simpático *show* que ellos nos habían organizado en casa: cantos, poesías, juegos,... Todo en medio de un escenario muy adornado con globos de colores, letreros de felicitación, festones, etcétera.

De esa celebración, en la que cada uno puso lo mejor de sí, en cariño y creatividad, conservamos un buen número de fotografías y, sobre todo, dos obsequios muy especiales: una carta y una canción.

Dios nos regaló —o nos prestó— cuatro hijos: Sebastián, Carolina, Paola y Julián. Sebastián, el mayor, que ya contaba con veinticuatro años, había terminado su carrera como ingeniero, y se encontraba en el extranjero, disfrutando de una beca a la que se hizo acreedor, para realizar una especialización. No pudo acompañarnos en nuestro aniversario, así que nos envió una carta, en la que nos abrió su corazón, y se *explayó*, haciendo un elenco de sus recuerdos. Quería felicitarnos, reconociendo tantas cosas como habían pasado a lo largo de esos veinticinco años, y que, decía él: “me han forjado como persona y han hecho de la nuestra una familia sensacional”.

Para Luisa y para mí, esa carta, que nos llegó al alma, era un sensacional balance. Todo lo que nuestro hijo menciona, atribuyéndolo a nosotros dos, fue y sigue siendo, en realidad, obra de muchos: primero que todo, de Dios, que nunca ha dejado de asistirnos; en segundo lugar, de Arturo y Patricia, nuestros grandes amigos: ellos fueron siempre, con su experiencia, cercanía y sincera amistad, nuestras muletas. Mucho nos aportó también nuestra capacitación —cursos, congresos, lecturas, asesorías—, y, claro, la vida misma: la experiencia de unos padres que, aún con errores —¡y muchos!—, no pretendíamos otra cosa que vivir para sacar adelante el más bello de los proyectos: la familia.

Estas son las líneas que Sebastián nos escribió:

Muy queridos papá y mamá:

Las circunstancias me obligan a celebrar una fecha tan especial desde la distancia y en soledad. Pero también la soledad tiene sus ventajas: así he podido pensar y recordar tantas cosas por las que hemos pasado. Me he preguntado: ¿qué celebrar y por qué? Y, en realidad, he caído en cuenta que ¡son tantas y tantas las cosas que ustedes han hecho por mí, por todos nosotros, que cualquier celebración se quedaría corta!

Como no he podido decirles todo esto personalmente, y quizás no lo habría hecho bien, lo hago ahora por escrito y como homenaje en sus bodas de plata.

Reconozco las dificultades que han tenido que enfrentar, a lo largo de estos años, para sacarnos adelante, a veces con grandes sacrificios. Y nos hemos dado cuenta de que, en todo caso, la familia ha sido siempre para ustedes la prioridad. Lo demás, lo material, sus gustos y proyectos personales, han quedado siempre en segundo lugar.

A veces llegué a pensar que era exagerada esa preocupación por capacitarse en temas de familia. ¡Parecía que fuera para ustedes una carrera profesional! Otros en su lugar ya habrían recibido el título de doctores. Pero, poco a poco, fui entendiendo lo importante que ha sido siempre para ustedes el proyecto familiar. Me hacía mucha gracia verlos estudiando y *haciendo sus tareas*, como los estudiantes más aplicados. También en eso nos han dado ejemplo: ¡cómo no estudiar cuando ves a tus padres consagrados al estudio y a la lectura!

Entre el cariño y la atención que han puesto, y la formación que han ido recibiendo, ¡qué bien nos han educado! Hoy me doy cuenta del beneficio tan grande que ha supuesto para nosotros tener unos padres tan ocupados en las cosas de su familia.

Pienso, en todo caso, que el éxito de todo este proceso está, sobre todo, en el ejemplo que continuamente nos han dado, yendo siempre por delante. Ya veo por qué papá repite con tanta frecuencia: “fray ejemplo es el mejor predicador”. Nos hemos ido acostumbrando, como lo más normal, a ver a papá limpiando el piso o lavando los platos, o yendo a hacer ejercicio con nosotros, con ganas o sin ganas; a mamá cantando, mientras hace sus oficios, o ayudándonos a estudiar...

No ha sido fácil acostumbrarse a la cantaleta de mamá: “deja la ropa doblada”, “cada cosa en su sitio”, “no ves televisión hasta que no termines las tareas”... Solo de mayores hemos venido a reconocer que así nos estaba formando en virtudes como el orden, la puntualidad, el respeto, el aprovechamiento del tiempo, etc. Nunca es tarde para decir gracias.

Gracias también por haber sabido dominar el genio. ¡No sé cómo lo han podido lograr!: ¡ha habido tantas ocasiones en las que podrían haber explotado! Es tan frecuente ver en otras familias la humillación, el mal trato y los gritos. En la nuestra, en cambio, el ambiente siempre ha sido de respeto, serenidad y alegría.

¡Qué bien han sabido sacar provecho de lo que hemos hecho bien!: han sabido destacar nuestros aciertos y progresos. Este apoyo ha generado en nosotros, sin duda, una actitud positiva. Nos han transmitido confianza y seguridad. Al mismo tiempo, su interés por nuestras cosas, incluso las más pequeñas e insignificantes: nos han hecho sentir queridos e importantes. ¡Qué bueno es saber que cuentas con alguien que se sabe poner en tu lugar y que valora todo lo tuyo como propio! ¡Cómo no tener confianza con alguien así!

Gracias papá, gracias mamá, por acompañarnos siempre y tan de cerca en todas nuestras cosas: en las buenas y en las malas. Gracias por esos ratos en familia tan llenos de calor humano, y tan ricos de contenido. Qué fácil ha sido con ustedes el intercambio de impresiones, experiencias, opiniones. Pensándolo bien, no recuerdo temas que no se pudieran hablar con ustedes, sin sentirse cohibidos. Y el modo tan natural como los han

enfocado para ampliarnos horizontes, generar intereses, fomentar lecturas y promover pasatiempos útiles.

Tengo que reconocer que yo siempre he sido muy dado a reclamar un trato justo, sobre todo cuando he visto que a alguno de mis hermanos se les atiende más o mejor que a mí. Tardé mucho en darme cuenta de que ustedes le daban más al que necesitaba más; que la justicia no es, necesariamente, dar a todos lo mismo.

También hay que reconocerles que nunca delegaron totalmente en los colegios nuestra formación. Es verdad que se esmeraron por conseguirnos unos donde se diera buena formación en todo sentido, no solo en lo intelectual, pero que no dejaron de estar atentos a completar en la casa lo que le faltara al colegio, y a apoyar lo que nuestros profesores nos enseñaban y que ustedes consideraban conveniente para nosotros. El hecho de que hayamos tenido la madurez y el criterio adecuados para enfrentar el mundo universitario adecuadamente no es mérito sólo de nuestros colegios, sino de nuestros papás.

Y en todo lo relacionado con la fe, ¡ustedes han sido unos auténticos maestros! He visto en muchos compañeros y amigos una rebeldía y una actitud que no entiendo respecto a esos temas. Nosotros hemos asimilado la piedad y el conocimiento de la religión con gran naturalidad, sin la sensación de estar obligados. ¿Cómo lo han logrado? Yo creo que por la alegría y seguridad con que han sabido plantearnos estos temas; y, como en todo lo demás, porque han ido por delante con el ejemplo. Se les abona también los medios de motivación que se han ingeniado.

Estoy seguro que no lo he dicho todo. Son solo algunas cosas que se me han ocurrido en estos ratos de reflexión, a medida que se acercaba este aniversario tan especial.

Papá, mamá, ¡gracias por todo lo que han hecho para forjarme, para forjarnos a todos, como personas íntegras y por haber hecho de la nuestra una familia sensacional!

¡Feliz aniversario! ¡Y que Dios los bendiga y nos los guarde por muchísimos años!

Sebastián

El otro obsequio de celebración de nuestro aniversario, que fue para nosotros muy especial, se trató de una canción de Paola, nuestra tercera hija. Hacía un tiempo había comenzado a tomar clases de guitarra y, a decir verdad, lo hacía bastante bien: fue el descubrimiento de una de sus tantas habilidades. Pues bien, ese día nos sorprendió con su primera composición musical: *Mi feliz verdad*. Una canción —letra y música de su autoría— que venía preparando para la celebración de nuestras bodas de plata. Aunque para un conocedor de estas artes no sea una gran composición y, quizás, no le diga mayor cosa, para nosotros fue el gran regalo de nuestra hija, su primera composición, su corazón hecho canción.

Todo hay que decirlo: Luisa y yo nos emocionamos mucho, abrazamos a Paola y ¡queríamos *comérmola a besos!*

Esta es la letra de la canción:

La vida me ha transformado,
he llegado a comprender
que todo lo logrado

hoy debo agradecer
a mi madre, que es un ángel,
a mi padre, que es un rey.
Con palabras yo les digo
lo que un ciego puede ver:
que un padre y una madre
y un correcto proceder
la naturaleza liga
orientando a un nuevo ser.
Soy feliz, vivo en paz,
pues entiendo la verdad.
Con mi hogar, no pido más,
a él voy con ansiedad.
Soy feliz, vivo en paz,
he llegado a comprender
la razón de mi existencia,
el sentido del nacer.
La vida me ha transformado...
Soy feliz, vivo en paz.

* * *

Pasó el tiempo, y llegó el día del matrimonio de Carolina, nuestra segunda hija. Luisa y yo, pensando en lo que le regalaríamos, concluimos que no podían faltar dos cosas: un bonsái y un pergamino.

AGRADECIMIENTOS

A Alejandro Reyes y señora, Alba Marina Benítez, Álvaro Sierra, Carlos Zequera y señora, Germán Gómez, Myriam Bustamante, y Roberto Hadad, porque, con sus sugerencias y aportaciones, enriquecieron estas líneas.

A mi familia, que ha sido fuente de inspiración para estas líneas.

A Álvaro Estupiñán, siempre disponible para ayudar a darle a mis escritos el tono que requieren.

Ómar Benítez Lozano

Ingeniero, Magister en Educación y Doctor en Teología (Universidad de Navarra, España). 30 años en el área educativa. Ha dirigido actividades de formación, liderazgo y familia en diversos centros culturales y en instituciones de Colombia. También ha impulsado y dirigido actividades de formación para docentes y otros profesionales. Sacerdote desde 1996. Autor de: “*Dios, dame tiempo para vivir*”, Ed. Planeta, Bogotá, y “*Por tierras y mares*”, Ed. Rial, Madrid.

omar@benitez.co